MAUPASSA

LA MAN
IZQUIERD

PQ2349
M35
S6

1020026649

1020026649

K nk
$2

OBRAS COMPLETAS

DE

GUY DE MAUPASSANT

(EDICIÓN ILUSTRADA)

N
Núm. Clas. M452m
Núm. Autor
Núm. Adq. 30499
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen á D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme á un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de Paris, editor de las Œuvres completes illustrees de Guy de Maupassant.

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de F. R. Contreras.

La Mano izquierda.

(Ilustraciones de Lobel Riche, grabados en Madera por G. Lemoine.)

85916

1906

"Ediciones literarias y artísticas„

Oficinas: 140, calle de Alcalá, Madrid.

30489

813
M.
PQ2349
.M35
S6

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid. Año de 1906. Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 dupdo, Tel. 1.977

GUY DE MAUPASSANT

En medio del hermoso parque de Monceau, junto al cual, y en su legendario hotelito, pasó el autor de *La mano izquierda* los mejores años de su vida de París; en ese aristocrático jardín que, á determinadas horas del día y de la noche, ofrece un aspecto delicioso, donde las provincianas van á ver jugar á sus hijos, y en ocasiones á encontrarse, como por casualidad, con un amante que las espera; bajo la poética sombra de una especie de bosque sagrado en pleno París, dentro de los límites de uno de sus barrios más elegantes, álzase el monumento erigido en la capital de Francia, por iniciativa de la «Société des Gens de Lettres», á uno de sus hijos más preclaros.

Una hermosa mujer de mármol lee recostada en artística columna de granito rosa; y en lo alto del pedestal reposa el busto del maestro con grave melancolía y esquivo mirar.

Ningún sitio pudiera elegirse mejor para que Maupassant, el novelista á quien tanto adoraron las mujeres y que con tan singular emoción habló de ellas, se alce sobre la columna donde se apoya una parisién simbólica con gesto gracioso y triste...

***

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Consagrando la gloria de aquel que tanto había sabido honrar á su nación, Francia no hacía más que cumplir un sacrosanto deber. Pero, como decía Enrique Fouquier, «el monumento de París no bastaba para ello. Era menester que de la gloria de Maupassant tuviese una prueba su ciudad natal, la antigua y soberbia capital de Normandía, á la que debía tanto. Su imaginación, á la vez clara y sutil, y cierta atenuada rudeza de exquisita finura, peculiar en él, eran rasgos de su provincia. Al terruño era deudor asimismo de aquella aparente robustez de salud, de aquel subido color de la piel y de aquella anchura de hombros, que, desgraciadamente, sólo fueron la engañosa fachada de la fuerza». Y en el discurso que pronunció al inaugurarse en Rouen la estatua de Maupassant, añadía: «Todos tenemos dos patrias: la pequeña y la grande. La una es la provincia, la ciudad ó el pueblo que nos vió nacer; la otra es la patria francesa, común á todos, y de la que París—á pesar de sus fiebres ó sus errores—es como la radiante corona. A doble patria, amor doble. Y no es exacto que ese sentimiento del culto por la tierra donde se nació resulte peligroso. Cuanto más dulce sea, cuanto más cerca estén de nosotros los recuerdos de la infancia, que renacen en nuestro corazón con la edad, el amor de la patria chica nos hará sentir más viril, más razonado el amor de la patria grande. Por eso se ha querido honrar á Guy de Maupassant, á la vez, como un gran literato perteneciente á Francia y, más particularmente hoy, como el hijo predilecto de Normandía.»

El monumento de Rouen se inauguró á fines de Mayo de 1900.

Entre los discursos que se pronunciaron en aquella solemnidad, nos interesa conocer el del ilustre autor de los *Trofeos*, el académico José María de Heredia.

***

«Nació Guy de Maupassant en el castillo de Miromesnil cerca de Dieppe, el 5 de Agosto de 1850. Pasó su infancia en Grainville y en Etretat, comenzó sus estudios en el colegio de Yvetot y los terminó en el Liceo de Rouen. Su tío, Alfredo Le Poittevin, había tenido íntima amistad con Flaubert, quien le dedicó *La tentation de Saint-Antoine*. El joven Guy heredó esta amistad, que unió hasta la muerte al discípulo y al maestro. Durante siete años, el alumno estuvo sujeto á la más estrecha disciplina. En su hermoso prefacio al volumen rotulado *Lettres Flaubert á George Sand*, Maupassant transcribe algunos de los principios del arte que le había inculcado su maestro. No fué vana tal enseñanza. La potencia evocadora y la impasibilidad, esas dos cualidades esenciales del artista creador, Maupassant, como Flaubert las poseyó en el más alto grado.

»El 8 de Mayo de 1880 el gran Flaubert dejó de existir.

»La tierra normanda es fecunda. Apenas muerto el viejo árbol, brota un vigoroso retoño. Aquel mismo año, Guy de Maupassant publicó sus primeras producciones: *Des vers* y *Boule-de-Suif*, su obra maestra. En su primer ensayo, el artista, sin esfuerzo al parecer, posee el dominio de su arte. Y, uno tras otro, da esos libros que se llaman *La maison Tellier*, *Histoire d'une fille de ferme*, *Mademoiselle Fifi*, *Contes de la Becasse* y *Une vie*, la novela en que más ha puesto de sí mismo, conservando su impersonalidad. No proseguiré la enumeración de sus obras famosas. Todos las habéis leído. El buen Flaubert estaba orgulloso de su discípulo, que había heredado sus dotes prodigiosas de novelista. Maupassant procede evidentemente de *Madame Bovary* y de la *Education sentimentale*. Lo cómico profundo, lo épico invertido de *Bouvard et Pecuchet*, aparecen en sus estudios de oficinistas. Habíalos tratado largo tiempo en los ministerios de Marina y de Instrucción

pública, y los ha dibujado con una precisión, cronométrica en *L'Heritage*.

»Pero su genio tiene un aspecto original que no debo dejar de mostraros.

»Los escritores de la segunda mitad del siglo XVIII, por un refinamiento de filantropía, habíanse formado una singular idea de la humanidad inferior; se esforzaron, en sus historias y en sus novelas, en elevar muy por encima de los hombres más civilizados al salvaje y al negro. Prestáronles las más raras cualidades Nuestros padres conocieron al Natchez, filósofo, y al Caribe bondadoso. Más adelante, los románticos adornaron á los presidiarios y los asesinos con la púrpura de sus metáforas, é intentaron hacer la apoteosis de la cortesana. Y recientemente, los novelistas de nuestro tiempo, curiosos de estudiar á los seres instintivos, exóticos ó populares, han tratado de colocarse á su nivel y de descender hasta ellos para comprenderlos mejor. De todos estos exploradores de regiones morales ignoradas ó mal conocidas, ninguno tan hondamente como Maupassant escrutó las obscuras almas de la moza y el campesino.

»Cada nuevo libro elevábale más y más. Aquello era la gloria. Y todos admirábamos en él ese maravilloso exceso de vida que, por un milagro de la Naturaleza, mezclaba con todas las flores primaverales los frutos más sabrosos de la madurez.

»Su vida era un continuo derroche. Los ejercicios violentos le apasionaban. Gustábale remontar, á fuerza de remo, las corrientes de los ríos. El mar le exaltaba, mecía su alma alegre y melancólica. Impulsado por un viejo instinto de raza, navegó hacia el Sur, hacia el sol. La quilla de su *yacht* ha cortado en todos sentidos el Mediterráneo, donde sus antepasados, pirateaban. Pero Guy de Maupassant nació muy tarde, nació en un siglo en

que se necesita cruzar el Africa entera para ejercer la piratería libremente. Tuvo que contentarse con desgastar sus energías ejercitando sus músculos y escribiendo hermosos libros.

»Su producción fué prodigiosa. En menos de doce años dió más de veinticinco volúmenes, sin contar los relatos artículos dispersos...

»La vida de Maupassant no es, según parece, más que un viaje marcado por jornadas triunfantes. Ofrece la inquietud de los lugares nuevos. Su errante fantasía le lleva de las brumas del Norte á las columnas de Hércules. Es capaz de realizar todos los trabajos. Doma la fatiga, esclaviza el dolor. Derrocha heroicamente su vigor corporal, su potencia intelectual, abusa de ellos, los aniqnila.

»Ni el sol ni la muerte pueden mirarse con fijeza. A él, que tanto la amó, la luz se le enturbiaba á veces ó le abandonaba. Sus ojos pardos, tan vivos, tan penetrantes, perdieron el brillo. Había escrito *El Horla*. El horror de la muerte le perseguía. «La muerte avanza sin cesar, á diario en todos sentidos, feroz, ciega, fatal.» Escuchad ese grito de terror que se le escapa en 1884: «Morirá muy pronto á su vez. Desaparecerá y todo habrá concluído... ¡Qué cosa más horrible! Otras gentes vivirán, reirán, se amarán... ¡Es extraño que se pueda reir, gozar y vivir, satisfecho con la eterna certeza de la muerte! Si fuera sólo probabilidad, podría esperarse aún; pero no; es inevitable, tan inevitable como la noche después del día.» Y se siente presa de un amor tierno y desesperado, casi bestial, por esa tierra que le hacía estremecerse al pensar que habría de cubrirle. «Hay lugares de la tierra que tienen para la vista un encanto sensual; se los ama con amor físico.» Nadie comprendió más amargamente la pequeñez de toda sensación en lo infinito de la naturaleza, cuyo eterno renacimiento es la más triste de las ironías para el mísero mortal.

»Era famoso, rico y fuerte, parecía feliz, se le envidiaba, y sin embargo, nadie fué tan desdichado.

»La última vez que le vi me refirió extensamente su melancolía, el fastidio de la existencia, la devastadora enfermedad, los desfallecimientos de su memoria, la ceguera nublando sus ojos durante un cuarto de hora, media hora, una hora... Luego la fiebre del trabajo reanudado, y—¡qué suplicio para un escritor de su fibra!—la impotencia para encontrar la palabra oportuna, la investigación encarnizada, el furor desesperado. Ya nada le causaba placer. Contóme asimismo la angustia en que le sumía el desdoblamiento enfermizo de su personalidad. Fuese donde fuera, hiciera lo que hiciese, en todas partes, siempre la obsesión constante, odiosa, del «otro yo» que fiscalizaba todos sus actos y todos sus pensamientos, murmurando á su oído: «Goza de la vida; bebe, come, duerme, ama, trabaja, recorre el mundo, mira, admira. ¿De qué te sirve? ¡Morirás!»

»Aterrorizado con semejantes confesiones traté en vano de alentarle.

»—Adiós—me dijo.

»—Hasta la vista.

»—No; adiós.

»Y agregó con una especie de énfasis estoico tanto más extraño cuanto que su lenguaje era habitualmente muy sencillo:

»—Estoy resuelto. No duraré ya mucho. No quiero sobrevivirme. Entré en la vida literaria como un meteoro; saldré de ella como un rayo.

»Marchóse. Pasó algún tiempo, algunas semanas. Y, bruscamente, llegó á mí la noticia horrible. Había intentado matarse. Previéndolo, una mano piadosa hizo fracasar aquel intento, descargando el arma. Quedóse anonadado; ya no pudo tener voluntad. Vivió, pues, ó mejor dicho, se sobrevivió durante varios meses.

»Por último, el 6 de Julio de 1893 la muerte libró á Guy de Maupassant de la vida.

»Pero el hombre no es nada, la obra lo es todo. Y su obra vive.

»Perteneció nuestro autor á la gran rama normanda, á la raza de los Malherbe, de los Corneille y de los Flaubert. Como ellos, tiene el gusto sobrio y clásico, el elegante orden arquitectónico y, bajo esa apariencia regular y práctica, un alma audaz y atormentada, aventurera é inquieta. Tiene también el estilo atrevido, la abundante vena satírica y extremadamente populachera de otro rouenés menos ilustre, Saint-Amart. De Bernardín de Saint-Pierre heredó asimismo el sentido de exótico. Aunque se le asemeja menos, otro hay á quien no puedo olvidar en esta enumeración gloriosa, el único que podría disputarle el cetro de la novela: Próspero Merimé.

***

Han escrito acerca del autor de *Boule-de-Suif* los más famosos literatos y los más célebres pensadores del globo. Anatole France dijo de él:

«Agrada en los cuentos de Maupassant la seguridad del talento. Ante tan hermosa y legítima seguridad, el lector experimenta una plena satisfacción, y, á fuerza de aprobar, admira. Si hay una admiración sin sorpresa, ésta la proporciona Maupassant. Fuerza, flexibilidad, mesura, nada falta en ese cuentista robusto y sencillo. Es vigoroso sin esfuerzo y firme sin ninguna tensión. Es uno de los príncipes del cuento en esta Francia, donde el arte de contar se ha transmitido a través de las edades, desde las viejas narraciones hasta las modernas novelas cortas.»

De Eduardo Rod, el ilustre autor de *El sentido de la vida*, ese libro incomparable, son las siguientes líneas:

«... Siento admiración por su obra. Me parece que

Maupassant ocupa un lugar único en la novela contemporánea. Existe en sí (valga la expresión), y entiendo que el interés de sus libros no depende ni de una escuela literaria ni de tesis morales ó sociales, que son siempre transitorias.

»Es el cuentista. Nadie, en mi concepto, llevó tan lejos el artè y la perfección del relato, como nadie tuvo nunca de la vida una visión más sencilla y más directa. No es tal vez de aquellos que sugieren reflexiones numerosas y promueven cuestiones complejas; es de aquellos que se leen dos ó más veces, por el placer de leerlos, por admirarlos y por la prodigiosa corriente de vida y de realidad que se desprenden de su pluma...»

En su libro *Le mouvement litteraire contemporain*, Gastón Pellissier, apunta:

«De todos nuestros novelistas, tal vez uno sólo merece plenamente el nombre de naturalista: Maupassant. Aun cuando este escritor sufriera un poco al principio la influencia de Zola, su verdadero maestro fué Gustavo Flaubert. Y Gustavo Flaubert es, sin disputa, un intérprete de la Naturaleza mucho más fiel que Zola.

»... Pero Flaubert no era un verdadero naturalista... No pudo sustraerse al romanticismo... En Guy de Maupassant no hay la menor huella de romanticismo. Enteramente naturalista, no ha hecho, por así decirlo, más que contemplar la Naturaleza. El mismo se nos presenta en *Notre cocur*, en la figura del novelista La Marthe, «cuyos ojos percibían las imágenes, las actitudes y los gestos con la precisión de un aparato fotográfico.»

»Es probable que Maupassant resulte, por su manera de laborar, menos naturalista que otros naturalistas contemporáneos, que los Goncourt especialmente, cuyos libros nos dan la impresión de la realidad, fértil en accidentes y en caprichos. Pero distingamos al menos entre sus cuentos y sus novelas.

»La unidad de sus noveles no es nunca tan estrecha, no se impone en ellas la lógica y la simetría que caracteriza á las de Flaubert y Emilio Zola; á veces hasta se nota en el desarrollo una ligereza algo insegura. Y si en sus cuentos hay en general más orden, su corta extensión, la sencillez de su asunto y el reducido número de sus personajes, llevaban consigo, á decir verdad, y hasta imponían esta cohesión. Por otra parte, hay en ellos, como dicen los naturalistas, trozos de vida humana que, apartándose de las cosas contiguas, forman cuerpo aparte, tienen unidad propia y distinta. Lo que se ha alabado en Maupassant, como arte de composición, podría muy bien no ser más que un don innato para reconocer esos trozos, á los cuales la Naturaleza ha dado un marco precioso. Y, de esta suerte, lo que hiciera sería también obra naturalista.

»Maupassant reúne mejor que ningún otro de sus contemporáneos todas las condiciones del naturalismo... Nada de filosofía. O, por mejor decir, su filosofía, puramente sensual, no se preocupa de lo que hay fuera del mundo sensible. ¿A qué discurrir? El pensamiento del hombre «gira como una mosca en una botella»: no comprobando más que fenómenos, tal vez ilusorios, y de los cuales al menos la razón de ser se nos escapa, nos es por completo imposible saber nada, explicar nada absolutamente. El nihilismo intelectual no inquieta en manera alguna á nuestro autor, que se arregla del mejor modo del mundo. Si su obra, mostrando á nuestros ojos la bestialidad primitiva del hombre, puede producirnos una impresión de tristeza, ninguna tristeza queda en él...

»Nada le importa la moralidad. Ni la moralidad social... ni la moralidad individual... Considera evidentemente la moral como inventada por espíritus apenados que depravó una civilización corruptora. A la moral opone la naturaleza...

»El amor, tal como lo representa él, es el instinto del sexo. Él mismo, después de haber tenido tratos con mujeres mundanas, volvió á las mozas sencillas, que no hacen remilgos de ningún género. Nada de perverso hay en sus pinturas amorosas. Pinta el amor como lo siente, desprovisto de toda exaltación ficticia, reducido á una exigencia natural.

»... El arte parece dejar á Maupassant completamente insensible. Sabido es al menos que no consentía en hablar de literatura, que rehuía toda conversación acerca de sus libros, que permanecía obstinadamente fuera de las discusiones estéticas. Una sola vez, en *Pierre et Jean*, escribió una especie de manifiesto. Vemos en ese estudio, en primer lugar, el gran desprecio que le inspiraba la crítica; y vemos también que su doctrina literaria consiste en proscribir toda clase de teorías.

»... Como los otros naturalistas, Maupassant pinta siempre lo que ha visto... No inventa nada, limítase á referir. Sabemos el nombre real de los personajes que nos presenta, en qué lugar pasó tal ó cual historia que nos refiere... Pasivo y neutral, Maupassant *representa* las cosas vistas con perfecta exactitud.

»... Es absolutamente impersonal... Redúcese á retratar los seres que pasan por el campo de su visión. Los dibuja, exento de amor y de odio, con fidelidad objetiva, sin que sus penas ó sus alegrías le conmuevan, sin que ninguna insipidez le desanime, sin que le indigne ninguna villanía.

»El estilo de Maupassant es la perfección misma. Pero esta perfección no tiene más que naturalidad y facilidad... Ninguna huella hay en él de lo que se llama el escrito artístico... Nada raro, nada exquisito, nada «especial»...

»Resulta más que claro, transparente.

»Pocos años antes de morir, una enfermedad le turbó la razón. Acabamos de pintar al hombre sano y robusto. Para

ser naturalista, es necesario tener todos los órganos en buen estado. En cuanto Maupassant sintió las angustias del mal que había de llevársele, su naturalismo se alteró. Y se conoció entonces un Maupassant que no es el mismo, el de las últimas novelas: un Maupassant tierno, triste, accesible á las inquietudes del pensamiento, hasta á las preocupaciones morales. Pero, aunque sus novelas tengan inmenso valor, lo que nunca morirá son sus cuentos, cuya originalidad consiste sobre todo en la exactitud con que imitan la Naturaleza. Tal es el rasgo esencial del autor de *La maison Tellier*. Y su visión de las formas es tan exacta, que suple á la facultad de análisis psicológico. La vida íntima se manifiesta por señales exteriores; esas señales—los gestos, los movimientos fisonómicos, las palabras—, él sabe reproducirlas á las mil maravillas. Maupassant no es, desde luego, lo que se llama un psicólogo. Pero, si admitimos con él que en el organismo está contenida toda la naturaleza moral, no nos queda más que admirar su extraordinaria aptitud para expresar lo interior por el exterior.»

Jules Lemaître, el crítico de todos conocido y á quien todos admiramos, ha escrito también mucho acerca de Maupassant. En uno de sus numerosos artículos sobre la obra del maestro normando, ha dicho lo que sigue:

«¿Recuérdase el efecto que produjeron *Boule-de-Suif*, *La maison Tellier*, *Mademoiselle Fifi* y los otros breves relatos de que iban acompañadas esas obras maestras en sus volúmenes? Aquello pareció nuevo; y lo era, efectivamente. Más ¿en qué y por qué? Era el fondo excesivamente brutal: historias de campesinas, de lugareños rapaces, de viles y grotescos burgueses; eran los «actos y palabras» de una humanidad elemental, toda instinto. Y era también, á veces, excesivamente sensual. La filosofía que en rigor se podía deducir de ello resultaba furiosamente negativa. La vida es mala y no tiene ningún objeto moral; ofrécese,

á veces, con cierta ironía. No sabemos nada y no podemos saber nada; vamos, á pesar nuestro, allí donde nos llevan nuestros deseos y la fatalidad exterior; luego, la muerte pone término á todo. Y, entre ese nihilismo, el autor no dejaba de gozar del mundo físico con una intensidad extraordinaria y una franqueza impecable. Cosa rara, este cuentista tan poco «moral», desarmó, casi inmediatamente, aun á los austeros. Todos comenzamos al punto á hablar de «salud». La salud era su distintivo en la opinión general. Nadie fué jamás proclamado «sano» tantas veces como aquel joven que había de morir loco. De idéntica manera, nadie fué declarado clásico tan pronto como él.

»No hubo error en esto. Maupassant ofrecía el singular fenómeno de una especie de clásico primitivo surgiendo en una época de literatura envejecida, decrépita y cansada. En primer lugar, ninguna huella en él de educación cristiana. Su gran maestro Flaubert habíale *despabilado* muy pronto. El talento de Maupassant fué, pues, como una tabla rasa ofrecida á las impresiones del mundo ambiente. Su filosofía sencilla—á la cual es muy posible que los refinados de las últimas edades vuelvan más ó menos tarde—era la de un «Hurón» genial. Este primitivo había recibido de la Naturaleza el don de la expresión, que perfeccionó al lado de su viejo maestro en una disciplina de diez años. Pero si aprendió á ver y á reproducir lo que veía, no aprendió afortunadamente otras cosas. Si conservó, con más amplitud y facilidad, algo de la ironía de *L'education sentimentale*, quedó totalmente exento del romanticismo de Flaubert. Ignoró, igualmente, las «transposiciones artísticas» de los Goncourt y la trepidación nerviosa de Daudet. En una de las épocas en que nuestra literatura fué más compleja y destiló los alcoholes más laboriosos, el genio cuentista de Maupassant brota como una fuente de agua deliciosa, maravillosamente clara. Y, siendo sensual, era

en cierto modo inocente. Nada de común hay entre su sensualidad y la de Emilio Zola, tan triste, tan turbulenta, tan lúgubre, que resulta semejante á la de las tentaciones frailunas; que parece implicar el sentimiento de algo prohibido y la creencia en el pecado. Maupassant no creía en el pecado. Tal vez por esto hasta los amantes de la castidad fueron indulgentes para él.

«Tal fué en los comienzos de su obra el autor de *Boule-de-Suif*.

»Luego vino la angustia. La voluptuosidad acaba siempre, ya se sabe, por ser una gran maestra de metafísica. El deseo es naturalmente insaciable. Y he aquí por qué, en los últimos libros de Maupassant, lentamente, el *surgit amare aliquid* hace su obra...

»A partir de cierta época, Maupassant se muestra sensible. Su observación se entristece... y se afina también á medida que se apaga.

»De un libro á otro, las almas que nos presenta se complican, y, á la vez, adquieren mayor dignidad.

»... Es curiosa la evolución de un escritor que, habiendo comenzado con *La maison Tellier* acaba con *Notre cœur*. Muy someramente, su historia es la de un «primitivo» retrasado, modificándose, poco á poco, en la atmósfera moral de su tiempo, sintiendo, á su pesar, las inquietudes espirituales que nos legaron los pasados siglos. Y, sin duda también, el temor de la muerte, el temor de lo desconocido y la preocupación atroz de la locura amenazadora, tomaron alguna parte en la transformación.»

*
* *

Pero el más atinado juicio acerca de nuestro escritor, la silueta literaria más acertada del ilustre autor de *Bel-Ami*, es la que se debe al gran novelista Emilio Zola; el 9 de Julio de 1893, día del entierro de Maupassant, el genio creador

de *La Terre*, dijo, entre otras cosas, sobre la tumba de su malogrado amigo:

«Conocí á Maupassant, hace unos diez y ocho años, en casa de Gustavo Flaubert. Aún me parece estarle viendo tal como era entonces: joven, con sus ojos brillantes y risueños, callando con modestia filial en presencia del maestro. No oía, en silencio, toda la tarde, aventurando apenas una frase de cuando en cuando; pero aquel muchacho robusto, de fisonomía expresiva y franca, tenía un aspecto de tan feliz jovialidad, de tan exuberante de vida, que todos le queríamos, por la atmósfera de salud que esparcía entre nosotros. Adoraba los ejercicios violentos; leyendas de proezas sorprendentes corrían acerca de él. Nunca nos ocurrió pensar que algún día pudiera tener talento.

»Y apareció *Boule-de-Suif*, esa obra maestra, esa obra perfecta de ternura, de ironía y de valentía. Al primer golpe daba la obra decisiva, se colocaba entre los maestros. Fué aquélla una de nuestras grandes alegrías; porque se hizo el hermano de todos nosotros, que le habíamos visto crecer sin sospechar su genio. Y á partir de aquel día no cesó ya de producir, con una abundancia, una seguridad y una fuerza magistral que nos maravillaban. Colaboraba en muchos periódicos. Los cuentos, los episodios se sucedían con infinita variedad, todos de una perfección admirable, encerrando cada uno una pequeña comedia, un pequeño drama completo, abriendo bruscamente una ventana sobre la vida. Se reía, se lloraba, se meditaba leyéndole. Podría citar algunos de esos cortos relatos que contienen en pocas páginas la esencia de grandes obras, que otros novelistas habrían escrito sin duda alguna. Pero tendría que citarlos todos; ¿y no son algunos de ellos tan clásicos ya, como una fábula de La Fontaine ó un cuento de Voltaire?

»Maupassant quiso ensanchar su marco para responder

á los que le declaraban incapaz de hacer algo que no fuesen cortas narraciones; y con aquella energía tranquila, con aquella facilidad de buena salud que le caracterizaba, escribió novelas, soberbias novelas, en las que todas las cualidades del cuentista se encontraban como agrandadas, afirmadas por la pasión de la vida. Poseía el soplo, ese gran soplo humano que hace las obras apasionadas y vivas. Desde *Une vie* hasta *Notre cœur*, pasando por *Bel-Ami*, por *Mont-Oriol* y *Fort comme la mort*, se observa siempre la misma visión profunda y sencilla de la existencia, un análisis impecable, una manera tranquila de decirlo todo, una especie de franqueza sana y generosa que conquista los corazones. Y quiero conceder un lugar aparte á *Pierre et Jean*, que es, en mi concepto, la maravilla, la rara joya, la obra de grandeza y de verdad que no puede superarse.

»... Lo que nos sorprendía á cuantos seguíamos á Maupassant con toda nuestra simpatía, era aquella conquista tan pronta de los corazones. No había tenido más que aparecer y contar sus historias para conquistar los entusiasmos de un público inmenso. Famoso de la noche á la mañana, ni siquiera fué discutido; la dicha sonriente parecía haberle cogido de la mano para conducirle á tanta altura como quisiera llegar. No conozco ningún otro ejemplo de comienzos tan felices, de éxitos tan rápidos y tan unánimes. Aceptábasele todo; lo que habría chocado, producido por la pluma de otro, siendo suyo era juzgado con una sonrisa. Satisfacía todas las inteligencias, llegaba á todas las sensibilidades, y teníamos el espectáculo extraordinario de un talento franco y robusto que se imponía de un golpe á la admiración, hasta al cariño de ese público ilustrado, de ese público juzgador que, ordinariamente, tan caro hace pagar á los artistas originales el derecho de ser independientes.

»Todo el genio de Maupassant está en la explicación de ese fenómeno. Desde el primer momento fué comprendido y estimado porque tenía el alma francesa, las dotes y las cualidades que constituyen lo mejor de la raza. Se le comprendía, porque su estilo era todo claridad, sencillez, mesura y fuerza. Se le amaba, porque tenía la bondad risueña, la sátira profunda, que, por un milagro, no es perversa; la sana jovialidad que persiste aun bajo las lágrimas... Los lectores, los admiradores no se engañaban; iban instintivamente á aquel manantial límpido y abundante, á aquella belleza de pensamiento y de forma que satisfacían sus deseos. Y estaban agradecidos al escritor, aun cuando éste fuera pesimista, que les daba la feliz sensación de un equilibrio vigoroso en la perfecta claridad de sus obras.

»... Me gusta Maupassant porque pertenece á la familia de las grandes honradeces literarias. Desde luego no deben ponerse límites al arte; es necesario aceptar á los complicados, á los refinados, á los obscuros; pero me parece que éstos no satisfacen más que la depravación ó, si se quiere, el delirio de un instante, y que es necesario volver siempre á los sencillos y claros, como se vuelve al cotidiano pan, que alimenta sin cansar nunca. La salud está ahí, en ese baño de sol, en esa onda que os envuelve en todas partes. Tal vez la página que admiramos de Maupassant le ha costado un esfuerzo. ¡Qué importa, si esa fatiga no aparece, si nos sentimos reconfortados por la naturalidad perfecta, por el tranquilo vigor que de ella se desprende! ¡Sálese de esa página como remozado, con la alegría moral y física que proporciona un paseo á la plena luz del día!

»... Maupassant tuvo siempre la curiosidad de los horizontes nuevos, de las comarcas desconocidas. Viajaba mucho, trayéndonos una visión intensa de los países que había visitado. Su inclinación á la claridad y la sencillez le hacía

aborrecer las tareas literarias. Nunca ningún hombre sintió la pasión de escribir menos que él, que hasta llegaba á la exageración de no querer hablar de literatura, de vivir apartado del mundo de las letras, trabajando por necesidad, según decía, y no por la gloria. Esto nos admiraba á nosotros, en quienes la idea de la literatura absorbió la existencia. Sin embargo, actualmente opino que tenía razón, y que la vida merece ser vivida por sí misma, prescindiendo del trabajo. Es menester, además, vivir para conocerla; y es cierto que Maupassant, en sus últimos años, había ensanchado su mundo de campesinos y burgueses, había adquirido un sentimiento más delicado y más profundo de la mujer, y avanzaba hacia otras obras más profundas, más amplias.

»Sé de sobra que algunos principiaban á echar de menos al Maupassant de los comienzos, y yo mismo no miraba sin inquietud la pérdida de su equilibrio. Mas no he venido aquí á juzgar su obra en conjunto, y sólo diré ahora que á pesar de su aparente indiferencia por la literatura, amó apasionadamente su arte.

.....

«¡El! ¡oh dolor! atacado de locura! ¡Toda aquella dicha, toda aquella salud caída de un golpe en semejante abominación! Había en él un torrente de vida tan brusco, un abismo tan inesperado que los corazones que le amaban, sus miles de lectores, conservan para él una especie de fraternidad dolorosa, una ternura inmensa. No quiero decir que su gloria necesitara ese fin trágico, de tan fecunda repercusión en las inteligencias; pero su memoria, desde que sufrió la horrible pasión del dolor y la muerte, ha tomado en nosotros no sé qué majestad soberanamente triste que le eleva á la leyenda de los mártires del pensamiento.

.....

»Por otra parte, ¿quién puede asegurar que el dolor y la

muerte no saben lo que hacen? Cierto que Maupassant, que en quince años había publicado más de veinte volúmenes, podía vivir y triplicar este número. Pero, ¿lo diré? Me acomete en ocasiones una inquietud melancólica ante la abundante producción de nuestra época. Sí; son largas y concienzudas tareas: muchos libros acumulados, un hermoso ejemplo de obstinación en el trabajo. Son á la vez bagajes muy pesados para la gloria. De esas grandes obras cíclicas nunca quedaron más que unas cuantas páginas. ¿Quién sabe si la inmortalidad no es una novela en trescientas líneas, la fábula ó el cuento que los colegiales de los siglos futuros se transmitirán, como ejemplo intachable de la perfección clásica?

»Y en eso consistiría la gloria de Maupassant, que será siempre la más cierta y más duradera de las glorias. Duerma, pues, su tranquilo sueño, que tanto le costó, confiando en la salud triunfante de la obra que deja. Ella vivirá y le hará vivir. Nosotros, los que le hemos conocido, tendremos constantemente en el corazón su robusta y dolorosa imagen. Y, andando el tiempo, los que no le conozcan más que por sus obras, le amarán por el eterno canto de amor que consagró á la vida.»

* * *

Si Gustavo Flaubert no hubiera conquistado con sus libros el señalado lugar que ocupa en las letras, tendríale muy preferente por otra razón: según ya hemos dicho, Flaubert fué el maestro de Maupassant, Flaubert formó á Maupassant; sin Flaubet, Maupassant, el Maupassant que conocemos, el Maupassant que á todos nos encanta, no existiría quizá; Flaubert hizo hermosas novelas, nos asombró con admirables libros, pero su obra mejor es, sin duda alguna, Maupassant. La educación literaria del autor de *Une vie*, debémosla en absoluto al maestro de *Salambó*, esa obra incomparable. Cuando el joven Guy estaba á su lado, en Croisset, decíale con frecuencia: «Ve á pasearte á Rouen, y á tu regreso, refiéreme en cien líneas lo que hayas visto.» Enseñóle así á condensar un relato en algunas páginas, y al propio tiempo á dar á su estilo pulcritud, claridad y precisión. Sin bienes de fortuna, Maupassant entró muy joven, como empleado, en el Ministerio de Marina, donde estuvo diez años. En sus ratos de ocio hacía versos. Gustavo Flaubert, á quien los enseñó, le dijo que siguiese buscando consonantes. Maupassant escribía poco. Limitábase á frecuentar, gracias á su maestro, el trato de los Goncourt, Emilio Zola y otros escritores pertenecientes á la escuela naturalista; al propio tiempo, de cuando en cuando, hacía publicar en los periódicos algunas de sus poesías.

Unos veinte años tendría Maupassant cuando el 19 de Febrero de 1879, estrenó un proverbio en un acto y en verso, *Histoire du vieux temps*, que entonces pasó casi inadvertida y en la actualidad es de repertorio en la Comedia francesa. En 1880 publicó, entre otros episodios de la guerra francoprusiana, escritos por varios autores y reunidos en el volumen hoy famoso gracias á él, *Les Soirées de Médan* que todos conocemos, una novela corta, *Boule-de-Suif*, que fué su verdadera presentación al público. Este corto relato, en el cual Maupassant refiere, con la maestría que encanta en todos sus libros, un curioso episodio de la ocupación prusiana en Normandía, hizo que la atención general se fijara en el joven escritor: no se habló de *Les Soirées de Médan;* se habló de *Boule-de-Suif:* su novelita eclipsó las otras de Zola, Huysmans, Hennique, Céard y Alexis, que la acompañaban. Para los inteligentes, *Boule-de-Suif* es una obra maestra. Así la llamó Flaubert en carta dirigida á Maupassant. «Trata de hacer una docena de trabajos como ese—le decía—, y serás todo un hombre.»

En el mismo año, con el título *Des vers*, Maupassant dió á luz una colección de poesías que le valieron también grandes elogios. Pero, á partir de aquella fecha, abandonó casi enteramente la poesía para escribir esos cuentos, esos relatos, esas novelas, que han hecho su fama, dando clarísimas pruebas, á la vez que de su gran talento, de una actividad intelectual nada común.

Para descansar de su incesante producción, Maupassant se entregaba á violentos ejercicios físicos; gustábale especialmente remar. Viajó mucho, fletó un *yacht* al cual dió por nombre el título de una de sus mejores novelas, *Bel-Ami*, y solo, meses enteros, surcó las aguas del Mediterráneo. Había contraído una enfermedad del estómago que no logró curarse, aun cuando lo procuraba, yendo todos los años á buscar alivio en Divoune. Su humor, su buen humor, que todos envidiaban, se ensombreció; agrióse su carácter, aquel alegre carácter que era proverbial; y el trabajo se le hizo penoso. Para excitar su imaginación, recurrió á una embriaguez artificial, absorbiendo éter y cafeína, excitantes que muy pronto, por prescripción facultativa, hubo de abandonar. Y cayó en una hipocondría creciente. La locura y la muerte de un hermano agravaron su enfermedad. Y en Diciembre de 1891, encontrándose en su *chalet* del Isére, situado cerca de Cannes, fué víctima de terribles crisis nerviosas y trató de suicidarse. Condujéronle á Cannes, donde le prestaron los auxilios de la ciencia; pero hallábase atacado por una enfermedad incurable: la parálisis general. El 7 de Enero de 1892, Maupassant regresaba á París y era encerrado en el manicomio del doctor Blanche, donde permaneció hasta su muerte, acaecida el 6 de Julio de 1893.

*
* *

Se ha hablado y escrito mucho acerca del origen, mejor dicho, de los comienzos de la locura de Maupassant. ¿Cuándo el privilegiado cerebro de este admirable hombre empezó á turbarse? ¿En qué ocasión dió la primer muestra de la cruel enfermedad que le asesinó, por decirlo así, antes de su muerte? La madre de nuestro famoso novelista dijo en sus últimos años, contestando á esas preguntas:

«—Le juro á usted que Guy no experimentó ninguna turbación antes de la enfermedad de su hermano. Este tomó una insolación que determinó en él desórdenes cerebrales. Guy siguió los progresos de la dolencia, puramente accidental, y cuando su hermano murió quedó muy impresionado. Cayó en un desaliento profundo. Los que han pretendido ver en *El Horla* una primera manifestación de su locura, están en un error; *El Horla* no es más que el capricho de una poderosa imaginación. Y Guy disfrutaba de completa salud al escribirlo. Su volumen *En el mar*, por el contrario, escrito bajo la impresión que la enfermedad de su hermano le produjo, revela gran inquietud...

»Una noche que cenábamos juntos en nuestra casita de Cannes, hablando sencillamente, Guy comenzó de pronto á pronunciar palabras incoherentes. Disimulé lo mejor que pude la angustia mortal que me devoraba. Guy se detuvo de pronto. Acababa de darse cuenta de su estado. Se levantó, llamando á su criado, mandóle á buscar un coche y se marchó. Dos horas después, hallándose en el *chalet* del Isére, intentaba degollarse.

*
* *

Maupassant, ese hombre á quien muchos han creído esclavo de las mujeres, fundándose en sus hazañas de las casas de placer, nunca las tuvo cariño. Como á Flaubert y Dumas hijo, la mujer sólo le inspiraba desdén. Limitó sus

amores á la su vida sensual; pero sus amadas nunca pudieron invadir su naturaleza espiritual. No buscó jamás relaciones íntimas y amistosas; siendo su madre, á quien adoraba, la mejor amiga para él, contentóse con tener queridas para sus goces carnales. Nunca fué un sentimental. En la batalla del amor quiso siempre adversarios conscientes y libres.

Como todos ó casi todos los seres que sobresalen por cualquier causa entre sus contemporáneos, Maupassant, una vez famoso, padeció las persecuciones de las tan impropiamente llamadas almas gemelas, de las adoradoras de hombres geniales, de las marisabidillas más ó menos románticas, de las prófugas del matrimonio, de esas depravadas que se lanzan tras el rastro que deja el hombre ilustre, creyéndose que brillan porque reciben de cerca su luz. Fué deseado por vanidad y por curiosidad. Y el desprecio que le inspiraba la mujer aumentó con esto.

Porque aquel desdeñoso era tal vez sencillamente un idealista. Los místicos, frecuentados por las visiones paradisíacas, renuncian á la existencia que les parece incompleta comparada con sus ensueños. En el fondo del desprecio de Maupassant había, seguramente, un hondo sentimiento por el amor verdadero, que no podía encontrar. En una de sus obras póstumas, su alma desesperada lanzó lamento angustioso. Léanse en la *Carta encontrada sobre el cuerpo de un ahogado* (incluída en el volumen que se rotula LE COLPORTEUR) las siguientes líneas:

«Jamás he amado.

»Muy á menudo, me he preguntado á qué es esto debido, y verdaderamente no lo sé muy bien. Aunque llegué á encontrar varias razones, se refieren á la metafísica, y no sé si las apreciará usted.

»Analizo demasiado á las mujeres, para dejarme dominar por sus encantos. Pido á usted mil perdones por esta

confesión, que explicaré. Hay en toda criatura dos naturalezas diferentes: una moral y otra física.

»Para amar tendría que descubrir, entre esas dos naturalezas, una armonía que no hallé jamás. Siempre una de las dos hállase á mayor altura que la otra; unas veces la naturaleza física, y otras la moral.

»La inteligencia que tenemos el derecho de exigir á una mujer, para amarla, no tiene nada de común con la inteligencia viril. Es más y es menos. Es menester que una mujer tenga el entendimiento franco, delicado, sensible, fino, impresionable. No necesita dominio ni iniciativa en el pensamiento, pero es menester que tenga bondad, elegancia, ternura, coquetería, y esa facultad de asimilación que en poco tiempo la hace semejante al hombre, cuya vida comparte. Su primera cualidad debe ser la sutileza, ese delicado sentido que es para el alma lo que el tacto es para el cuerpo. La revela mil cosas insignificantes: los contornos, los ángulos y las formas en el orden intelectual.

»Las mujeres bonitas, en general, no tienen una inteligencia en consonancia con su persona. A mí, el menor defecto de concordancia me hiere la vista al primer momento. Esto no tiene importancia en la amistad, que es un pacto en el cual se transige con los defectos y las cualidades. Se puede, al juzgar á un amigo ó á una amiga, dándose cuenta de sus buenas condiciones, prescindir de las malas y apreciar con exactitud su valor, abandonándose á una simpatía íntima, profunda y encantadora.

»Para amar, hay que ser ciego, entregarse completamente, no ver nada, no razonar, no comprender. Hay que hallarse dispuesto á adorar las debilidades tanto como las bellezas, y para esto renunciar á todo juicio, á toda reflexión, á toda perspicacia.

»Soy incapaz de cegar hasta ese punto y muy rebelde á la seducción no razonada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

»Pero no es esto todo. Tengo tan elevado concepto de la armonía, que nada realizará nunca mi ideal. ¡Va usted á tacharme de loco! Escúcheme. Una mujer, á mi juicio, puede tener un alma deliciosa y un cuerpo encantador, sin que su alma y su cuerpo estén perfectamente de acuerdo.»

Después de dar á entender como él sabe hacerlo que no puede contentarse con un *casi* en amor, Maupassant cuenta que una vez creyó alcanzar la dicha. He aquí cómo lo cuenta:

»Permanecía en éxtasis, encantado. Frente á nosotros, en toda la extensión, el firmamento se iluminaba de un rojo violáceo, salpicado de nubes entrelazadas semejantes á un humo dorado. El río estaba de color purpúreo, y tres casas de la orilla parecían arder.

»Inclinéme hacia mi compañera para decirla:

»—Mire usted.

»Pero me callé de pronto enloquecido y solamente la vi á ella. También ella estaba bañada en la luz rosada, un rosa de carne mezclado con un poco del matiz del cielo. Sus cabellos eran de color de rosa, de color de rosa eran también sus ojos, sus dientes, su traje, sus encajes, su sonrisa. Todo era de color de rosa. Y tan enloquecido estaba, que creí tener á la aurora ante mí.

»Se levantó dulcemente tendiéndome sus labios. Inclinéme hacia ellos, estremecido, delirante, sintiendo muy bien que iba á besar el cielo, la dicha, un sueño convertido en mujer, un ideal descendido á la Humanidad.

»Pero entonces ella me dijo:

»—Tiene usted una oruga en el pelo.

»¡Y por esto sonreía!

»Me pareció que había recibido un fuerte golpe en la cabeza.

»De pronto sentíme como si hubiera perdido toda la esperanza que tenía en el mundo.

»Esto es todo, señora. Es pueril, tonto, estúpido. Desde ese día creo que no amaré jamás... Pero... ¿quién sabe?»

Y la vida ha dado una trágica significación á la conclusión de este pequeño estudio:

«El joven sobre cuyo cuerpo se halló esta carta, fué sacado ayer del Sena entre Bougival y Marly. Un marinero compasivo que le había registrado para saber su nombre, presentó el papel que acabamos de copiar.»

***

«Durante los últimos años de su vida—dice A. Lombroso—, Maupassant frecuentó el mundo elegante. Y en sus obras *Fort comme la mort* y *Notre cœur* dió entrada á la mujer seductora y terrible, á la mundana intelectual, que se adorna con ideas como con joyas, y que llevaría un anillo en la nariz si fuera moda; que encanta con su gracia, interesa con su apariencia de inteligencia, retiene con su coquetería y desespera con su frialdad. *Notre cœur* relata una aventura verdadera.

»Pero si el libro es solamente irónico, la vida fué dolorosa. El día mismo en que su inteligencia se apagó, Maupassant tuvo una entrevista con la heroína de la novela. Y mientras agonizaba el alma genial, la mujer huía con un espanto de niña que, habiendo ahogado á besos á su pájaro favorito, se oculta para no verle expirar.

»Por remordimiento tal vez, la amiga renunció al mundo y sepultóse en el luto de un recuerdo.»

En ella pensaba evidentemente Maupassant escribiendo alguna página de la citada novela.

***

Maupassant, ese genio de quien todos han aprendido, á quien muchos han imitado, con más ó menos fortuna,

pero no acercándose ni con mucho á tan brillante modelo, cuando se volvió loco había planeado y escrito algunos fragmentos de dos nuevas novelas: *El alma extranjera* y *El Angelus*. Acerca de esta última, el poeta Augusto Dorchain, á quien Maupassant trató íntimamente, dice algo en el artículo *Quelques normands*, dedicado á Henri Allais. He aquí lo que dice:

«... Maupassant tenía en la mano unos papeles. Enseñándomelos, exclamó:

»—¡Las cincuenta primeras páginas de mi novela *El Angelus!* En un año que no he podido escribir ninguna más. Si dentro de tres meses el libro no está concluído, me mataré... Voy á contarle á usted el asunto de esta obra.

»Y me lo contó, con una lucidez, una lógica, una elocuencia y una emoción extraordinarias. Era aquello, si mi memoria no me es infiel, la historia de una mujer en vísperas de ser madre y á quien su marido, soldado, ha dejado sola durante el año terrible. Una noche de invierno, la noche de Navidad, los prusianos invaden la casa; con motivo de una resistencia ó una queja, encierran á la infeliz en un establo, después de maltratarla y aun herirla; y sobre la paja, mientras á lo lejos suenan las campanas de la iglesia, da á luz, como en otro tiempo la Virgen María. Pero, ¡qué es lo que da á luz! un niño herido, lisiado para siempre por el golpe que su madre recibiera, un niño con las piernas rotas, que nunca andará y que nunca será un hombre semejante á los otros. Pasan los años sin poder curarle, pero afinando su alma con el amor infinitamente tierno de su madre, como para que pueda sufrir aún más. ¿Es que Jesús vino realmente al mundo á traer la alegría?... Un día, cuando ya el niño es un joven, aparece una muchacha; y el inválido la adora con todo su corazón lleno de ternura, pero sin atreverse á decírselo, y sin que ella pueda amarle. Es al hermano mayor del inválido, al robusto y gallardo

á quien la joven quiere; y los amantes ofrecen al infeliz el torturador espectáculo de su dicha.

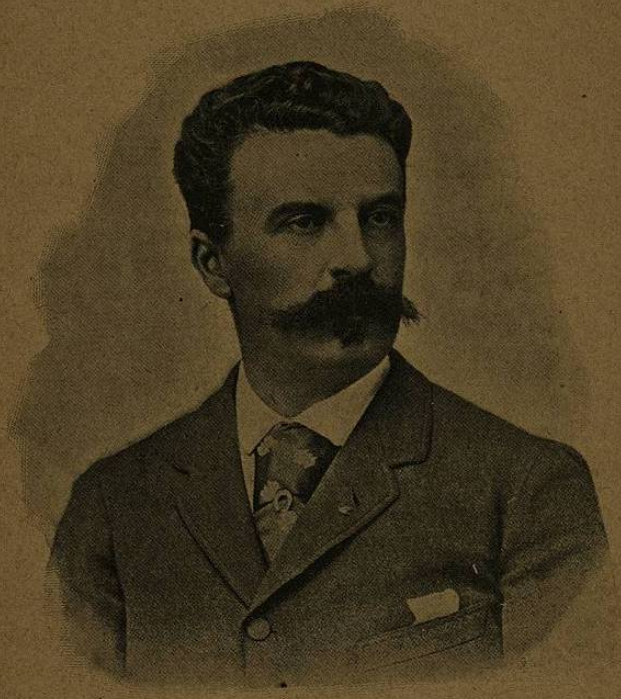
»—No te apenes amor mío—dícele la madre meciéndole como á un niño –. Te llevaré á hermosos países, te leeré hermosos libros, y olvidarás, y serás feliz también. ¡Yo lo quiero, lo quiero!...

»Y el pobre niño menea la cabeza tristemente; y en todas partes y á todas horas ve pasar ante sus ojos aquel fantasma encantador al cual nunca puede acercarse: una mujer joven y bella.

»Maupassant lloraba al acabar su narración, que duró dos horas; y nosotros también llorábamos viendo lo que aún quedaba de genio, de ternura y de piedad en aquel alma que ya nunca podría envolver con los halagos de su genio á otras almas.

»El relato penetraba hasta lo más hondo del infortunio humano; pero sentíase que, si llegaba á escribirle, el pensador golpearía en seguida con desesperado y enérgico pie, como nadador que se ahoga, el siniestro fondo de su pensamiento y se remontaría de un solo impulso hacia la luz y la esperanza... Era seguro, si se curaba; porque en su acento, en sus palabras, en sus lágrimas, Maupassant tenía no sé qué de religioso que sobrepujaba el horror de la vida y el sombrío espanto del vacío...»

Pero no se curó, por desgracia suya, y las letras experimentaron una de las más sensibles pérdidas. *El Angelus* no avanzó en una sola página: pocos meses después de explicar así el asunto de su futuro libro, Maupassant intentaba suicidarse.»



GUY DE MAUPASSANT

ALLOUMA

I

Si en tu viaje á Argel—me había dicho mi amigo—te acercases por casualidad á Bordj Ebbaba, no dejes de hacer una visita á mi antiguo camarada el colono Auballe.

Había olvidado el nombre de Ebbaba y el del colono Auballe, cuando, por pura casualidad, llegué á su casa.

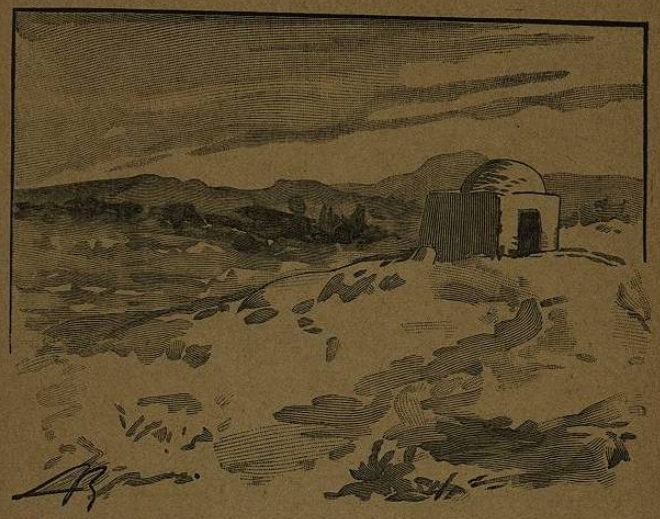
Hacía cerca de un mes que recorría á pie toda esa magnífica región que se extiende entre Argel y Cherchell, Orleansville y Tiaret, árida á trozos y á trozos poblada de árboles, grandiosa é íntima. Encuéntranse allí entre dos montes, en angosto valle, frondosos pinares que los torrentes cubren en invierno. Enor-

mes árboles cruzados sobre la torrentera, sirven de puente á los árabes y también á los bejucos que enroscándose á los troncos muertos les procuran el adorno de una vida. Hállanse en desconocidos pliegues de montaña parajes de una belleza aterradora y arroyuelos cuyas orillas cubiertas de adelfas, tienen un encanto indescriptible.

Pero, lo que dejó en mi corazón los más gratos recuerdos de esta excursión, fueron las caminatas de por la tarde á lo largo de los senderos, casi sin árboles, que atraviesan aquellas ondulaciones de la costa, desde donde se domina un inmenso país montañoso y rojizo entre el azulado mar y la cordillera del Ouarsenis, que ostenta en sus cimas el bosque de cedros de Teniet-el-Haad.

Aquel día me extravié. Acababa de trepar á la cresta de un monte desde donde había divisado, por encima de una serie de colinas, la larga planicie de la Mitidja, y detrás, en la cumbre de otra cordillera, tan distante que apenas se veía, el extraño monumento que llaman la Tumba de la Cristiana, sepulcro, según se cuenta, de una familia de reyes mauritanos.

Descendía, encaminándome hacia el Sur, divisando frente á mí, limitada por las cimas que, á la entrada del desierto, yérguense hacia aquel cielo clarísimo, una comarca montañosa y aleonada, como si todas sus colinas estuviesen cubiertas de pieles de león cosidas unas á otras. De trecho en trecho, en medio de aquellos montes, uno más alto que los que tenía al lado, elevaba su cumbre puntiaguda y amarilla, semejante al encrespado lomo de un camello.



Yo andaba de prisa, más ligero cada vez, como se camina cuando se baja de lo alto de una montaña por sus tortuosos senderos.

Nada pesa en estas ligeras caminatas animadas por el vivo aire de las alturas; nada pesa, ni el cuerpo, ni el corazón, ni los pensamientos, ni siquiera las preocupaciones.

Aquel día no sentía en mí nada de cuanto aplasta y tortura nuestra existencia, y notaba tan sólo el placer de aquel descenso.

Divisaba á lo lejos campamentos árabes, tiendas negruzcas, puntiagudas, agarradas al suelo como los mariscos á las rocas, y chozas, cabañas de ramas y madera de las que salía un humo gris. Formas blancas, hombres ó mujeres, vagaban con lentitud en torno de ellas, y la brisa de la tarde llevaba á mis oídos el tintineo de las esquilas de los ganados.

Los madroños del sendero que yo seguía se inclinaban extraordinariamente cargados con sus frutos color púrpura, que esparcían por el camino. Parecían árboles mártires; hallábanse enteramente bañados en un sudor sangriento; del tronco de cada una de sus ramas pendía un grano encarnado semejante á una gota de sangre.

En torno de ellos, la tierra estaba completamente roja, y el pie, aplastando el redondo y rojizo fruto, dejaba en el suelo huellas de asesinato. A veces,

pegando un brinco, cogía al paso los más maduros para comérmelos.

Los valles iban envolviéndose en un vapor que surgía lentamente, como el vaho de la piel del buey; y en la cordillera que cerraba el horizonte en la frontera del Sahara, resplandecía un cielo maravilloso. Largos regueros dorados alternaban con regueros de sangre—¡más sangre! sangre y oro, toda la historia humana—, y entre ellos abríase á veces una angosta grieta de un azul verdusco, infinitamente lejano como el sueño.

¡Oh! ¡qué lejos! ¡qué lejos estaba de todas las cosas y de todas las gentes, que son objeto de las conversaciones en los bulevares; y hasta de mí mismo, convertido en una especie de ser errante, sin conciencia y sin pensamiento; y qué lejos también de mi camino, en el cual ya no pensaba, pues al acercarse la noche me dí cuenta de que me había extraviado!

Sobre la tierra caía la sombra como un alud de tinieblas, y ya no descubría frente á mí más que la montaña, que se perdía á lo lejos.

Como de pronto divisara unas tiendas en un vallecito, bajé y traté de hacer comprender al primer

30499
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

árabe que me salió al paso la dirección que yo buscaba.

¿Me entendió? Lo ignoro; ello es que me habló largo rato sin que yo comprendiese nada.

Desesperado, me disponía á pasar la noche sobre una alfombra junto al campamento, cuando creí oir entre las extrañas palabras que salían de su boca, el nombre de Bordj-Ebbaba.

Repetí:

—Bordj-Ebbaba.—¡Sí, eso es!

Y le enseñé dos francos: una fortuna. El echó á andar; le seguí. ¡Oh! seguí mucho tiempo, en la noche obscura, á aquel pálido fantasma que corría descalzo delante de mí por los senderos pedregosos donde yo tropezaba sin cesar.

De repente brilló una luz. Llegábamos delante de la puerta de una casa blanca, especie de fortín de paredes rectas y sin ventanas exteriores. Llamé; varios perros aullaron dentro. Una voz francesa preguntó: «¿Quién va allá?»

Respondí:

—¿Vive aquí el señor Auballe?

—Esta es su casa.

Abrieron y me hallé en presencia del propio señor Auballe, un buen mozo rubio, con aspecto de Hércules bonachón, calzado con babuchas y con su pipa en la boca.

Le dí mi nombre; y él me tendió ambas manos, diciéndome:

—Está usted en su casa, caballero.

Un cuarto de hora más tarde comía con avidez frente á mi huésped, que seguía fumando.

Yo conocía su historia. Después de haber gastado mucho dinero con las mujeres, había empleado los restos de su fortuna en tierras argelinas y dedicábase al cultivo de la vid.

Los viñedos marchaban bien; era dichoso, y tenía la tranquila expresión del hombre satisfecho. No podía yo comprender cómo aquel parisién, calavera, había podido acostumbrarse á una vida tan monótona en aquella soledad, y pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Nueve años.

—¿Y no ha sentido usted grandes tristezas?

—No; se acostumbra uno á este país, y se acaba por amarle. Usted no sabe cómo va apoderándose de las gentes por una porción de pequeños instintos animales que desconocemos en nosotros. Nos

aficionamos á él, en primer término, por nuestros órganos, á los cuales procura secretas satisfacciones que no razonamos. El aire y el clima conquistan nuestra carne á pesar nuestro, y la alegre luz que le inunda mantiene á poca costa el espíritu claro y satisfecho. Entra en nosotros á torrentes, sin cesar, por los ojos, y diríase que lava todos los rincones sombríos del alma.

—Pero ¿y las mujeres?

—¡Ah!... Escasean algo.

—¿Algo nada más?

—Caramba, sí... algo. Porque siempre hay, en las tribus, indígenas complacientes que piensan en las noches del rumí.

Se volvió hacia el árabe que me servía, un mocetón moreno, cuyos negros ojos brillaban bajo el turbante, y le dijo:

—Vete, Mohammed; te llamaré cuando te necesite.

Luego, dirigiéndose á mí, añadió:

—Comprende el francés, y voy á contarle á usted una historia en la cual ha desempeñado él un papel importantísimo.

Y cuando aquel hombre hubo salido, principió en los siguientes términos:

—Llevaba yo aquí unos cuatro años sin estar completamente instalado bajo todos conceptos en este país cuya lengua empezaba á silabear, y me veía obligado, para no romper por entero con pasiones que me han sido fatales, á hacer de vez en cuando un viaje de varios días á Argel.

»Había comprado esta granja, este *bordj*, antiguo puesto fortificado, á unos centenares de metros del campamento indígena, cuyos hombres empleo en mis cultivos. En esa tribu, fracción de los Oulad-Taadja, escogí cuando llegué, para mi servicio particular, á un gallardo mozo, el que acaba de ver usted, Mohammed ben Lam'har, que muy pronto empezó á tomarme gran cariño. Como no quería dormir en una casa, á la cual no estaba acostumbrado, levantó su tienda á pocos pasos de mi puerta, con el fin de que pudiese yo llamarle desde la ventana.

»¿Adivina usted mi existencia?

»Pasaba todo el día recorriendo desmontes y plantaciones, cazaba algo, iba á comer con los oficiales de los vecinos puestos, ó bien venían ellos á comer á mi casa.

»En cuanto á... placeres, ya le hablé á usted de

los míos; Argel me ofrecía los más refinados; y de vez en cuando un árabe complaciente y compasivo me detenía en mitad de un paseo para hacerme la proposición de llevar á mi casa, por la noche, una mujer de la tribu. Aceptaba en ocasiones, pero generalmente rehusaba, por temor á los enemigos que aquello pudiera proporcionarme.

»Y, una noche, al principiar el estío, regresando de dar un vistazo á mis posesiones y teniendo necesidad de decir algo á Mohammed, entré en su tienda sin llamarle. Esto me ocurría á cada paso.

»Sobre una de esas grandes alfombras rojas de larga pelambre, de Djebel-Amor, espesas y suaves como un colchón, una mujer, una muchacha, desnuda casi, dormía con los brazos cruzados sobre los ojos. Su cuerpo blanco, de una blancura que relucía bajo el rayo de luz de la cortina levantada, aparecióseme como una de las más perfectas muestras de la raza humana que en mi vida había visto.

»Las mujeres son aquí hermosas, altas y de una rara armonía de rasgos y lineas.

»Algo confuso, dejé caer la cortina que cerraba la tienda y me fuí á casa.

»Me gustan las mujeres. El rayo de aquella visión

me había atravesado y quemado, reanimando en mis venas el antiguo y temible ardor al cual debo el estar aquí. Hacía calor, corría el mes de Julio, y pasé casi toda la noche en la ventana, fijos los ojos en la sombría mancha que dibujaba en el suelo la tienda de Mohammed.

»Cuando al siguiente día éste penetró en mi aposento, le miré cara á cara, y él bajó la cabeza como hombre confuso, culpable. ¿Adivinaba lo que yo sabía?

»—¿Por ventura estás casado, Mohammed?—le pregunté bruscamente.

» e vi ponerse encarnado, y balbuceó:

»—No, señor.

»Le obligaba á hablar francés y á darme lecciones de árabe, lo que producía con frecuencia una lengua intermedia de las más incoherentes.

»Repuse:

»—Entonces, ¿por qué hay una mujer en tu casa?

»Él murmuró:

»—Es del Sur.

»—¡Ah! ¿es del Sur? Pero eso no explica su estancia en tu tienda.

los hombros, la especie de *gebba* de seda roja que vestía.

»Al verme entrar, levantóse y quedó en pie delante de mí, cubierta por sus joyas salvajes, en actitud de altiva sumisión.

»—¿Qué haces ahí?—díjela en árabe.

»—Me encuentro donde estoy, porque se me ha mandado venir.

»—¿Quién te lo ha mandado?

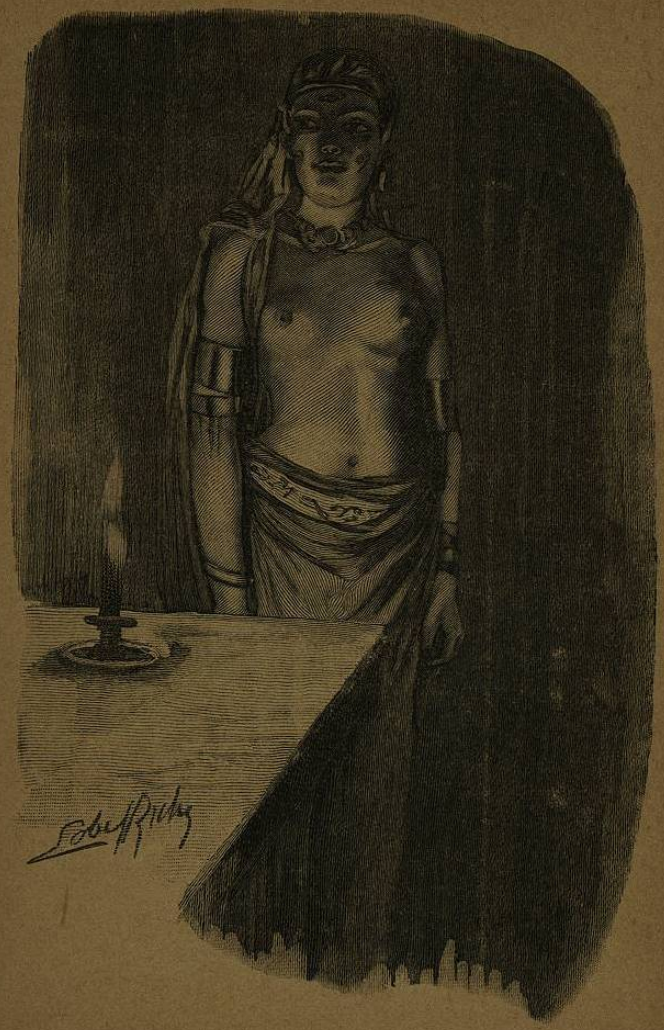
»—Mohammed.

»—Bien está. Siéntate.

»Obedeció, bajando los ojos, y yo permanecí enfrente, examinándola.

»El semblante era extraño, regular, fino y algo bestial, pero místico cual de un Budha. Los labios eran duros y estaban coloreados por una especie de florescencia encarnada que se encontraba además en su cuerpo, indicando una ligera mezcla de sangre negra, aunque las manos y los brazos fuesen de una blancura irreprochable.

»No sabía qué hacer, y me sentía turbado, tentado y confuso. A fin de ganar tiempo y poder reflexionar, hícele otras preguntas acerca de su origen, su llegada al país y sus relaciones con Mohammed.



UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero ella no respondió sino á las que menos me interesaban, y me fué imposible saber por qué había venido, con qué propósito, de orden de quién, en qué momento, ni lo que había ocurrido entre ella y mi servidor.

»Cuando ya me disponía á decirle:

«Vuelve á la tienda de Mohammed», ella, adivi-

nándolo quizá, se irguió bruscamente, y levantando los dos brazos descubiertos, cuyos sonoros brazaletes resbalaron hacia sus hombros, cruzó las manos detrás de mi cuello atrayéndome con expresión de voluntad suplicante é irresistible.

»Sus ojos, encendidos por el deseo de seducir,

por esa necesidad de vencer al hombre, que hace que la impura mirada de las mujeres sea tan fascinadora como la de los felinos, me llamaban, me encadenaban, dejábanme sin valor para resistir, despertaban en mí un ardor impetuoso que me sublevaba. Fué aquélla una lucha corta, sin palabras, violenta, entre las pupilas solamente, la eterna lucha en que forcejean los dos brutos humanos, el macho y la hembra, y en la cual el macho es siempre vencido.

»Sus manos, cruzadas sobre mi nuca, me atraían con presión lenta, creciente, irresistible; como una fuerza mecánica, hacia la sonrisa animal de sus labios rojos, donde posé de pronto los míos, abrazando aquel cuerpo casi desnudo y cargado de adornos de plata que resonaron, de la garganta á los pies, bajo mi presión.

»Mostrábase nerviosa, ligera y sana como una bestia, y tenía expresiones, movimientos, gracias y una especie de olor de gacela que me hicieron encontrar en sus besos un raro sabor desconocido, extraño á mis sentidos como el sabor de una fruta de los trópicos.

»Muy pronto... digo muy pronto y fué tal vez á la

madrugada, quísela despedir, pensando que se marcharía como había venido, y sin preguntarme qué haría yo de ella ó qué haría ella de mí.

»Pero en cuanto comprendió mi intención, murmuró:

»—Si me echas de aquí, ¿á dónde iré? Por la noche tendré que dormir en el suelo. Déjame quedarme sobre la alfombra, al pie de tu cama.

»¿Qué podía contestarle? ¿Qué podia hacer? Pensé que Mohammed miraría sin duda á su vez por la ventana iluminada de mi aposento, y preguntas de toda especie, que no me había hecho en la turbación de los primeros instantes, se formularon con claridad.

»—Quédate—la dije—y hablemos.

»Un segundo habíame bastado para tomar mi resolución.

»Puesto que aquella muchacha fué echada en mis brazos, la conservaría, haría de ella una especie de querida esclava, teniéndola oculta en el fondo de mi casa, á la manera de las mujeres del harém.

»El día que me cansara me sería muy fácil deshacerme de ella de cualquier modo, pues, bajo el sol

africano, estas criaturas nos pertenecen casi en cuerpo y alma.

»La dije:

»—Quiero ser bueno para ti; te trataré de modo que no seas desgraciada; pero quiero saber quién eres y de dónde vienes.

»Ella comprendió que era preciso hablar, y me contó su historia, ó mejor dicho, una historia, porque debió mentir del principio al fin, como mienten siempre todos los árabes, con ó sin motivo.

»Es la mentira uno de los rasgos más sorprendentes é incomprensibles del carácter indígena. Esos hombres en quienes el islamismo ha encarnado hasta formar parte de ellos, hasta modelar sus instintos, hasta modificar la raza entera y diferenciarla de las demás en lo moral, tanto como el color de la piel diferencia al negro del blanco, son embusteros hasta la medula, tan embusteros, que no se puede nunca hacer caso de sus palabras. ¿Deben esto á su religión? Lo ignoro. Es necesario haber vivido entre ellos para saber hasta qué punto la mentira forma parte de su ser, de su corazón, de su alma, habiéndose convertido en ellos en una especie de segunda naturaleza, una necesidad de la vida.

»La joven me contó que era hija de un caid de los Ouled Sidé Cheik y de una mujer robada por él en una *razzia* á los touaregs. Esta mujer debía ser una esclava negra, ó proceder al menos de un primer cruce de sangre árabe y sangre negra. Sabido es que las negras son muy apreciadas en el harém, donde desempeñan el papel de afrodisíacas.

»Nada de este origen aparecía, por otra parte, fuera del color purpurino de los labios y los sombríos pezones de sus senos alargados, puntiagudos y recios, como levantados por medio de resortes. No podía engañarse en esto una mirada inteligente. Pero todo lo demás pertenecía á la hermosa raza del Sur, blanca, esbelta, cuya fina cara la forman líneas rectas y sencillas, como una cabeza de imagen india. Los ojos, muy separados, aumentaban todavía el aspecto algo divino de aquella vagabunda del desierto.

»De su existencia verdadera, nada supe con precisión. Me la refirió con detalles incoherentes que parecían surgir por el azar en una memoria en desorden; y mezclábalos con observaciones deliciosamente pueriles, toda una visión del mundo nómada nacida en un cerebro de ardilla que ha saltado de

tienda en tienda, de campamento en campamento, de tribu en tribu.

»Y todo ello lo decía con la expresión severa que siempre tuvo ese pueblo zaherido, con gestos de ídolo que chismorrea y una gravedad algo cómica.

»Cuando acabó, noté que no había retenido nada de aquella larga historia llena de acontecimientos insignificantes, almacenados en su ligero seso, y me pregunté si no se había sencillamente limitado á burlarse de mí con aquella charla huera y seria que nada me decía acerca de su persona ni sobre ningún hecho de su vida.

»Y pensaba en ese pueblo vencido en medio del cual campamos, ó mejor dicho, que campa en medio de nosotros, cuyo idioma empezamos á hablar, que á diario vemos vivir bajo la tela transparente de sus tiendas, al que imponemos nuestras leyes, nuestros reglamentos y nuestras costumbres, y del cual lo ignoramos todo, todo, ¿oye usted? Como si no estuviésemos únicamente ocupados en mirarle desde hace ya cerca de sesenta años.

»No sabemos lo que sucede bajo esa cabaña de ramas y bajo ese pequeño cono de tela sujeta al

suelo por medio de estacas, á veinte metros de nuestras puertas; como no sabemos tampoco lo que hacen, lo que piensan, lo que son esos árabes llamados civilizados de las viviendas moriscas de Argel. Detrás de la pared enyesada de su vivienda en las ciudades, detrás del tabique de ramas de su choza, ó detrás de la delgada cortina de piel de camello que sacude el viento, viven junto á nosotros desconocidos, misteriosos, embusteros, disimulados, sumisos, sonrientes, impenetrables. ¿Qué me diría usted si le asegurase que mirando desde lejos, con mi lente el vecino campamento, adivino que tienen supersticiones, ceremonias, mil costumbres que nosotros ignoramos todavía, cuya existencia ni siquiera sospechamos?

»Tal vez nunca un pueblo conquistado á viva fuerza supo sustraerse tan por completo á la dominación real, á la influencia moral y á la investigación encarnizada, pero inútil, del vencedor.

»Pues bien, esta infranqueable y secreta barrera que la Naturaleza, incomprensible, ha levantado entre las razas, sentíala súbitamente, como nunca la había sentido, levantarse entre aquella muchacha árabe y yo, entre aquella mujer que acababa de darse, de

entregarse, de ofrecer su cuerpo á mis caricias y yo que la había poseído.

»La pregunté, pensando en esto por vez primera:

»—¿Cómo te llamas?

»Había estado unos instantes sin hablar y la vi estremecerse cual si hubiese olvidado que yo estaba allí, junto á ella. Entonces, en sus ojos clavados en mí, adiviné que aquel minuto había bastado para que el sueño la acometiese, un sueño irresistible y brusco, casi instantáneo, como todo lo que se apodera de los sentidos movibles de las mujeres.

»Respondió negligentemente, deteniendo en la boca un bostezo:

»—Allouma.

»—¿Tienes ganas de dormir?—agregué.

»—Sí—me contestó.

»—Pues bien; duerme.

»Se estiró tranquilamente al lado mío, tumbada boca abajo y con la frente apoyada en sus brazos, y sentí casi en seguida que su fugitivo pensamiento de salvaje habíase extinguido en el reposo.

»Echado junto á ella, púseme entonces á reflexionar, tratando de explicarme lo ocurrido. ¿Por qué me la habría dado Mohammed? ¿Obró como servidor

magnánimo que se sacrifica por su amo hasta cederle la mujer por él atraída á su tienda, ó había obedecido á un pensamiento más complejo, más práctico, menos generoso, echando en mi cama aquella muchacha que me había agradado? Tratándose de mujeres, tiene el árabe todos los rigores pudibundos y todas las complacencias inconfesables; y su moral rigurosa y débil no es más comprensible que sus otros sentimientos. Probable es que me anticipase, penetrando casualmente en su tienda, á las benévolas intenciones de aquel previsor criado que me destinaba aquella mujer, su amiga, su cómplice, tal vez su amante.

»Todas estas suposiciones me asaltaron y fatigáronme de tal modo, que poco á poco caí á mi vez en un sueño profundo.

»Me despertó el chirriar de mi puerta; Mohammed entraba, según costumbre, á despertarme.

»Abrió la ventana, por donde penetró una oleada de claridad, iluminando sobre la cama el cuerpo de Allouma, que continuaba dormida, y á continuación recogió de la alfombra mi pantalón, mi chaleco y mi chaqueta, á fin de cepillarlos. No miró á la mujer tumbada á mi lado; no pareció saber ó notar

que estaba allí; conservaba su gravedad ordinaria; los mismos modales, idéntica fisonomía. Pero la luz, el movimiento, el ligero ruido de los descalzos pies del hombre y la sensación del aire puro en la piel y en los pulmones, sacaron á Allouma de su entorpecimiento. Estiró los brazos, se volvió, abrió los ojos, me miró, miró á Mohammed con la misma indiferencia y se incorporó quedando sentada. Luego murmuró:

»—Tengo hambre.

»—¿Qué quieres comer?—la pregunté.

»—Kahoua.

»—¿Café y pan con manteca?

»—Sí.

»Mohammed, en pie junto á la cama y con la ropa mía bajo el brazo, esperaba órdenes.

»—Trae el desayuno para Allouma y para mí—, le dije.

»Él salió del cuarto sin que su rostro revelase la más mínima sorpresa ó el menor enfado.

»Cuando estuvimos solos pregunté á la joven árabe:

»—¿Quieres habitar en mi casa?

»—Sí, lo quiero.

»—Tendrás una habitación para ti sola y una mujer á tus órdenes.

»—Eres generoso, y yo te lo agradezco.

»—Pero si no te portas bien, te arrojaré de aquí.

»—Haré cuanto me mandes.

»Tomó mi mano y la besó en señal de sumisión.

»Volvió á entrar Mohammed trayendo el desayuno en una bandeja. Le dije:

»—Allouma se queda en casa. Alfombrarás la habitación que hay al final del corredor, y harás venir para que la sirva, á la mujer de Abd-el-Kader-el-Hadara.

»—Sí, señor.

»No hubo más.

»Una hora después, mi hermosa árabe estaba instalada en una habitación amplia y clara; y como yo fuera á cerciorarme de que todo marchaba bien, la joven se me acercó para pedirme en tono de súplica, que le regalase un armario de espejo. Se lo prometí, dejándola luego sentada sobre una alfombra de Djebel-Amor, con un cigarrillo en la boca y charlando con la vieja árabe que mandé llamar, como si se conocieran de muchos años.

II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DURANTE un mes fuí muy dichoso con ella, habiéndome aficionado de un modo extraño á aquella criatura de raza distinta á la mía, y que se me antojaba casi de otra especie, como nacida en un lejano planeta.

»No la amaba, no; no se ama á las muchachas de ese continente primitivo. Entre ellas y nosotros, aun entre ellas y sus machos naturales, los árabes, nunca se abre la florecilla azul de los países del Norte. Están demasiado cerca de la animalidad humana, tienen un corazón demasiado rudimentario, una sensibilidad muy poco refinada para despertar en nuestras almas esa exaltación sentimental que constituye la poesía del amor. Nada intelectual, ninguna embriaguez ideal se une á la sensual embriaguez que en nosotros provocan esos seres encantadores y nulos.

»Nos dominan, sin embargo; nos sujetan como las

otras, pero de un modo distinto, menos tenaz, menos cruel, menos doloroso.

»No podría explicar con precisión lo que sentía por aquella mujer. Decíale á usted, hace poco, que este país, esta África desnuda, sin artes, exenta de todos los goces intelectuales, conquista poco á poco nuestra carne con un encanto desconocido y poderoso, con la caricia del aire, con la constante dulzura de sus crepúsculos, con su luz deliciosa, con el discreto bienestar en que baña todos nuestros órganos. Pues bien; Allouma me conquistó de igual manera, con mil atractivos ocultos, poderosos y físicos, con la penetrante seducción, no de sus besos, pues adornábala una negligencia verdaderamente oriental, sino con sus dulces abandonos.

»Dejábala en libertad de entrar y salir á su antojo, y cada dos días iba á pasar una tarde en el campamento vecino con las mujeres de mis agricultores indígenas. Pasábase también mañanas enteras mirándose en la luna del armario de caoba que le había hecho traer de Miliana. Admirábase á conciencia, de pie, ante la gran puerta de cristal, donde seguía sus movimientos con atención profunda y grave. Caminaba con la cabeza ligeramente echada

hacia atrás, para examinar sus caderas; se volvía, alejábase y se acercaba, y después, cansada al fin de moverse, sentábase en un cojín y permanecía frente á sí misma, con los ojos en los ojos, grave el semblante y absorta el alma en aquella contemplación.

»Muy pronto observé que salía casi todos los días después del almuerzo, para no volver hasta por la noche.

»Algo inquieto, pregunté á Mohammed si sabía lo que podía hacer durante aquellas largas horas de ausencia. Me respondió tranquilamente:

»—No te preocupe eso. Es que se acerca el Ramadán. Debe ir á hacer oración.

»Él también parecía encantado con la presencia de Allouma en la casa; pero ni una sola vez sorprendí entre ellos la menor señal sospechosa; ni una sola vez parecieron esconderse de mí, entenderse, ocultarme algo.

»Yo aceptaba la situación tal como la describo, sin comprenderla, dejando que obrase el tiempo, la casualidad y la vida.

»Muchas veces, después de inspeccionar mis tierras, mis viñas, mis desmontes, daba á pie largos

paseos. Ya conoce usted los hermosos bosques de esta parte de Argel, esos barrancos casi impenetrables donde los abetos derribados obstruyen los torrentes y esos vallecitos cubiertos de adelfas que, desde lo alto de las montañas, parecen tapices orientales extendidos á lo largo de los arroyos. Sabe usted que á cada momento, en esos bosques y esas orillas donde se diría que nadie ha penetrado, encuéntrase de pronto la blanca cúpula de una *koubba* en que se hallan encerrados los huesos de un humilde morabito, de un morabito aislado, á quien visitan apenas algunos fieles llegados del próximo douar con un cirio en el bolsillo para encenderle sobre la tumba del santo.

»Pues bien; una tarde, al volver de mi paseo, acerté á cruzar por delante de una de esas capillas mahometanas; y dirigiendo una mirada por la puerta constantemente de par en par, divisé una mujer que oraba delante de la reliquia. Era un delicioso cuadro aquella árabe sentada en el suelo del destartalado recinto en que el aire penetraba libremente reuniendo en los rincones, en montoncitos amarillentos, las finas hojas secas caídas de los pinos. Me acerqué para mirar mejor, y reconocí á Allouma. Ella no me

vió ni me sintió, entregada por completo á sus oraciones al santo. Hablaba á media voz, le hablaba,

creyendo estar sola con él, contando al siervo de Dios todas sus preocupaciones. A veces callaba unos segundos para meditar, para recordar lo que aún tenía que decirle, para no olvidar ninguna de las confidencias que debía hacerle; y animábase á veces también como si él la hubiese respondido, aconsejándole algo que ella no quería hacer y que combatía con razones.

»Alejéme sin hacer ruido, de igual modo que me había acercado, y me fuí á comer.

»Al anochecer, la llamé á mi aposento, viéndola entrar en él con una expresión de inquietud que de ordinario no tenía.

»—Siéntate ahí—la dije—haciéndole sitio á mi lado en el sofá.

»Obedeció; mas, como yo me inclinara hacia ella con intención de darle un beso, apartó la cabeza vivamente.

»Quedé estupefacto, y la pregunté:

»—¿Qué significa eso?

»—Estamos en el Ramadán.

»Yo me eché á reir.

»—¿Y te prohibe el Morabito que te dejes abrazar durante el Ramadán?

»—¡Oh, sí! ¡tú eres rumí, y yo soy árabe!

»—¿Y fuera un pecado grave hacer lo que te pido?

»—¡Oh, sí!

»—Según eso, ¿no comiste hoy nada hasta ponerse el sol?

»—No; nada.

»—Pero, ¿comiste una vez puesto el sol?

»—Sí.

»—Pues bien; ya que es completamente de noche, no puedes ser más severa que para la boca para lo demás.

»Ella parecía crispada, ofendida, herida, y replicóme con una altivez que nunca le había visto emplear:

»—Si una muchacha árabe se dejase tocar por un rumí durante el Ramadán, quedaría maldita para siempre.

»—¿Y durará esto todo el mes?

»Ella respondió con convicción:

»—Sí, todo el mes del Ramadán.

»Tomé una expresión irritada y la dije:

»—Pues bien; puedes irte á pasar con tu familia ese Ramadán

»Ella tomó mis manos en las suyas estrechándolas contra su pecho.

»—¡Oh! ¡no seas malo—exclamó—, te lo ruego! ¡Ya verás qué bien me porto contigo! Haremos juntos el Ramadán, ¿quieres? Te cuidaré: te mimaré; pero no seas malo.

»No pude menos de sonreir; tan chocante era en su desolación; y la envié á dormir á su cuarto.

»Una hora después, al ir á acostarme, dieron en mi puerta dos golpecitos tan ligeros, que apenas los oí.

»—¡Adelante!—dije—y vi aparecer á Allouma con una gran bandeja llena de golosinas árabes; de croquetas azucaradas, fritas y salteadas, con toda una extraña pastelería de nómada.

La muchacha reía, mostrando sus hermosos dientes, y repitió:

»—Vamos á hacer juntos el Ramadán.

»Ya sabe usted que al ayuno, comenzado con la aurora y terminado con el crepúsculo, en el momento en que la vista no distingue un hilo blanco de uno negro, siguen todas las noches pequeñas fiestas íntimas en que se come hasta la madrugada. Resulta de esto que, para los indígenas poco escrupulosos, el Ramadán consiste no más en hacer del día noche y de la noche día. Pero Allouma llevaba más allá la delicadeza de conciencia. Depositó su bandeja entre los dos, sobre el sofá, y tomando con sus finos dedos una azucarada bolilla, me la puso en la boca murmurando:

»—Es muy bueno; cómetelo.

»Mastiqué el ligero pastel, que era excelente, en efecto, y la pregunté:

»—¿Lo has hecho tú?

»—Sí.

»—Para mí.

»—Sí; para ti.

»—¿Para hacerme soportar el Ramadán?

»—Sí; ¡no seas malo! Todos los días haremos lo mismo.

»¡Oh! ¡qué mes tan terrible pasé! Un mes azucarado, dulzarrón, irritante, un mes de cariñitos y tentaciones, de cóleras y vanos esfuerzos contra una invencible resistencia.

»Luego, cuando llegaron los tres días del Beiram, los celebré á mi manera y no volví á acordarme del Ramadán.

»Transcurrió el estío, que fué muy caluroso. Al comenzar el otoño, Allouma me pareció preocupada, distraída, indiferente á todo.

»Y, una noche, habiéndola hecho llamar, no la encontraron en su aposento. Pensé que vagaría por la casa y dí orden de que la buscasen al punto. Había salido y no había vuelto. Abrí la ventana y grité:

»—¡Mohammed!

»La voz del hombre acostado bajo su tienda respondió:

»—¡Mande el señor!

»—¿Sabes dónde está Allouma?

»—No, señor. Pero ¿qué dice usted? ¿Ha desaparecido?

»Pocos segundos después el árabe entraba en mi aposento, tan trastornado, que no podía dominar su turbación. Preguntóme:

»—¿Ha desaparecido Allouma?

»—Sí; ha desaparecido.

»—No es posible.

»—Búscala, pues—le dije entonces.

»Permanecía en pie, pensativo, buscando en su imaginación, sin comprender.

»Entró después en la habitación donde la ropa de Allouma cubría el suelo, en un desorden oriental. Todo lo examinó como un policía, lo olisqueó, mejor dicho, como un perro; en seguida, incapaz de hacer un esfuerzo profundo, murmuró con resignación:

»—¡Se ha marchado, sí, se ha marchado!

»Yo temía un accidente, una caída al fondo de un precipicio, é hice que se levantasen cuantos hombres había en el campamento, con orden de recorrerlo todo hasta encontrarla.

»Se la buscó toda la noche, todo el día siguiente, toda la semana. No se descubrió ni una sola huella que pusiera sobre su pista. Yo sufría, echábala de menos; mi casa parecíame vacía y desierta mi existencia. Ideas inquietantes cruzaban al propio tiempo mi cerebro. Temía que la hubiesen robado, asesinado tal vez. Pero, siempre que trataba de interrogar

á Mohammed y de comunicarle mis aprensiones, él respondía invariablemente:

»—No; se ha marchado.

»Luego agregaba la palabra árabe «*r'ézale*», que significa «gacela», como para dar á entender que corría mucho y estaba muy lejos.

»Pasaron tres semanas y ya no esperaba volver á ver á mi querida árabe, cuando una mañana Mohammed, con el semblante radiante de alegría, penetró en mi aposento y me dijó:

»—¡Señor, Allouma ha vuelto!

»Salté de la cama, y le pregunté:

»—¿Dónde está?

»—¡Allá abajo, al pie del árbol! ¡No se atreve á venir!

»Y con el brazo extendido me mostraba por la ventana una mancha blancuzca al pie de un olivo.

»Vestíme y salí. Al acercarme á aquel lío de ropa blanca, que parecía tirado contra el retorcido tronco, reconocí los grandes ojos sombríos, las estrellas tatuadas, el semblante alargado y regular de la muchacha que me había seducido. A medida que avanzaba, apoderábase de mí la cólera, sentía un fuerte

deseo de golpearla, de hacerla sufrir, de vengarme.

»Desde lejos grité:

»—¿De dónde vienes?

»Ella no respondió y permaneció inmóvil, inerte, como si viviese apenas, esperando los efectos de mi furia, pronta á recibir mis golpes.

»Yo estaba en pie junto á ella, contemplando con estupor los harapos que la cubrían, aquellos pingajos de seda y lana cubiertos de polvo, desgarrados, miserables.

»Repetí, con la mano alzada como sobre un perro:

»—¿De dónde vienes?

»Ella murmuró:

»—De allá bajo.

»—¿De dónde?

»—De la tribu.

»—¿De qué tribu?

»—De la mía.

»—¿Por qué te marchaste?

»Viendo que no la pegaba, cobró algunos ánimos, y, en voz baja, añadió:

»—Era necesario... era necesario... No podía seguir viviendo en la casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

»Vi lágrimas en sus ojos, y en seguida me enternecí como un animal. Me incliné sobre ella, y distinguí, al volverme para sentarme, á Mohammed, que nos acechaba desde lejos.

»Añadí, con mucha dulzura:

»—Vamos á ver: ¿por qué te marchaste?

»Entonces me contó que desde hacía mucho tiempo sentía en su corazón de nómada el irresistible deseo de volver bajo las tiendas, de tumbarse, de correr, de arrastrarse sobre la arena, de vagar con los rebaños de llanura en llanura, de no sentir sobre la cabeza, entre las estrellas amarillas del cielo y las estrellas azules de su rostro, más que la delgada cortina de tela gastada y recosida, á través de la cual se distinguen puntos de fuego cuando por la noche se despierta.

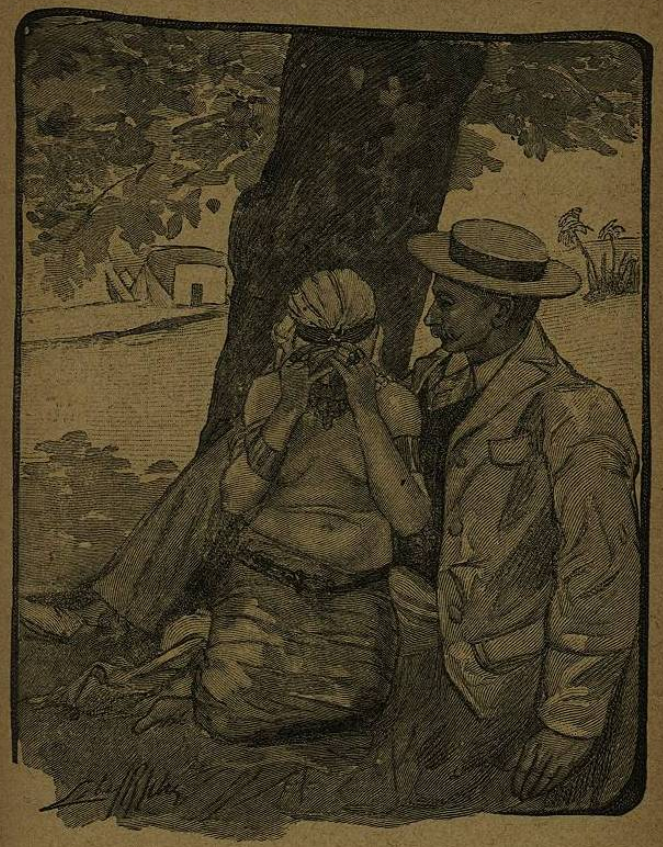
»Me hizo comprender esto con términos sencillos y enérgicos, tan justos, que me cercioré de que no mentía; sentí piedad por ella, y le pregunté:

»—¿Por qué no me dijiste que deseabas ausentarte por algún tiempo?

»—Porque no habrías querido...

»—Prometiéndome volver, te hubiera dejado.

»—No me habrías querido creer.



»Reíase al observar que ya no estaba enfadado, y añadió:

»—Ya ves, esto ha concluído; he vuelto á mi casa: heme aquí. Me hacía falta pasar unos días allá abajo. Ya tengo bastante; ya estoy curada. He vuelto y me siento bien. Estoy satisfecha. Tú no eres malo.

»—Vamos á casa—la dije.

»Se levantó. Cogí su mano, su fina mano de largos y torneados dedos; y triunfante con sus harapos, bajo la música de sus anillos, de sus brazaletes, de sus collares y sus placas, encaminóse gravemente hacia mi vivienda, donde nos aguardaba Mohammed.

»Antes de entrar, repetí:

»—Allouma, siempre que quieras volver á tu país, pídeme permiso para ello; te le daré.

»Ella me preguntó con desconfianza:

»—¿Me lo prometes?

»—Sí; te lo prometo.

»—Pues yo también te lo prometo. Cuando me sienta mal—y se llevó las manos á la frente con un gesto magnífico—te diré: «Necesito ir allá abajo.» Y tú me dejarás marchar.

»La acompañé á su aposento, seguido de Mohammed, que llevaba agua, pues todavía no se había

podido comunicar á la mujer de Abdel-Kader-el-Hadara que su ama había vuelto.

»Allouma entró, vió el armario de espejo y, con el rostro iluminado, corrió á él como se corre hacia una madre á quien se ve después de creerla perdida. Miróse breves segundos, hizo una mueca, y luego, con voz en que se notaba algún enfado, dijo al claro cristal:

»—Aguarda; tengo vestidos de seda en el armario. Muy pronto seré hermosa.

»La dejé sola, haciendo la coqueta ante sí misma.

»Nuestra vida volvió á ser como antes, sufriendo yo más cada vez el atractivo singular, enteramente físico, de aquella mujer por quien sentía al propio tiempo una especie de desdén paternal.

»Durante seis meses todo marchó bien; un día observé que volvía á estar nerviosa, agitada, algo triste. Díjela entonces:

»—¿Qué te pasa? ¿Quieres volver á tu tribu?

»—Sí, quiero ir allá.

»—¿No te atrevías á decírmelo?

»—No me atrevía.

»—Pues márchate cuando quieras; te lo permito.

»Cogió mis manos y las besó, cosa que hacía en todos sus impulsos de agradecimiento, y, al siguiente día, ya no la encontré en casa.

»Regresó como la otra vez, al cabo de tres semanas próximamente, y como entonces, andrajosa, renegrida por el polvo y el sol, harta de vida nómada, de arena y de libertad. En dos años fué cuatro veces á su país.

»Recibíala yo siempre alegremente, sin celos, porque para mí los celos no pueden nacer más que del amor tal como le comprendemos nosotros. Cierto que la habría podido matar si la hubiere sorprendido engañándome; pero la habría matado casi como se mata por pura violencia á un perro que desobedece. No hubiera sentido esos tormentos, ese fuego roedor, esa enfermedad horrible: los celos del Norte.

»Acabo de decir que hubiera podido matarla como se mata á un perro desobediente. Amábala, en efecto, casi como se ama á un animal rarísimo, perro ó caballo, imposible de reemplazar. Era una bestia admirable, una bestia sensual, una bestia de placer con cuerpo de mujer.

»No podría decir á usted qué distancia inconmensurable separaba nuestras almas, aunque nuestros corazones se hubiesen tal vez rozado en ciertos momentos y dado calor el uno al otro. Era Allouma algo de mi casa, de mi vida, una necesidad para mí, hombre materializado que no tiene más que ojos y sentidos.

»Una mañana, Mohammed entró en mi alcoba con una extraña expresión en el semblante, con esa mirada inquieta de los árabes, que se asemeja á la mirada medrosa del gato frente al perro.

»Viéndole de aquel modo le pregunté:

»—¿Qué hay? ¿qué sucede?

»—Allouma se ha marchado.

»Yo me eché á reir.

»—¡Se ha marchado! Y ¿á dónde?

»—¡Se ha marchado para siempre, señor!

»—¡Cómo! ¿para siempre?

»—Sí, señor.

»—Tú estás loco, muchacho.

»—No, señor.

»—¿Porqué se ha de haber marchado? ¿Y cómo? A ver, explícate.

»El permanecía inmóvil, no queriendo hablar; después, de repente, tuvo una de esas explosiones

de cólera árabe que nos obligan en las calles de las ciudades á pararnos ante dos energúmenos, cuyo silencio y gravedad orientales dan bruscamente lugar á las más extremadas gesticulaciones y á las vociferaciones más escandalosas.

»Y comprendí en medio de sus gritos que Allouma había huído con mi pastor.

»Tuve que calmar á Mohammed é irle arrancando uno á uno los detalles de lo ocurrido.

»Larga fué la tarea; por fin supe que, desde hacía ocho días, espiaba á mi querida, que tenía citas en el vecino bosque de cactos ó en el barranco de las adelfas, con una especie de vagabundo recibido como pastor por mi intendente, á fines del mes anterior.

»La pasada noche, Mohammed la había visto salir y no la vió volver; y repetía, exasperándose:

»—¡Se ha marchado, señor; se ha marchado!

»No sé por qué; pero su convicción, la convicción de aquella fuga con el vagabundo, se apoderó de mí en un instante, absoluta, irresistible. Aquello era absurdo, inverosímil y cierto, en virtud de lo irracional, que es la única lógica de las mujeres.

»Encolerizado, con el corazón oprimido, trataba

de representarme las facciones de aquel hombre; y recordé de pronto que la semana anterior le había visto de pie sobre un montón de piedras, enmedio de su rebaño y mirándome fijamente.

»Era una especie de beduíno, alto, en quien el color de los miembros desnudos se confundía con el de sus harapos; un tipo de bruto bárbaro, de pronunciados pómulos, nariz encorvada, barba saliente y secas piernas; un alto esqueleto vestido de harapos y con traidores ojos de chacal.

»No me cabía duda; sí, había huído con aquel miserable. ¿Por qué? Porque era Allouma una hija de la arena. Otra, en París, hija de la acera, hubiera huído con mi cochero ó con cualquier holgazán del arroyo.

»—Está bien – dije á Mohammed—. Si se ha marchado, peor para ella. Tengo que escribir unas cartas. Déjame solo.

»Se retiró, sorprendido por mi calma. Yo me levanté, abrí la ventana y aspiré á grandes bocanadas, que me llegaban al fondo del pecho, el asfixiante aire del Sur, pues el siroco soplaba.

»Luego me dije:

»¡Qué remedio! Es una... mujer como tantas otras.

¿Sabe alguien lo que les hace obrar, lo que les hace amar, seguir ó abandonar á un hombre?

»Si, se sabe en ocasiones... generalmente nadie lo adivina. A veces, se sospecha.

»¿Por qué desapareció con aquel bruto repugnante? ¿Por qué? Tal vez porque desde hace algún tiempo el viento viene del Sur casi de ordinario.

»¡Eso basta! ¡Un soplo! ¿Sabe ella, saben ellas, generalmente, aun las más listas y perspicaces, por qué obran? ¡Como lo sabe la veleta girando al viento! Una brisa insensible mueve la flecha de hierro, de cobre, de palastro ó de madera, lo mismo que una influencia imperceptible, una impresión inexplicable agita é impulsa á las resoluciones el mudable corazón de las

mujeres, ya sean de la ciudad, del campo, del arrabal ó del desierto.

»Pueden saber luego, si razonan y comprenden, por qué hicieron aquello y no lo otro; pero lo ignoran por el momento, porque son juguete de su caprichosa sensibilidad; aturdidas esclavas de los acontecimientos, del medio ambiente, de las emociones, de los encuentros y de todos los rozamientos que estremecen su alma y su carne.

El señor Auballe se había puesto en pie. Dió unos pasos, me miró y dijo sonriendo:

—¡Ahí tiene usted un amor del desierto!

Le pregunté:

—¿Y si volviera?

—¡Indecente muchacha!—murmuró—¡Mucho lo celebraría, á pesar de todo!

—¿Y perdonaría usted al pastor?

—Naturalmente. Tratándose de mujeres, el hombre debe siempre perdonar... ó ignorar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BOITELLE

A Roberto Pinchón.

El viejo Boitelle tenía en el país la especialidad de las tareas sucias. Cuando hacía falta limpiar una letrina, un estercolero, un sumidero, reparar una cloaca ó cualquier agujero fangoso, siempre se recurría á él.

Llegaba con sus herramientas de pocero y sus mugrientos zuecos, y ponía manos á la obra renegando constantemente de su oficio. Si alguien, oyéndole quejarse, le preguntaba por qué hacía aquella faena tan repugnante, respondía con resignación:

—¡Pardiez! He de mantener á mis hijos, y ésta da más que ninguna otra ocupación.

Tenía, efectivamente, catorce hijos. Si se le pre-

guntaba qué era de ellos, contestaba con expresión de indiferencia:

—Sólo quedan ocho en casa; de los otros seis, uno está en el servicio y cinco se casaron.

Y si alguien quería saber si estaban bien casados, añadía vivamente:

—Yo no les contrarié. No les contrarié en nada absolutamente. No hay que oponerse á las inclinaciones, porque da malos resultados. Si yo sólo tengo tratos con la basura, se lo debo á mis padres, que torcieron mis inclinaciones. A no ser por eso, habría sido un obrero como tantos otros.

He aquí de qué modo sus padres habían torcido sus inclinaciones:

Era entonces soldado y prestaba servicio en el Havre, no siendo más bruto ni más despabilado que cualquier otro, pero algo simple no obstante. En las horas que tenía libres, su mayor placer consistía en pasearse por el muelle, á lo largo de los puestos de pájaros. Unas veces solo, otras en compañía de un paisano, caminaba con lentitud delante de las jaulas donde los papagayos de lomo azul y cabeza amarilla de las Amazonas, los papagayos de lomo gris y cabeza encarnada del Senegal, los enormes guacamayos, que parecen aves criadas en invernadero, con sus floridas plumas, sus penachos y sus crestas, las cotorras de todos tamaños, al parecer coloreadas con un cuidado minucioso por un dios miniaturista, y los pequeños y diminutos pajarillos saltadores, encarnados, amarillos, azules y de colores varios, que uniendo sus chillidos al ruido del muelle, producen con el estrépito de los navíos en descarga, los transeuntes y los carruajes, un rumor atronador, violento, agudo, ensordecedor, de bosque lejano y sobrenatural.

Boitelle se paraba con los ojos y la boca abiertos, risueño y encantado, enseñando los dientes á las cacatúas prisioneras que saludaban con su moño

blanco ó amarillo el llamativo encarnado de sus pantalones y el cobre de su cinturón. Cuando encontraba un ave parlera hacíala preguntas; y si el animal se hallaba en disposición de responder y dialogaba con él, Boitelle tenía alegría y satisfacción para todo el día. También mirando á los monos disfrutaba lo indecible, y no imaginaba en los ricos un lujo que superase al de poseer animales de aquéllos, como los pobres tienen perros y gatos.

Aquella afición, el gusto de lo exótico, teníalo en la sangre como se tiene el de la caza, el de la medicina ó el del sacerdocio. En cuanto tenía francas las puertas del cuartel, no podía menos de encaminarse al muelle, cual si le arrastrara un deseo ardiente.

Pero cierto día, habiéndose parado casi en éxtasis delante de un guacamayo monstruoso que hinchaba sus plumas, se inclinaba y se erguía, pareciendo hacer las reverencias de corte del país de los papagayos, vió abrirse la puerta de un cafetín que comunicaba con la tienda del pajarero, y aparecer barriendo hacia la calle la basura y el polvo del establecimiento, una joven negra con un pañuelo rojo en la cabeza.

La atención de Boitelle se dividió en seguida entre el animal y la mujer, y en verdad que no hubiera podido decir á cuál de aquellos dos seres contemplaba con más admiración y placer.

Habiendo echado fuera la inmundicia del cafetín, la negra alzó los ojos, quedando á su vez deslumbrada ante el uniforme del soldado. Permanecía en pie enfrente de él, con la escoba en la mano, cual si le presentase las armas, en tanto que el guacamayo continuaba inclinándose. Al cabo de unos instantes, el militar se sintió molestado por aquella atención, y se marchó, andando despacito, para que no pareciese que se batía en retirada.

Pero volvió. Casi todos los días pasó por delante del café de las Colonias, y muchas veces vió á través de los cristales á la criadita de piel negra que servía *bocks* ó aguardiente á los marinos del puerto. Con frecuencia, ella también salía al verle; y muy pronto, aun sin haberse hablado nunca, sonrieron como conocidos; y Boitelle sentía el corazón trastornado, viendo relucir de pronto, entre los sombríos labios de la muchacha, la línea brillante de sus dientes blanquísimos. Un día entró, por fin, quedando sorprendido al notar que hablaba en

francés, como pudiera haberlo hecho una francesa. La botella de limonada, de la cual aceptó la joven un vaso, quedó en la imaginación del militar como un recuerdo memorablemente delicioso, y se acostumbró á ir á tomar al modesto café del muelle, todos los refrescos y licores que su bolsa le permitía.

Era para él una fiesta, una felicidad, en la cual pensaba constantemente, mirar cómo la negra mano de la criadita echaba algo en su vaso, en tanto que reían los dientes, más brillantes que los ojos. Al cabo de dos meses de trato eran ya buenos amigos, y Boitelle, pasada la primer sorpresa, al ver que los pensamientos de aquella negra eran semejantes á los buenos pensamientos de las muchachas del país, que respetaba la economía, el trabajo, la religión y la buena conducta, le gustó más aún, y se enamoró de ella hasta el punto de querer hacerla su esposa.

Comunicóla este proyecto, que la hizo bailar de alegría. La muchacha tenía algún dinero heredado de una vendedora de ostras que la había recogido al ser depositada en el muelle del Havre, por un capitán americano. Este capitán hiabíala encontrado, á la edad de seis años próximamente, acurrucada

sobre unas balas de algodón en la bodega de su navío pocas horas después de su salida de Nueva

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

York. Al llegar al Havre confió á los cuidados de aquella mujer compasiva aquel animalito negro, depositado en su embarcación sin saber cómo ni por quién. Muerta la

vendedora de ostras, la joven negra entró á servir en el café de las Colonias.

Antonio Boitelle añadió:

—Nos casaremos si mis padres no se oponen. Yo no contrariaré nunca su voluntad, ¿oyes?, ¡jamás! La primera vez que vaya al pueblo les hablaré de esto.

En efecto, á la semana siguiente, habiendo obtenido una licencia de veinticuatro horas, fué á ver á su familia, que cultivaba una pequeña granja en Tourteville, cerca de Yvetot.

Esperó al final de la comida, la hora en que el café bautizado con aguardiente, torna los corazones más ingenuos, para informar á sus padres de que había encontrado una muchacha que respondía tan bien á sus inclinaciones, á todas sus inclinaciones, que no debía de haber otra en el mundo que le conviniese tanto como aquélla.

Al oirle, los ancianos se pusieron serios de pronto y le pidieron explicaciones. Él nada ocultó, excepto el color de la piel.

Era una buena muchacha, sin gran capital, pero trabajadora, económica, limpia, de excelente conducta é inmejorables sentimientos. Cosas muy preferibles al dinero en manos de una mujer de peores condiciones. Por otra parte, tenía algunos cuartos, heredados de una mujer que la había educado, casi una pequeña dote, mil quinientos francos, en la Caja de Ahorros. Los viejos, seducidos por sus palabras, confiando además en su juicio, cedían poco á poco, cuando llegó al punto delicado.

Con una risa algo violenta, dijo:

—No hay más que una cosa que pueda contrariaros. La moza no es muy blanca.

Los viejos no comprendían y tuvo que explicar largamente y con muchas precauciones, á fin de no desanimarles, que pertenecía á la sombría raza la cual ellos no habían visto más que en las estampas de Épinal.

Entonces se inquietaron, quedaron perplejos, temerosos, como si de repente se les hubiera propuesto una alianza con el diablo.

La madre dijo:

—¿Negra? ¿Cuánto lo es? ¿Por todas partes?

Y él respondió:

—Seguramente. Por todas partes, lo mismo que tú eres blanca.

El padre repuso:

—¿Negra? ¿Tan negra como el alquitrán?

—Tal vez un poco menos—respondió el hijo—. Negra, pero no de un negro desagradable. La sotana del señor cura es negra, y sin embargo no es más fea que la sobrepelliz que es blanca.

El padre prosiguió:

—¿Las hay aún más negras que ella en su país?

Y el hijo, convencido, exclamó:

—¡Seguramente!

Pero el buen hombre movía la cabeza, agregando:

—¡Qué desagradable ha de ser eso!

El hijo replicó:

—No lo es más que cualquiera otra cosa, pues en muy poco tiempo se acostumbra uno á ello.

La madre preguntó:

—¿Y no manchan mucho la ropa blanca esas pieles?

—No más que la tuya, pues aquel es su color.

Convínose, en conclusión, después de mil preguntas más, que los padres verían á aquella moza antes de resolver nada y que el muchacho, que terminaba su servicio al cabo de un mes, la llevaría á fin de que la pudieran examinar y decidir, conversando con ella, si no era demasiado obscura para entrar en la familia Boitelle.

Antonio anunció entonces que el domingo 22 de Mayo, que era el día en que recibía la absoluta, saldría para Tourteville con su amiga.

La moza se había puesto para aquel viaje á casa de los padres de su novio sus mejores y más vistosas ropas, en las cuales dominaban el amarillo, el encarnado y el azul, de manera que parecía ataviada para una fiesta nacional.

En la estación, al salir del Havre, miráronla mucho, y Boitelle estaba orgulloso de dar el brazo á una persona que tan poderosamente llamaba la atención. Luego, en el vagón de tercera clase, donde tomó asiento á su lado, produjo la muchacha tal sorpresa entre los aldeanos, que de los vecinos compartimientos subíanse á las banquetas para examinarla por encima del tabique de madera que dividía el coche. Un niño se puso á gritar asustado al verla, otro escondió el rostro en el delantal de su madre.

Todo marchó bien, sin embargo, hasta la estación de llegada. Cuando el tren acortó su marcha al acercarse á Yvetot, Antonio se sintió mal, como en el momento de una inspección cuando no estaba bien

preparado para sufrirla. Asomándose á la portezuela reconoció de lejos á su padre, que tenía de la brida al caballo enganchado al cochecillo, y á su madre, que se había acercado hasta la empalizada que contenía á los curiosos.

Bajó primeramente él, tendió la mano á su amiga, y, erguido, como si escoltara á un general, encaminóse hacia su familia.

La madre, viendo acercarse á aquella señora negra y multicolor en compañía de su hijo, permanecía tan estupefacta, que no podía abrir la boca, y al padre le costaba trabajo contener al caballo, espantado á la vez por la locomotora y por la negra. Pero, Antonio, presa súbitamente de la sincera alegría de volver á ver á sus viejos, se abalanzó con los brazos abiertos, besó á su madre, besó á su padre, á pesar del espanto del animal, y en seguida, volviéndose hacia su compañera, á quien los embobados transeuntes contemplaban deteniéndose, dijo:

—¡Ahí la teneis! Ya os hice saber que, á primera vista, es algo desagradable; pero en cuanto se la trata, nada hay en el mundo tan seductor como ella. Saludadla para que no se aturda.

Entonces la vieja Boitelle, locamente asustada, hizo una especie de reverencia, mientras su marido se quitaba la gorra murmurando: «Felices los tenga usted.» Luego, sin más tardanza, subieron al cochecillo, acomodándose las mujeres en el centro sobre unos asientos que las hacían saltar á cada bache del camino, y los dos hombres delante, en la banqueta.

Nadie hablaba. Antonio, inquieto, silbaba un aire de cuartel; su padre arreaba el caballo y la madre miraba al soslayo á la pobre negra, cuya frente y obscuros pómulos relucían al sol como un lustroso calzado.

Queriendo romper el hielo, Antonio se volvió.

—Bueno—dijo—, ¿no se habla?

—Tiempo hay—respondió la vieja.

Él añadió:

—Entonces cuenta á la muchacha la historieta de los ocho huevos de tu gallina.

Era aquella una broma célebre en la familia. Pero, como su madre continuara callando, paralizada por la emoción, tomó él mismo la palabra y contó, riendo mucho, la memorable aventura. El viejo, que la sabía de memoria, soltó la carcajada á

las primeras frases; su mujer siguió en breve el ejemplo, y la misma negra, en el pasaje más cómico se echó á reir de tal modo, con una risa ruidosa, continuada, torrencial, que el caballo, excitado, emprendió un corto galope.

El conocimiento estaba hecho.

Se habló.

En cuanto llegaron, cuando todos hubieron bajado del cochecillo y luego de acompañar á su amiga á una habitación para que se despojase de su vestido, que habría podido manchar preparando un buen plato á su manera, con el fin de conquistar á los viejos por el estómago, el mozo llevó á sus padres á la puerta y les preguntó, latiéndole el corazón:

—Bueno, ¿qué os parece?

El anciano guardó silencio:

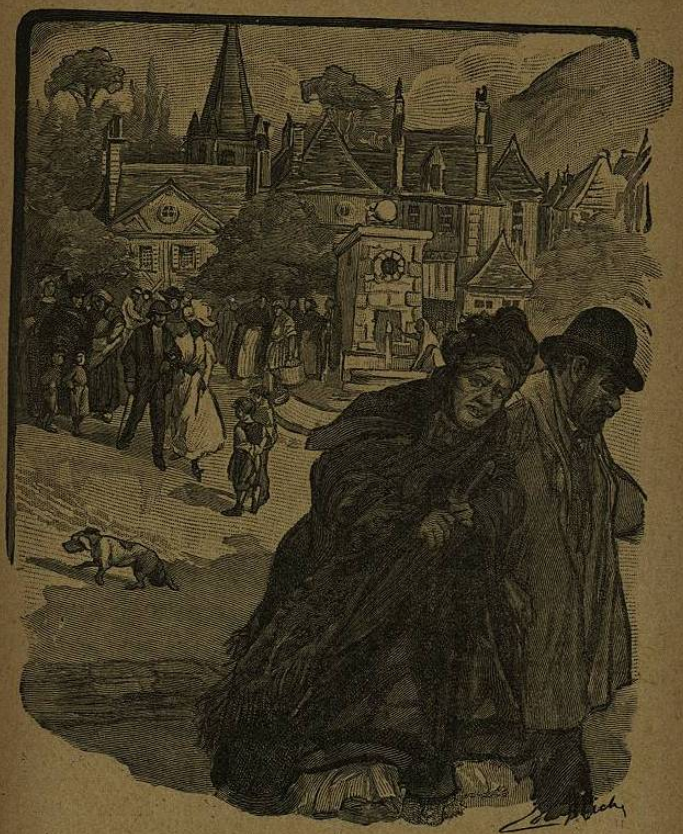
La madre, más atrevida, dijo:

—¡Es demasiado negra! De veras, hijo; lo es demasiado. Me ha revuelto la sangre.

—Ya os acostumbraréis—dijo Antonio.

—Es posible, pero no de pronto.

Entraron en casa, sintiéndose conmovida la pobre mujer al ver guisar á la negra. Y la ayudó, recogiéndose las faldas, ligera, á pesar de su edad.



La comida fué buena, larga, alegre. Cuando, ter-

minada ésta, salieron á dar un paseo, Antonio apartóse con el viejo y le dijo:

—Bueno, padre; ¿qué te parece?

El lugareño no se comprometía:

—Yo no tengo opinión. Pregunta á tu madre.

Antonio fué entonces al lado de su madre, y quedándose atrás con ella, repitió:

—Bueno, madre; ¿qué te parece?

—La verdad, pobre hijo mío, es demasiado negra. Si lo fuese una miaja menos, no me opondría; pero lo es demasiado. Parece el mismísimo demonio.

No insistió, sabiendo que la vieja era obstinada; pero sentía alzarse en su corazón una tempestad de dolor. Reflexionaba qué podría hacer, qué podría inventar, sorprendido por otra parte de que no les hubiera ya seducido como le había seducido á él. Y marchaban los cuatro lentamente á través de los sembrados, volviendo á sumirse poco á poco en el anterior silencio. Cuando se aproximaban á un cercado, los campesinos aparecían en la empalizada, los chiquillos trepaban á las alturas y todos se precipitaban al camino para ver pasar á «la negra» que había traído el hijo de Boitelle. A lo

lejos veíase á las gentes correr como si oyeran el redoble del tambor de unos titiriteros.

El viejo y la vieja Boitelle, asustados ante aquella impertinente curiosidad campesina que producía su presencia, aceleraban el paso, uno al lado del otro, precediendo de lejos á su hijo, á quien su compañera preguntaba qué opinaban de ella sus padres.

El joven respondió vacilando que aún no estaban decididos. Pero al llegar á la plaza, el pueblo en masa salió alborotado, y ante la aglomeración creciente, los viejos Boitelle huyeron hacia su casa, mientras Antonio, encolerizado, dando el brazo á su amiga, avanzaba con majestad ante los campesinos, que los contemplaban con la boca abierta.

Comprendía que todo había concluído, que ya no había esperanza posible, que no se casaría con su «negra»; también ella lo comprendía; y los dos iban llorando al acercarse á la granja. En cuanto estuvieron en ella, la muchacha se quitó nuevamente el vestido para ayudar á la anciana en sus tareas; la siguió á todas partes, á la lechería, al establo, al gallinero, haciendo el trabajo más fatigoso, repitiendo sin cesar: «Déjeme usted á mí, señora Boitelle», con tan buena voluntad, que cuando llegó la

noche, la vieja, conmovida é inexorable, dijo á su hijo:

—Es una buena muchacha, á pesar de todo. ¡Lástima que sea tan negra! Pero puedes creerme, lo es demasiado. No podría acostumbrarme á verla entre nosotros. Se habrá de marchar; ¡es demasiado negra!

Antonio dijo á su amiga:

—No quieren consentir; les pareces demasiado negra. Te habrás de marchar. Yo te acompañaré hasta la estación. Pero no pierdas del todo la esperanza. En cuanto te hayas ido volveré á hablarles.

La acompañó á la estación, repitiéndola que no lo creyese todo perdido, y después de besarla hízola subir al tren, que miró alejarse con los ojos hinchados por el llanto.

En balde imploró á los viejos; de ningún modo quisieron consentir.

Y cuando había contado esta historia, que todos conocían en la comarca, Antonio Boitelle añadía siempre:

—Desde entonces no tuve gusto por nada, por nada absolutamente. Y, no agradándome ningún oficio, híceme lo que soy: un pocero.

Le decían:

—Sin embargo, se ha casado usted.

—Sí; y no puedo decir que mi mujer me haya

desagradado, puesto que le he hecho catorce hijos; pero nunca fué para mí lo que la otra; ¡oh, no, seguramente, no! Miren ustedes, la otra, mi negra, no tenía más que fijar en mí sus ojos para que yo me sintiese como transportado...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL ORDENANZA

El cementerio, atestado de oficiales, parecía un florido campo. Los quepis y los pantalones encarnados, los galones y los botones de oro, los sables, los cordones del Estado Mayor, los galones de los cazadores y de los húsares, pasaban por entre las tumbas, cuyas cruces blancas ó negras abrían sus brazos de hierro, de mármol ó de madera, sobre el pueblo desaparecido de los muertos.

Acababase de enterrar á la esposa del coronel de Limousin, que, dos días antes, se ahogó tomando un baño.

Todo había terminado y el clero se había ido ya; pero el coronel, sostenido por dos oficiales, permanecía en pie delante del hoyo en cuyo fondo veíase

aún la caja de madera que ocultaba, ya descompuesto, el cuerpo de su mujercita.

Era casi un viejo, delgado, de elevada estatura y cano bigote, que había contraído matrimonio, tres años antes, con la hija de un camarada, huérfana al morir su padre, el coronel Sortis.

El capitán y el teniente, en los cuales se apoyaba, trataban de apartarle de aquel sitio. Él resistía, con los ojos llenos de lágrimas, que no quería dejar correr por heroísmo; y, murmurando en voz baja: «No, todavía no»; se obstinaba en permanecer allí, temblorosas las piernas, al borde de aquel agujero, que se le antojaba sin fondo y como un abismo en el cual habían caído su corazón y su vida, todo lo que en la tierra le quedaba.

De repente el general Ormont se acercó, cogió del brazo al coronel, y arrastrándole casi por fuerza, le dijo: «Vamos, vamos, amigo mío; hay que salir de aquí.» El coronel obedeció entonces y regresó á su casa.

Al abrir la puerta de su gabinete divisó una carta sobre su mesa de trabajo. Poco faltó, al cogerla, para que cayese de sorpresa y emoción, pues había reconocido la letra de su mujer. Y la carta

llevaba el sello de Correos con la fecha de aquel mismo día. Abriéndola, leyó:

«Padre:

»Permíteme llamarte así, como en otro tiempo. Cuando recibas esta carta estaré muerta y enterrada. Y quizá me perdones entonces.

»No quiero tratar de conmoverte ni de atenuar mi falta. Lo único que quiero es decir con toda la sinceridad de la mujer que se va á matar dentro de una hora, la verdad entera y completa.

»Cuando, por generosidad, te casaste conmigo, me entregué á ti por agradecimiento y te amé con todo mi corazón de niña. Te amé como amaba á mi padre, casi tanto como á él; y un día que me encontraba sobre tus rodillas, al estrecharme en tus brazos, te

llamé «Padre», á pesar mío. Fué aquél un grito del corazón, instintivo, espontáneo. Verdaderamente, tú eras para mí un padre, sólo un padre. Te echaste á reir, diciéndome: «Llámame eso siempre, hija mía; me proporcionarás un gran placer.»

»Vinimos á esta ciudad, y—perdóname, padre—aquí me enamoré. ¡Oh!, resistí mucho tiempo, dos años casi, lee bien esto, casi dos años, y, por último, cedí; me hice culpable, me convertí en una perdida.

»En cuanto á él... No adivinarás quién es. Bien tranquila estoy por este lado, pues eran doce oficiales, siempre á mi alrededor, á quienes tú llamabas «mis doce constelaciones».

»Padre, no trates de conocerle y no le aborrezcas. Hizo lo que cualquiera otro hubiera hecho en su lugar; además, estoy segura de que él también me amaba con todo su corazón.

»Pero, escucha: un día nos citamos en la isla de las Becadas, tú ya la conoces, aquella islita que está junto al molino. Yo debía ir á ella á nado, y él me esperaría oculto entre los matorrales, para permanecer luego allí hasta por la noche, á fin de que nadie le viese salir. Acababa de llegar donde él estaba cuando las ramas se entreabrieron, y distinguimos á Felipe, tu ordenanza, que nos había sorprendido. Comprendí que estábamos perdidos sin remedio, y lancé un grito agudo; mi amigo el oficial me dijo entonces: «Váyase usted á nado, »sin apresurarse, y déjeme aquí solo con este hombre.»

»Yo me puse en marcha, tan conmovida, que poco faltó para que me ahogara, y volví á tu casa, temiendo un desenlace espantoso.

»Una hora después Felipe me decía en voz baja en el corredor del salón donde le encontré: «Estoy »á las órdenes de la señora, si tiene alguna carta »que confiarme.» Entonces comprendí que se había vendido, que mi amigo le había comprado.

»Le he dado cartas, todas mis cartas. Las llevaba y me traía las respuestas.

»Esto duró dos meses próximamente. Teníamos en él confianza, como tú la tenías también.

»Padre mío, ahora verás lo que ocurrió: Un día, en la misma isla de las Becadas, á la cual había ido yo á nado, pero sola esta vez, encontré á tu ordenanza. Me esperaba, y me advirtió que nos denunciaría á ti, entregándote varias cartas que había

conservado, cartas robadas, si yo no cedía á sus deseos.

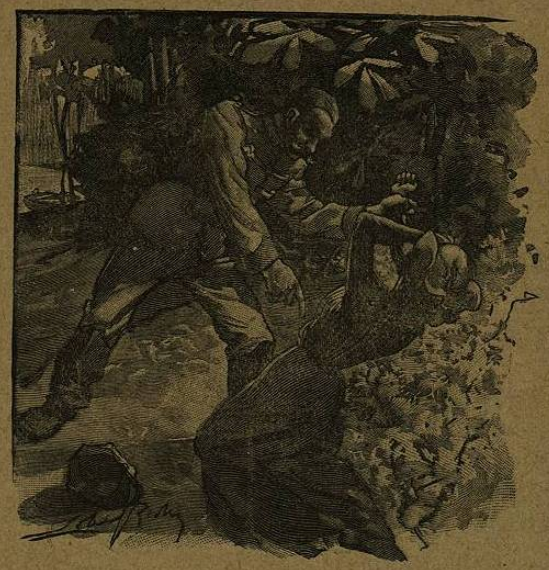
»¡Oh padre, padre mío, tuve miedo, un miedo infame, indigno, miedo por ti sobre todo, por ti, tan bueno, y engañado por mí, miedo por él además— tú le habrías matado—, por mí también acaso, ¿lo sé yo? estaba loca, atontada, y quise comprar de nuevo á aquel miserable que me amaba también... ¡Qué vergüenza!

»Las mujeres somos tan débiles, que perdemos la cabeza mucho antes que vosotros. Además, cuando una ha caído ya, cada vez se cae más bajo, más bajo. ¿Por ventura supe lo que hacía? Lo único que comprendí fué que uno de vosotros dos y yo íbamos á morir, y para evitarlo me entregué á aquel bruto.

»Ya ves, querido padre, que no trato de excusarme.

»Entonces... entonces, sucedió lo que yo debí prever. Aterrándome, cuando le plugo abusó de mí. Fué también mi amante, como el otro, de todos los días. ¿No es esto abominable? ¡Qué castigo, padre mío! Entonces me dije: «Es preciso morir.»

»Viva, nunca te hubiera podido confesar tal crimen. Muerta, me atrevo á todo. No tenía más remedio que morir; nada me habría lavado: tan grande era la mancha caída sobre mí. Ya no podía amar



ni ser amada; parecíame que ensuciaba á las personas sólo con darles la mano.

»Dentro de muy poco voy á tomar mi baño, del cual no volveré.

»Esta carta para ti irá á casa de mi amante. El la recibirá después de mi muerte y, sin comprender nada, la hará llegar á tus manos, cumpliendo mi últi-

ma voluntad, y tú la leerás al volver del cementerio.

»Adiós, padre; nada más tengo que decirte. Haz lo que quieras, y perdóname.»

El coronel se enjugó la frente, cubierta en sudor.

Había súbitamente recobrado su sangre fría, la sangre fría de los días de batalla.

Llamó:

Presentóse un criado.

—Que venga Felipe—le dijo.

Luego entreabrió el cajón de su mesa.

Entró casi en seguida el ordenanza, un soldado alto y recio, con bigote rojo, expresión maliciosa y mirar solapado.

El coronel clavó en él sus ojos.

—¡Vas á decirme el nombre del amante de mi esposa!

—¡Pero, mi coronel!...

El oficial tomó su revólver del cajón entreabierto.

—¡Ea, pronto! ¡Ya sabes que no bromeo!

—Pues bien, mi coronel..., es el capitán Saint-Albert.

Apenas había dicho este nombre, cuando una llamarada abrasó sus ojos, y cayó de bruces, con la frente atravesada de un balazo.

EL CONEJO

MAESE Lecacheur salió á la puerta de su casa á la hora de costumbre, entre cinco y cinco cuarto de la mañana, con objeto de vigilar á sus criados, que se disponían á emprender las diarias tareas.

Encarnado, semidormido, con el ojo derecho abierto y el izquierdo casi cerrado, se abrochaba con mil trabajos los tirantes sobre su grueso vientre, examinando, con una mirada experta, todos los rincones conocidos de su granja. Los oblicuos rayos del sol, atravesando las copas de las hayas y de los redondos manzanos del patio, hacían cantar á los gallos en el estercolero y arrullarse en el tejado á las palomas. El olor del establo salía por la puer-

ta abierta, mezclándose el aire fresco de la mañana, con el acre olor de la cuadra, donde los

caballos relinchaban con la cabeza vuelta hacia la luz.

Cuando su pantalón hubo quedado sólidamente

sujeto, el señor Lecacheur púsose en marcha, yendo en primer lugar al gallinero, para contar los huevos de la mañana, pues, desde hacía algún tiempo, tenía la sospecha de que le robaban.

De pronto la criada de la granja corrió á él levantando los brazos y gritando:

—¡Maese Cacheur, maese Cacheur, esta noche se han llevado un conejo!

—¿Un conejo?

—Sí, maese Cacheur; el grande gris, el de la jaula de la derecha.

El campesino abrió del todo el ojo izquierdo, y dijo sencillamente:

—Veamos eso.

Y fué á verlo.

La jaula había sido despedazada, y el conejo no estaba en ella.

El hombre, en quien la inquietud hizo al punto presa, volvió á cerrar el ojo derecho y se rascó la nariz. Al cabo de unos instantes de reflexión dijo á la criada, que permanecía en estúpida actitud delante de su amo:

—Ve en busca de los gendarmes. Diles que les espero inmediatamente.

Maese Lecacheur era alcalde del lugar, Pavigny-le Gras, y mandaba en él como amo absoluto, gracias á su dinero y posición.

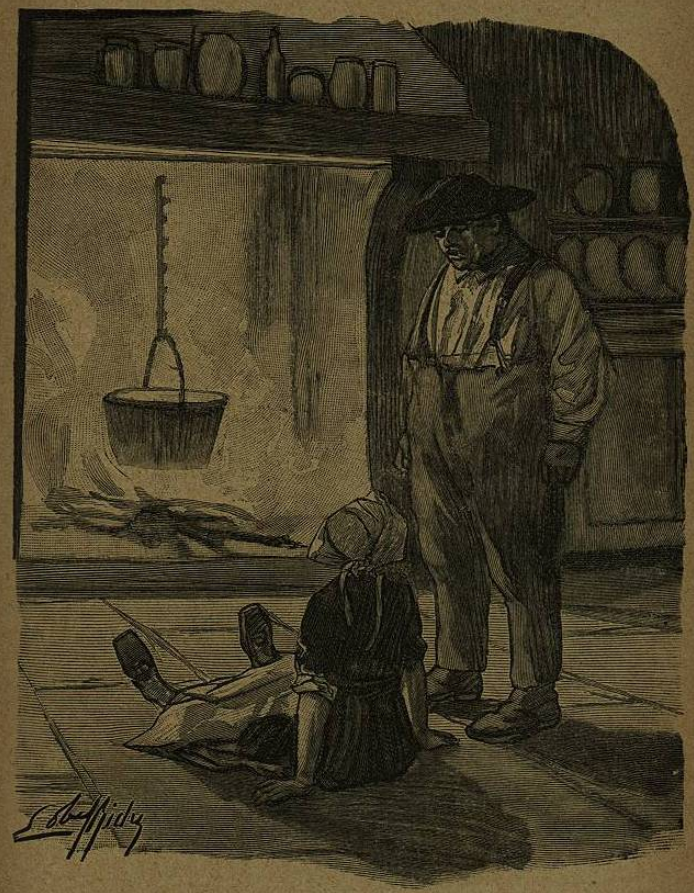
En cuanto la criada desapareció, corriendo hacia el pueblo, situado á medio kilómetro de la granja, el campesino entró nuevamente en su casa, con objeto de tomar el café y hablar del suceso con su mujer.

La encontró arrodillada delante del hogar, soplando la lumbre con la boca.

Desde la puerta dijo:

—Nos han robado un conejo: el grande gris.

Ella se volvió con tal rapidez, que quedó sentada



en el suelo; y mirando á su esposo con expresión desolada, exclamó:

—¡Qué dices, Cacheur!—¡Que nos han robado un conejo!

—El grande gris.

—¿El grande gris?

Y suspiró:

—¡Qué desgracia! ¿Y quién ha podido robarnos ese conejo?

Era una mujer bajita, delgada y vivaracha, limpia, muy hacendosa y entendida en los cuidados de la explotación.

Lecacheur tenía su idea.

—Ha debido ser Pólito.

La campesina levantóse bruscamente y exclamó con furiosa voz:

—¡Él ha sido! ¡él ha sido! ¡No pienses en echar la culpa á otro! ¡Él ha sido! ¡Acertaste, Cacheur!

En su enjuto é irritado rostro, todo su furor campesino, toda su avaricia, toda su rabia de mujer económica contra el criado siempre sospechoso, contra la criada, sospechosa siempre, aparecían marcándose en la contracción de la boca, en las arrugas de las mejillas y de la frente.

—¿Y qué has hecho?—preguntó.

—He enviado en busca de los gendarmes.

Este Pólito era un jornalero que estuvo empleado durante algunos días en la granja y despedido por Lecacheur á consecuencia de una réplica insolente. Antiguo soldado, tenía fama de haber conservado de su campaña en África ciertas costumbres de rapiña y libertinaje. Desempeñaba para vivir toda clase de oficios. Era albañil, cavador, carretero, segador, picapedrero, leñador; pero sobre todo era holgazán; de modo, que en ningún sitio estaba mucho tiempo y á cada instante debía cambiar de comarca para encontrar trabajo.

Desde el día en que entró en la granja, la mujer de Lecacheur le había detestado; ahora estaba segura de que él era el autor del robo.

A la media hora próximamente llegaron los dos gendarmes. El sargento Sénateur era alto y flaco, el gendarme Lenient, bajo y grueso.

Lecacheur les hizo tomar asiento y les enteró de lo ocurrido. Luego fueron á ver el lugar del suceso á fin de comprobar el destrozo de la jaula y recoger todas las pruebas posibles. Cuando volvieron á la cocina, el ama llenó unos vasos de vino, y al

ofrecerlos á los gendarmes, les preguntó con desconfianza:

—¿Le cogerán ustedes?

El sargento, con el sable entre las piernas, mostrábase inquieto.

Ciertamente, estaba seguro de cogerle si querían decirle quién era. De lo contrario, no respondía de descubrirle por sí solo.

Después de reflexionar un buen rato, formuló esta sencilla pregunta:

—¿Conocen ustedes al ladrón?

Un gesto de malicia normanda contrajo la enorme boca de Lecacheur, que respondió:

—Conocerle, no lo conozco; pues no le vi robar. Si le hubiese visto le habría hecho comerse el conejo crudo, carne y pellejo, sin un trago de sidra para desengrasar. En cuanto á decir quién ha sido, ya es otra cosa, pues me parece que el golpe lo ha dado ese inútil de Pólito.

Y á continuación explicó extensamente sus cuestiones con Pólito, la marcha de este criado, su mirada rencorosa, lo que después había dicho de él, acumulando minuciosas é insignificantes pruebas.

El sargento, que había escuchado con mucha atención bebiéndose el contenido de su vaso, volviendo á llenarle, miró, con gesto indiferente, á su compañero, y le dijo:

—Habrá que ir á visitar á la mujer del pastor Severino.

El gendarme sonrió y respondió moviendo tres veces la cabeza.

La dueña de la granja se acercó entonces, y despacito, con habilidad de campesina, interrogó á su vez al sargento. Este pastor Severino, era un simple, una especie de bruto, educado entre las ovejas, habiendo crecido en el campo en medio de estos animales, no conociendo más que á ellas en el mundo, había conservado, no obstante, en el fondo del alma el instinto de ahorro del aldeano. Debía de haber ocultado durante años y más años, en los huecos de los árboles ó en los agujeros de las rocas todo lo que ganaba, ya guardando rebaños ó bien curando, con tocamientos y palabras, los esguinces de los animales (por haberle comunicado un viejo pastor á quien reemplazara el secreto de los algebristas).

De este modo pudo comprar en pública subasta

una pequeña propiedad, casa y terrenos, que valdrían tres mil francos.

Pocos meses después se supo que se casaba. Casábase con una muchacha conocida por sus malas costumbres, criada del tabernero. Los mozos referían que esta chica, al enterarse de que el pastor tenía la bolsa bien repleta, le había ido á buscar todas las noches á su choza, y le había seducido, conquistado, llevándole poco á poco, de noche en noche, al matrimonio.

Después, habiendo pasado por la alcaldía y por la iglesia, ella habitaba en la casa comprada por su hombre, mientras él seguía guardando sus rebaños, marchando día y noche á través de las llanuras.

El sargento añadió:

—Hace tres semanas que Pólito, ese merodeador, careciendo de hogar, se acuesta con ella.

El gendarme quiso hacer una frase:

—Roba su cobertor á Severino.

La dueña de la granja, presa nuevamente por la rabia, por una rabia acrecentada, por la cólera de mujer casada contra el desvergonzado aparejamiento, exclamó:

—¡Ella ha sido, estoy segurísima! ¡Corran ustedes! ¡Ah, infames, ladrones!

Pero el sargento no se movió.

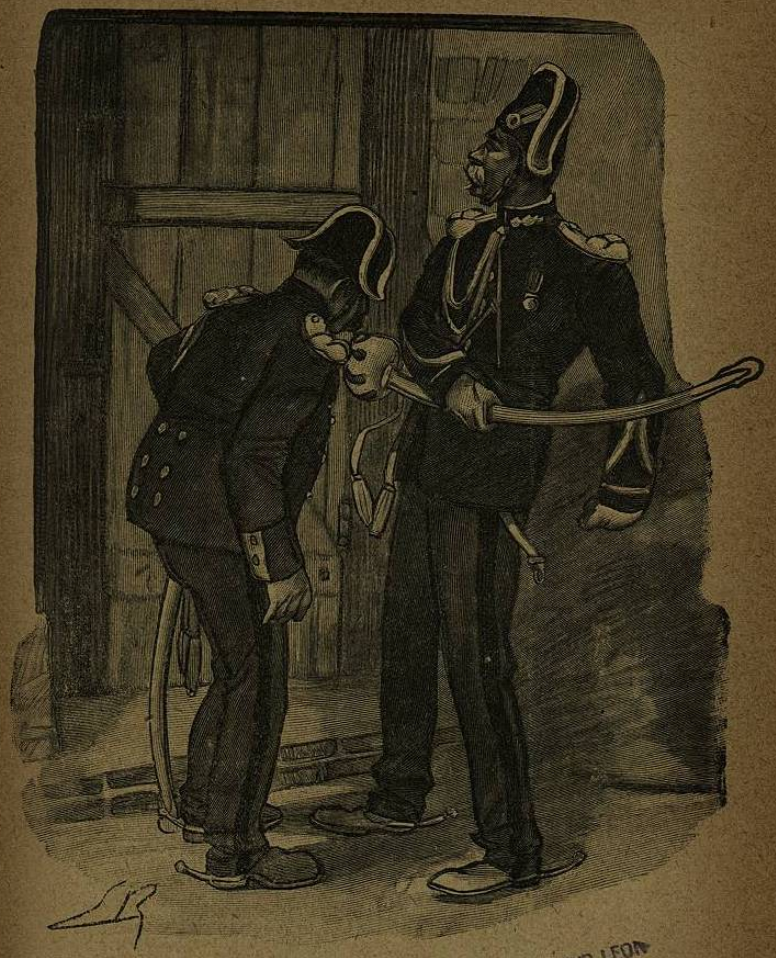
—Calma—dijo—. Esperemos hasta las doce, pues él va á comer con ella todos los días. Les cogeré con las manos en la masa.

El gendarme sonreía seducido por la idea de su jefe; y Lecacheur sonreía también porque la aventura del pastor le parecía chistosa. Los maridos engañados hacen reir siempre.

Acababan de dar las doce, cuando el sargento Sénateur, seguido de su compañero, dió tres suaves golpes en la puerta de una aislada casita levantada á la conclusión de un bosque, á quinientos metros del pueblo.

Habíanse pegado á la pared para no ser vistos desde dentro, y esperaban. Transcurrido un minuto ó dos, como no respondiera nadie, el sargento volvió á llamar. La casa parecía deshabitada, tan profundo era el silencio; pero el gendarme Lenient, que tenía el oído fino, dijo que dentro se movía alguien.

Sénateur se enfadó entonces. No admitía que se resistiera un segundo á la autoridad, y, dando en la pared con el pomo de su sable, gritó:



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Abran, en nombre de la ley!

Como la orden resultase inútil, aulló:

—Si no obedecen, descerrajo la puerta. ¡Soy el sargento de gendarmes, voto á mil diablos! Atención, Lenient.

No había acabado de hablar cuando se abrió la puerta, y Sénateur se encontró delante de una muchacha gruesa, coloradota, mofletuda, despechugada, ventruda, ancha de caderas, una especie de hembra san guínea y bestial; la mujer del pastor Severino. Entró.

—Vengo á visitar á usted con motivo de un pequeño proceso—dijo.

Y miró á su alrededor. Sobre la mesa, una fuente, un jarro de sidra y un vaso á medio llenar, indicaban los comienzos de una comida. En el suelo había dos cuchillos. El gendarme hizo un guiño malicioso á su jefe.

—¡Qué bien huele!—dijo el sargento.

—¡Juraría que es á conejo asado!—añadió alegremente Lenient.

—¿Quieren ustedes un vaso de lo bueno?—preguntó la campesina.

—No, gracias. Quisiera únicamente la piel del conejo que se comen ustedes.

Ella se hizo la tonta; pero temblaba.

—¿Qué conejo?

El sargento se había sentado, y enjugábase la frente con serenidad.

—¡Vaya, vaya, patrona; no quiera hacernos creer que se alimenta con grama! ¿Qué estaba usted comiendo ahí sola para almorzar?

—¿Yo? Nada, ¡se lo juro á ustedes! Un poco de pan con manteca.

—¡Me hace usted gracia, burguesa! ¡Un poco de pan con manteca!... Se equivoca usted. Lo que ha de decir usted es un poco de conejo con manteca. ¡Mil rayos! La manteca de usted tiene un aroma exquisito. ¡Voto al infierno! Es manteca selecta; manteca superior; manteca de festín; manteca, sí, pero no manteca con pelo; estoy seguro.

El gendarme se echó á reir á carcajadas, repitiendo:

—Ya se puede apostar á que no es manteca casera.

Siendo bromista el sargento Sénateur, todos los gendarmes habíanse hecho chistosos.

Añadió:

—¿Dónde está la manteca de usted?

—¿Mi manteca?

—Sí; su manteca.

—Pues... en el tarro.

—¿Y en dónde está el tarro?

—¿Qué tarro?

—¡El tarro de la manteca, pardiez!

—Aquí le tiene usted.

Y fué á buscar una vieja taza en el fondo de la cual había una capa de manteca rancia y salada.

El sargento la olisqueó, y arrugando el ceño, dijo:

—No es la misma. Necesito la manteca que huele á conejo asado. ¡Ea, Lenient, abramos el ojo; mira en el aparador; yo miraré debajo de la cama.

Después de cerrar la puerta, acercóse al lecho y quiso arrastrarle; pero no habiendo sido cambiado de sitio, al parecer, desde hacía más de medio siglo, el lecho estaba pegado á la pared. El sargento se agachó, en vista de ello, haciendo crujir su uniforme. Un botón acababa de desprendérsele.

—¡Lenient!—dijo.

—¡Mi sargento!

—Ven, muchacho; entiéndetelas con esta cama; yo soy demasiado alto para ver debajo de ella. Tomo, en cambio, á mi cargo el aparador.

Levantándose, esperó, en pie, á que su subordinado ejecutase la orden.

Lenient, que era bajo y regordete, se quitó el quepis, echóse boca abajo, y con la frente pegada al suelo, miró largo rato entre el pavimento y la cama, y exclamó de pronto:

—¡Ya le cogí; ya le cogí!

—El sargento Sénateur inclinóse hacía el gendarme.

—¿Qué es lo que has cogido, el conejo?

—¡No; el ladrón!

—¿El ladrón? ¡Venga, venga!

El gendarme, estirando los brazos debajo del lecho, habia agarrado algo, y tiraba con toda su fuerza. Un pie, calzado con un grueso zapatón, apareció al fin, prisionero en su mano derecha.

El sargento le asió á su vez.

—¡Hala, hala! ¡Tira!

Lenient, ya de rodillas, había agarrado la otra pierna. Pero la tarea era ruda, porque el cautivo resistía por mil medios, y últimamente apoyando las posaderas en la traviesa del lecho.

—¡Hala, hala! ¡Tira!—gritaba Sénateur.

Y tanto y tanto tiraron, que la barra de madera cedió y el hombre salió todo menos la cabeza, de la cual aún siguió valiéndose para hacer fuerza en su escondrijo.

Apareció por fin el rostro, el furioso y consternado rostro de Pólito, cuyos brazos permanecían extendidos bajo la cama.

—¡Tira!—seguía gritando el sargento.

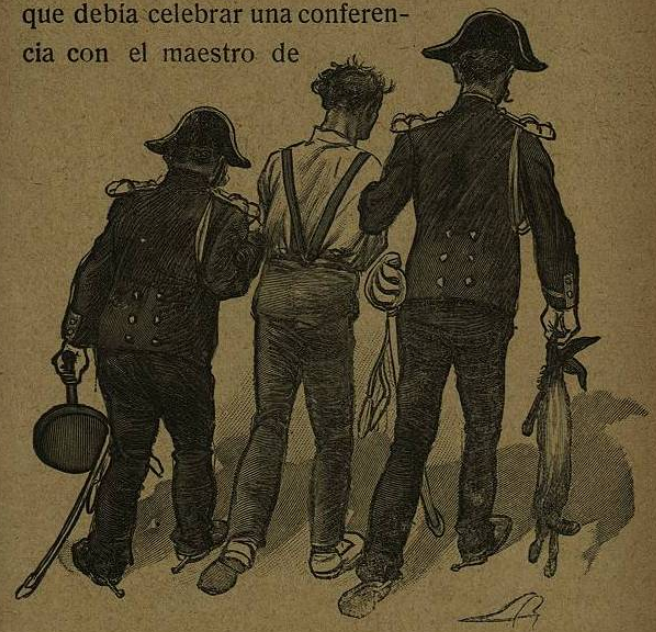
Entonces se produjo un ruido extraño; y como los brazos seguían á los hombros, á los brazos siguieron las manos, en las cuales vióse el mango de una cacerola, y, al final del mango, la cacerola misma, que contenía un conejo asado.

—¡Voto á cien mil legiones de demonios!—gritó el sargento lleno de alegría, en tanto que Lenient sujetaba al hombre.

Y la piel del conejo, indicio aplastante, última y terrible prueba del delito, fué encontrada en el jergón.

En vista de lo cual los gendarmes regresaron triunfalmente al pueblo con el prisionero y sus hallazgos.

Este suceso dió mucho que hablar; y, ocho días después, al entrar en la alcaldía maese Lecacheur, que debía celebrar una conferencia con el maestro de



escuela, supo que el pastor Severino le esperaba hacía una hora.

El hombre estaba sentado en una silla arrimada á un rincón, con el cayado entre las piernas. Al ver al señor alcalde se levantó, quitóse la gorra, saludó

con un «Buenos días, maese Cacheur», y permaneció en pie temeroso, inquieto.

—¿Qué desea usted?—le dijo al campesino.

—Ahora lo verá, maese Cacheur. ¿Es cierto que la semana pasada le robaron á usted un conejo?

—Sí; es cierto, Severino.

—¡Ah! muy bien. Entonces, ¿la cosa es verídica?

—Sí, amigo mío.

—¿Y quién se lo robó á usted?

—Pólito Ancas, el jornalero.

—Bien, bien. ¿Es igualmente cierto que fué encontrado debajo de mi cama?

—¿Quién, el conejo?

—El conejo, y además Pólito, el uno al extremo del otro.

—Sí, mi pobre Severino. Es cierto.

—Entonces, ¿también eso es verídico?

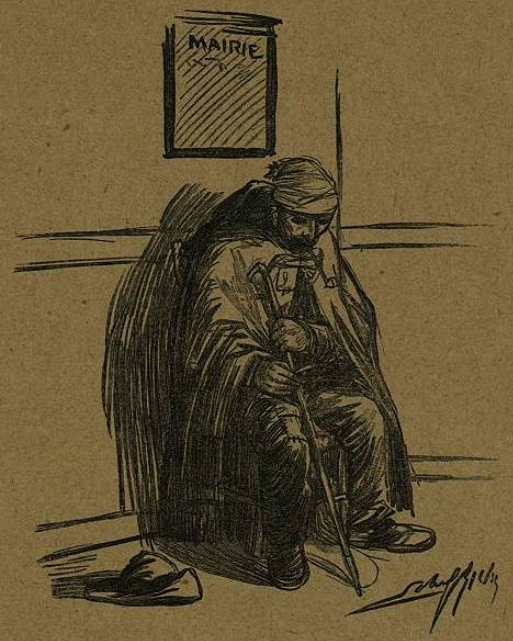
—Sí. Pero ¿quién le ha contado á usted esa historia?

—Entre todos, y un poco cada uno. Yo me entiendo. Por otra parte, usted, que por ser alcalde casa á las personas, ha de saber mucho acerca del matrimonio.

—¿Cómo acerca del matrimonio?

—Sí; en lo tocante al derecho.

—¿Cómo en lo tocante al derecho?



—En lo tocante al derecho del hombre, y además al derecho de la mujer.

—¡Ah, vamos! Sí, algo puedo decirte.

—Entonces, una pregunta: ¿Tiene mi mujer derecho á acostarse con Pólito?

—¿Cómo á acostarse con Pólito?

—Sí; ¿tiene derecho, según la ley, y siendo esposa mía, á acostarse con Pólito?

—No, de ningún modo; no tiene ese derecho.

—En tal caso, si le vuelvo á coger, ¿tengo derecho á molerla á golpes, y á pegarle á él también?

—¡Es... es claro que sí!

—Muy bien; nada más tenía que preguntarle. Y voy á decirle ahora por qué quería saber esto: Un día de la semana pasada, sospechando algo, fuí á casa de noche, y allí los hallé acostados, y no espalda con espalda ciertamente. Envié á Pólito á dormir fuera; mas no pasé de ahí, porque no conocía mis derechos. En esta ocasión no los vi. Me he enterado de lo ocurrido por los demás. Hecho está lo hecho; no volvamos á hablar de la cuestión. Pero si los encuentro otra vez... ¡voto al diablo, si los encuentro! ¡Les quitaré la afición á la cosa, maese Cacheux, tan cierto como me llamo Severino!

UNA NOCHE

El *Kleber* acababa de echar el ancla, y yo contemplaba maravillado el admirable golfo de Bougie, que se abría delante de nosotros. Los bosques-kábilas cubrían las altas montañas; á lo lejos, amarillentas arenas ofrecían al mar una orilla de polvo dorado, y el sol derramaba torrentes de fuego sobre las blancas casas de la pequeña población.

La cálida brisa, la brisa africana, traía á mi gozoso corazón el fuerte perfume del desierto, el olor del gran continente misterioso donde el hombre del Norte no penetra jamás. Tres meses hacía que vagaba por aquel mundo profundo y desconocido, por las costas de aquella tierra fantástica del avestruz, del camello, de la gacela, del hipopótamo, del

gorila, del elefante y del negro. Había visto al árabe galopar empujado por el viento, como una bandera que flota, vuela y desaparece; habíame acostado bajo la obscura tienda, en la errante morada de esas blancas aves del desierto. Estaba ebrio de luz, de fantasía y de espacio.

Ahora, después de la última excursión, sería necesario marchar, volver á Francia, ver á París, la ciudad de la charla inútil, de los cuidados insignificantes, de los innumerables apretones de manos. Tendría que despedirme de aquellas cosas queridas, tan nuevas, apenas entrevistas, que tanto iba á echar de menos.

Una verdadera flota de barcas rodeaba al paquebot. Salté á una de ellas, donde remaba un negrito, y muy pronto estuve en el muelle, cerca de la vieja puerta sarracena, cuyas grises ruinas, á la entrada de la ciudad-kábila, parecen un escudo de armas de añeja nobleza.

Parado me encontraba en mitad del puerto, de pie al lado de mi equipaje, mirando en la rada al enorme navío anclado, y, estupefacto de admiración ante aquella costa única, ante aquel circo de montañas bañadas por las azules olas, más hermoso

que el de Nápoles, tan hermoso como los de Ajaccio y Porto, las grandes poblaciones de Córcega, cuando sentí caer sobre mi espalda una pesada mano.

Volviéndome al punto me hallé delante de un hombre de elevada estatura y larga barba, con sombrero de paja y blanco traje de franela, y que, en pie al lado mío, me examinaba con sus ojos azules.

—¿No es usted mi antiguo compañero de colegio?—me dijo.

—¡Es posible! ¿Cómo se llama usted?

—Trémoulin.

—¡Voto al infierno! ¡Mi antiguo condiscípulo! ¡Venga esa mano!

—Te he reconocido inmediatamente.

Y su larga barba rozó mis mejillas.

Aquel hombre parecía tan contento, tan alegre, tan feliz con mi presencia que, en un impulso de amistoso egoísmo, estreché fuertemente las dos manos de aquel camarada de otro tiempo, sintiéndome á mi vez muy satisfecho del encuentro.

Trémoulin había sido para mí, durante cuatro años, el más íntimo, el mejor de aquellos compañeros de clase que tan pronto olvidamos al salir del

colegio. Era entonces un muchacho de cuerpo largo y delgado que sustentaba una cabeza demasiado grande, una enorme cabeza redonda, pesada, que inclinaba el cuello tan pronto á un lado como á otro, y aplastaba el augusto pecho de aquel alto colegial de largas piernas.

Inteligentísimo, dotado de una maravillosa facilidad, de una rara comprensión, de una especie de intuición instintiva para todos los estudios literarios, Trémoulin era el alumno más aprovechado de nuestra clase. Teníase en el colegio el convencimiento de que andando los años sería un hombre ilustre, un poeta sin duda, porque hacía versos y era un ingenioso sentimental. Su padre, farmacéutico en el barrio del Panteón, no pasaba por rico.

Después del bachillerato le había perdido de vista.

—¿Qué haces aquí?—exclamé.

—Soy colono.

—¿Eh? ¿Plantas?

—Y cosecho.

—¿Qué cosechas?

—Uvas, con las que hago vino.

—¿Y van bien los negocios?

—Van muy bien.

—Lo celebro, amigo mío.

—¿Te dirigías á la fonda?

—Es claro.

—Pues bien; te hospedarás en mi casa.

—Pero...

—No hay más que hablar.

Y dijo al negrito, que espiaba todos nuestros movimientos:

—A mi casa, Alí.

Alí respondió al punto:

—Está bien, señor.

Luego echó á correr con mi maleta al hombro, sacudiendo y levantando polvo con sus negros pies.

Trémoulin me cogió del brazo y me obligó á seguirle. Lo primero que hizo fué dirigirme varias preguntas acerca de mi viaje, sobre mis impresiones; y, viendo mi entusiasmo, aún se mostró más afectuoso.

Su vivienda era una vieja casa morisca con patio interior, sin balcones á la calle y dominada por una terraza más alta que las de todas las viviendas contiguas y desde la cual se divisaban el golfo y los bosques, las montañas y el mar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ah! ¡esto es lo que á mí me gusta!—exclamé—.Todo el Oriente penetra en mi corazón, mirando desde esta casa. ¡Oh, qué dichoso eres viviendo aquí! ¡Qué noches debes pasar en esta terraza! ¿Duermes en ella?

—Todo el estío: Subiremos esta noche. ¿Te gusta la pesca?

—¿Qué pesca?

—La pesca con hachones.

—¡Oh, mucho!

—Pues bien; pescaremos después de cenar. Y en seguida regresaremos, para tomar en la terraza unos sorbetes.

En cuanto me hube bañado, hízome visitar la deliciosa ciudad-kábila, una verdadera cascada de casas blancas rodando hacia el mar; regresamos al anochecer, y después de una exquisita comida, bajamos al puerto.

Sólo se veían las luces de las calles y las estrellas, esas grandes estrellas relucientes, chispeantes, del cielo de África.

En un rincón del puerto, una barca esperaba. En cuanto estuvimos en ella, un hombre cuyo rostro no pude distinguir, púsose á remar, en tanto que mi

amigo preparaba el brasero que había de alumbrarnos en breve.

—Has de saber—me dijo—que yo soy quien tira el arpón. No tengo rival en el manejo de ese instrumento.

—Te felicito.

Habíamos costeado una especie de muelle y nos encontrábamos en una pequeña bahía limitada por altas rocas cuyas sombras tenían la apariencia de torres levantadas en el agua, y observé de pronto que el mar estaba fosforescente. Los remos, que sacudían al agua con lentitud, con regularidad, producían en ella, á cada golpetazo, un fulgor movible y sorprendente que huía en seguida á lo lejos detrás de nosotros, extinguiéndose. Yo, inclinándome, miraba aquella capa de pálida claridad desmenuzada por los remos, aquel inexplicable fuego del mar, aquel fuego frío que un movimiento enciende y que muere en cuanto se calma el oleaje.

Los tres, sumergidos en las tinieblas, nos deslizábamos sobre aquella claridad.

¿A dónde íbamos? Yo no veía á mis compañeros; sólo veía los luminosos remolinos y las chispas de agua arrancadas por los remos. Hacía calor, mucho

calor. La sombra parecía calentada en un horno, y mi corazón se turbaba en aquel viaje misterioso con aquellos dos hombres en aquella silenciosa embarcación.

Los flacos perros árabes, de pelo rojo, nariz puntiaguda y ojos brillantes, aullaban á lo lejos, como aullan todas las noches en esa tierra desmesurada, desde las orillas del mar hasta el fondo del desierto, donde campan las tribus errantes. Los zorros, los chacales y las hienas respondían; y, no muy lejos debía gruñir, sin duda, algún león solitario en un desfiladero del Atlas.

Súbitamente, el que remaba se detuvo. ¿Dónde estábamos? Un pequeño ruido sonó detrás de mí. Surgió la llama de una cerilla, y vi una mano, sólo una mano, llevando la ligera llama hacia la hornilla de hierro suspendida en la delantera de la embarcación y cargada de leña como una hoguera flotante.

Yo miraba aquello sorprendido, como si el espectáculo hubiera sido perturbador y nuevo, y seguí emocionado la pequeña llama, que llegando al borde del hogar prendió en un puñado de brezos secos que crepitaron de pronto.

Entonces, en la noche adormecida, en la pesada

noche ardiente, brotó una vivísima llama, iluminando, bajo un dosel de tinieblas que pesaba sobre nosotros, la barca y á los dos hombres, un viejo marinero flaco, arrugado y canoso, con un pañuelo anudado en torno de la cabeza, y Trémoulin, cuya rubia barba relucía:

—¡Adelante!—dijo.

El otro remó, y nos pusimos de nuevo en marcha, en medio de un meteoro, bajo la cúpula de sombra movible que se paseaba con nosotros.

Trémoulin echaba continuamente leña en el

brasero, que ardía más y más, brillante y rojo.

Inclinándome otra vez, distinguí el fondo del mar. A pocos pies de la embarcación desarrollábase lentamente, á medida que pasábamos, el extraño país del agua, del agua que vivifica, como el aire del cielo, plantas y animales. Introduciendo el brazo hasta las rocas en viva luz, nos deslizábamos sobre bosques sorprendentes de hierbas rojizas, sonrosadas, verdes y amarillentas. Entre ellas y nosotros, un cristal de admirable transparencia, un cristal líquido, casi invisible, hacíalas fantásticas, llevábalas á un ensueño, al ensueño que despiertan los profundos Océanos. Aquella onda clara tan límpida que no se distinguía, que más bien se adivinaba, ponía entre aquellas vegetaciones y nosotros algo perturbador como la duda de la realidad, haciéndolas misteriosas como los paisajes de los sueños.

A veces, las hierbas llegaban á la superficie con la apariencia de cabellos, movidas apenas por la lenta marcha de la embarcación.

En medio de ellas, plateados pececillos deslizábanse, huían, desapareciendo apenas vistos. Otros, adormecidos aún, flotaban suspendidos en medio

de aquellas marañas acuáticas, relucientes y diminutos, casi imperceptibles. De vez en cuando, una langosta corría hacia un agujero para ocultarse, ó bien una medusa azulada y transparente, invisible casi, flor de un azul pálido, verdadera flor marina, dejaba arrastrar su cuerpo líquido en nuestro ligero remolino; súbitamente, el fondo desaparecía, descendiendo más, mucho más, en una espesa niebla vidriosa. Y, entonces, distinguíanse vagamente grandes rocas y sombríos restos de buques sumergidos, apenas iluminados por el brasero.

Trémoulin, de pie en la delantera, inclinado el cuerpo, teniendo en las manos el tridente de agudas puntas que se llama arpón, escrutaba las rocas, las hierbas, el mudable fondo del mar, con encendidas pupilas de bestia que caza.

De repente dejó resbalar en el líquido, con un movimiento vivo y suave, la punta de su arma, para lanzarla en seguida como una flecha, con tal prontitud, que alcanzó á la carrera á un enorme pez que huía á nuestro paso.

Yo no había visto más que el movimiento de Trémoulin, pero le oí gruñir de alegría; y cuando levantó su arpón sobre la claridad de la hoguera, distin-

guí un animal que se retorcía atravesado por los dientes de hierro. Era un congrio. Después de contemplarle y habérmele enseñado, paseándole por encima de la llama, mi amigo le arrojó al fondo de la embarcación. La serpiente marina, con cinco agujeros en el cuerpo, se deslizó, arrastróse, rozando mis pies, en busca de un agujero para huir; y habiendo encontrado entre los tablones de la embarcación un pequeño charco de agua salobre, penetró en él y se enroscó, ya casi muerta.

Desde entonces, de minuto en minuto, Trémoulin cogía con una destreza sorprendente, con la rapidez del rayo, con una seguridad milagrosa, todos los extraños moradores del agua salada. Veía uno tras otro pasar por encima del fuego, con las convulsiones de la agonía, lobos plateados, sombrías lampreas manchadas de sangre, erizos de mar, extraños animales que escupían tinta y ennegrecían el mar por unos instantes en torno de la embarcación.

A la vez me parecía estar oyendo constantemente chillidos de aves á nuestro alrededor, en la noche obscura, y levantaba la cabeza esforzándome para ver de dónde procedían aquellos agudos silbidos,

próximos ó lejanos, cortos ó prolongados. Eran innumerables, incesantes, como si una nube de alas se hubiera cernido sobre nosotros, atraídas sin duda por la llama. A veces estos rumores engañaban el oído y parecían salir del agua.

Pregunté:

—¿Qué es lo que silba así?

—Hombre, son las ascuas que caen.

En efecto, el brasero sembraba el mar de una lluvia de carbones encendidos. Caían rojos ó ardiendo aún, y se extinguían con un lamento dulce, penetrante, extraño, que tan pronto era un gorjeo como un corto llamamiento de emigrante que pasa. Gotas de resina caían asimismo zumbando como balas ó como abejorros, y morían bruscamente sumergiéndose; hubiéraselas creído verdaderas voces de seres, un inexplicable y débil rumor de vida errante en la sombra que nos envolvía.

Trémoulin gritó de pronto:

—¡Ah... pícara!

Lanzó su arpón, y, al levantarlo, vi, envolviendo sus dientes y pegado á la madera, una especie de enorme harapo de carne roja que palpitaba y se movía enrollando y desenrollando largos, blandos y

fuertes apéndices cubiertos de chupadores en torno del mango del tridente. Era un pulpo.

Acercó á mí aquella presa, y distinguí los dos enormes ojos del monstruo que me miraban, ojos saltones, turbios y terribles, surgiendo de una especie de bolsa semejante á un tumor. Creyéndose libre, el animal alargó lentamente uno de sus tentáculos, cuyas blancas ventosas vi avanzar hacia mí. Su punta era delgada como un hilo, y en cuanto aquella pierna devoradora se hubo agarrado al banco, levantóse otra, desplegándose para seguirla. Sentíase allí dentro, en aquel cuerpo musculoso y blando, en aquella ventosa viva, rojiza y fofa, una fuerza irresistible.

Trémoulin había sacado su cuchillo, y con un brusco movimiento, introdújoselo al animal entre los ojos.

Se oyó un suspiro, un rumor de aire que se escapa, y el pulpo cesó de avanzar.

Sin embargo, aún no estaba muerto, porque la vida es tenaz en estos cuerpos nerviosos; pero su vigor estaba destruído, roto su aparato chupador, y ya no podía beberse la sangre, absorber y vaciar el caparazón de las langostas.

Trémoulin arrancaba de la embarcación, como para jugar con aquel agonizante, sus impotentes ventosas; y, presa súbitamente de una espantosa cólera, gritó:

—Espera; voy á calentarte los pies.

De un golpe de arpón, volvió á cogerle, y levantándole de nuevo, le hizo pasar á través de la llama, frotando contra los enrojecidos barrotes de la hornilla, las delgadas puntas de carne de los miembros del pulpo.

Los músculos crepitaron retorciéndose, enrojecidos, acortados por el fuego; y yo sentí dolor hasta la punta de los dedos, ante el sufrimiento del horrible animal.

—¡Oh, no hagas eso!—grité.

Él respondió con calma:

—¡Bah! No es nada esto en comparación de lo que merece.

Luego soltó sobre la barca el pulpo, mutilado, que se arrastró por entre mis piernas hasta el agujero lleno de agua salobre, donde se recogió para expirar en medio de los peces muertos.

Y la pesca continuó aún largo rato, hasta que se acabó la leña.

Cuando ya no hubo bastante para alimentar el fuego, Trémoulin arrojó al mar el brasero encendido, y la noche, suspendida sobre nuestras cabezas por la brillante llama, cayó sobre nosotros, sepultándonos de nuevo en sus tinieblas.

El viejo remó otra vez lentamente, con golpes regulares. ¿Dónde estaba el puerto, dónde la tierra, dónde la entrada del golfo y el extenso mar?

Yo no lo sabía. El pulpo movíase aún á mis pies, y dolíanme las uñas, como si á mi vez me las hubiesen quemado. De pronto divisé luces; entrábamos nuevamente en el puerto.

—¿Tienes sueño ya?—me preguntó mi amigo.

—No; nada de eso.

—Entonces vamos á charlar un poco á mi terraza.

—Con mucho gusto.

En el momento de llegar á la terraza, la luna, en cuarto creciente, surgió detrás de los montes. La cálida brisa deslizábase á lentos soplos, llena de olores ligeros, casi imperceptibles, como si hubiese barrido á su paso el sabor de los jardines de todos los países quemados por el sol.

En torno de nosotros, las blancas casas de cuadrados tejados descendían hacia el mar, y en ellos

distinguíanse formas humanas tumbadas ó en pie, que dormían ó meditaban bajo las estrellas; familias enteras envueltas en largos vestidos de franela, y descansando en la tranquila noche, del calor del día.

Me pareció de pronto que en mí entraba el alma oriental, el alma poética y legendaria de los sencillos pueblos de floridas ideas. Tenía el corazón lleno de la *Biblia* y de *Las Mil y una Noches;* oía á los profetas anunciar milagros, y veía en las terrazas de los palacios cruzar princesas con pantalones de seda, mientras quemaban en estufillas de plata finas esencias, cuyo humo adoptaba formas de genios.

Dije á Trémoulin:

—¡Qué suerte tuviste al encontrar esta casa!

Me contestó:

—La casualidad me trajo á ella.

—¿La casualidad?

—Sí; la casualidad ó la desdicha.

—¿Has sido desgraciado?

—Muy desgraciado.

Estaba en pie delante de mí, envuelto en su albornoz, y el tono con que hablara hizo correr un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

estremecimiento por mi piel; tan doloroso le encontré.

Agregó al cabo de un instante de silencio:

—Puedo contarte mi pena. Tal vez hablando de ella la sienta menos.

—Explícate ya.

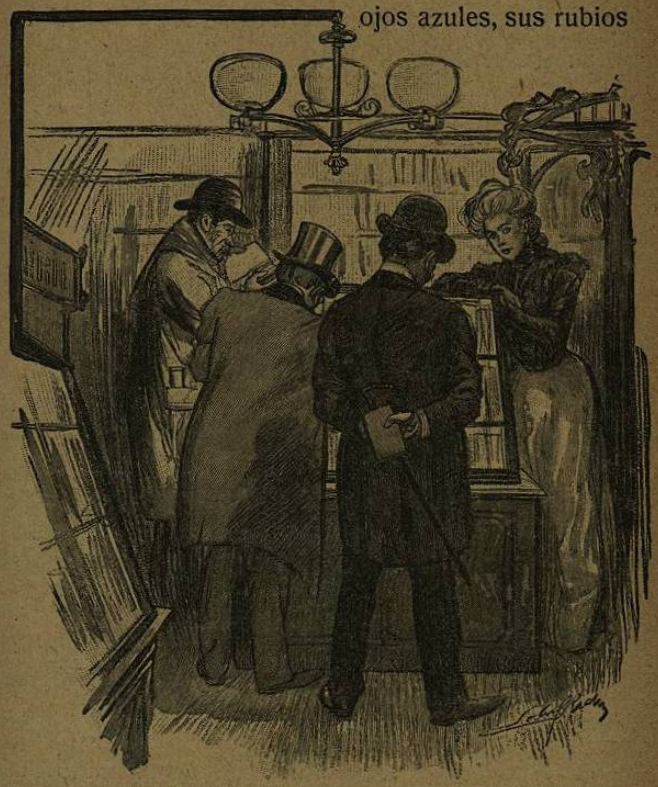
—¿La quieres conocer?

—Sí.

—Pues escucha. Recordarás lo que yo era en el colegio: una especie de poeta criado en una farmacia. Soñaba con hacer libros, y lo intenté después de mi bachillerato. No me salió bien la prueba. Publiqué un volumen de versos y luego una novela, sin vender más los unos que la otra; luego hice una obra teatral que no llegó á representarse.

»Y me enamoré. No te contaré mi pasión. Junto á la tienda de papá puso la suya un sastre, el cual tenía una hija. La vi y la amé. Era inteligente, había obtenido premios por su conocimiento de las asignaturas que componen la segunda enseñanza, y tenía un espíritu vivo, animado, muy en armonía, por otra parte, con su persona. Hubiérasela creído de quince años, á pesar de tener veintidós. Era una mujer bajita, de rasgos, líneas y tono muy finos,

como una delicada acuarela. Su nariz, su boca, sus ojos azules, sus rubios



cabellos, su sonrisa, su talle, sus manos, todo parecía hecho para una vitrina y no para la vida al

aire libre. Sin embargo, era vivaracha, despabilada y sumamente activa. Me enamoré locamente de ella. Recuerdo todavía dos ó tres paseos al jardín del Luxemburgo, junto á la fuente de Médicis, que serán siempre con toda seguridad las mejores horas de mi vida. Conocerás seguramente ese estado extraño de tierna locura que nos obliga á pensar sólo en actos de adoración.

»El amante se convierte en un poseído, obsesionado por una mujer, y para él no existe nada fuera de ella.

»En breve nos desposamos. La comuniqué mis proyectos para el porvenir, que ella reprobó.

»No me creía ni poeta, ni novelista, ni autor dramático, y opinaba que el comercio, cuando prospera, puede proporcionar la verdadera dicha.

»Renunciando, pues, á componer volúmenes, me contenté con venderlos, y compré, en Marsella, la Librería Universal, cuyo propietario había muerto.

»Pasé allí tres buenos años. Habíamos hecho de nuestro almacén una especie de salón literario donde todos los hombres ilustres de la ciudad iban de tertulia.

»Se entraba en nuestra casa como se entra en el círculo, y cambiábanse ideas sobre los libros, los poetas y, principalmente, acerca de la política. Mi mujer, que dirigía la venta, gozaba de verdadera notoriedad en la población.

»En cuanto á mí, mientras se charlaba en la tienda, trabajaba en mi gabinete del primer piso, que comunicaba con la librería por una escalera de caracol. Oía las voces, las risas, las discusiones, y á ratos soltaba la pluma para escuchar. Había empezado en secreto á escribir una novela... que no he terminado.

»Los concurrentes más asiduos eran el señor Montina, un rentista, gallardo y apuesto mozo, un hermoso muchacho del Mediodía, de pelo negro y ojos acariciadores; el señor Barbet, magistrado, los señores Faucil y Labarrégue, comerciantes, y el general marqués de Fléche, jefe del partido realista, el personaje principal de la provincia, un señor de sesenta y seis años.

»Los negocios marchaban bien. Yo era feliz, muy feliz.

Un día, á eso de las tres, haciendo unas diligencias, pasé por la calle de Sain-Ferréol, y vi salir de

una casa á una mujer cuyo aspecto asemejábase tanto al de la mía, que me hubiera dicho «¡Es ella!», á no haberla dejado algo indispuesta en el almacén una hora antes. Caminaba delante de mí con rápido paso, sin volverse. La seguí casi á pesar mío, sorprendido, inquieto.

»Me decía: «No es ella. No. De ningún modo, puesto que tenía jaqueca. Por otra parte, ¿qué habría ido á hacer á esta casa?»

»Sin embargo, quise cerciorarme, y apreté el paso á fin de alcanzarla. No sé si me sintió, me adivinó ó me reconoció en el modo de andar; lo cierto es que se volvió bruscamente. ¡Era ella! Al verme, púsose encarnadísima y se detuvo; luego, dijo sonriendo:

»—¡Toma! ¿eres tú?

»Yo tenía oprimido el corazón.

»—Sí. ¿Has salido? ¿Y tu jaqueca?

»—Sintiéndome algo mejor, he salido á hacer unas compras.

»—¿Dónde?

»—A la calle de Cassinelli, á casa de Lacaussade, con objeto de encargar unos lápices.

»Mirábame de frente. Ya no estaba encarnada; más bien la encontraba un poco pálida. Sus ojos claros y límpidos—¡ah! ¡los ojos de las mujeres!—parecían llenos de ingenuidad; pero sentí vaga, dolorosamente, que mentían. Permanecía delante de ella más confuso, más embarazado, más sobrecogido que ella misma, sin atreverme á sospechar nada, pero seguro de que mentía. ¿Por qué? Lo ignoraba.

»Me limité á decirla:

»—Has hecho bien en salir si te sentías mejor.

»—Sí; mucho mejor.

»—¿Y vuelves á casa?

»—Es claro.

»Me separé de ella y púseme á recorrer las calles solo. ¿Qué sucedía? Frente á ella tuve la intuición de su falsedad. Ahora ya no podía creerla un hecho; y cuando regresé á la hora de la comida me reconvine por haber dudado un segundo de su sinceridad.

»¿Alguna vez has tenido celos? ¡Poco importa que los hayas tenido ó no! Continúo. La primera gota de celos había caído en mi corazón. Estas gotas son gotas de fuego. No formulaba nada, no creía en nada. Sabía únicamente que había mentido. Piensa que todas las noches, cuando quedába-

mos los dos solos, luego de marcharse los clientes y la dependencia, ya fuésemos á dar una vuelta hasta el muelle, si hacía bueno, ó ya permaneciésemos charlando en mi despacho, si el tiempo era desapacible, yo dejaba que mi corazón se abriese delante de ella con sincero abandono, porque la amaba. Ella era una parte de mi existencia, la principal, y toda mi alegría. En sus diminutas manos tenía mi alma cautiva, confiada y fiel.

»Durante los primeros días, esos primeros días de dudas y sufrimientos que transcurren antes de que la sospecha se precise y vaya en aumento, me sentía abatido y helado como cuando una enfermedad va apoderándose de nosotros. Sin cesar tenía frío, verdadero frío, y ni comía ni dormía.

»¿Por qué me mintió? ¿Qué hacía en aquella casa? Fuí allá para tratar de descubrir algo.

»Nada pude saber. El inquilino del primer piso, un tapicero, habíame informado acerca de todos los vecinos, sin que nada me pusiera sobre una pista. En el segundo habitaba una comadrona, en el tercero una modista y una manícura, en las guardillas dos cocheros con sus familias.

»¿Por qué mintió? ¿No le hubiera sido igualmente fácil decirme que había ido á casa de la modista ó á la de la manícura? ¡Oh! ¡qué deseos tuve de interrogarlas también! No lo hice por miedo á que le avisaran y conociera mis sospechas.

»El caso era que había entrado en aquella casa y me lo había ocultado. Se encerraba en esto un misterio. ¿Cuál?

»En ocasiones me imaginaba loables razones: que la había llevado allí una buena acción que deseaba permaneciese oculta; que había ido en busca de unos informes; y echábame entonces en cara mi injusta sospecha. ¿No tenemos todos el derecho de tener nuestros secretillos inocentes, una segunda vida interior, de la cual no se cuenta nada á nadie? Un hombre, por el hecho de habérsele dado por compañera una mujer, ¿puede exigir que no piense ni haga nada sin avisarle antes ó después? ¿Significa la palabra matrimonio renuncia de toda independencia, de toda libertad? ¿No podría ser que hubiera ido á casa de una modista sin decirme nada ó que la hubiese llevado allí el deseo de socorrer á la familia de uno de los cocheros? ¿No podría ser igualmente que su visita á aquella casa, sin ser culpable, fuese de tal índole que mereciera, no mis

censuras, pero sí la crítica mía? Ella me conocía hasta en mis manías más ocultas, y temía tal vez un reproche, al menos una discusión. Tenía las manos muy lindas y acabé por suponer que se las hacía cuidar en secreto por la manícura de la casa en cuestión y no lo confesaba por no parecer derrochadora. Siempre había sido partidaria del orden y del ahorro, y tenía además mil precauciones de mujer económica y entendida en los negocios. Confesando aquel ínfimo gasto de coquetería, indudablemente se hubiera considerado rebajada á mis ojos. ¡Tienen las mujeres tantas sutilezas y picardías nativas en el alma!...

»Pero mis razonamientos no lograban tranquilizarme. Tenía celos. La sospecha me desgarraba, me devoraba. Aquello no era todavía una sospecha, pero era la sospecha. Llevaba en mí un dolor, una angustia horrible, un pensamiento aún velado, y no me atrevía á alzar el velo que lo cubría por no encontrar debajo una horrible duda... ¡Un amante! ¡Sueño, sueño! ¿Tendría un amante? Era inverosímil, imposible!... ¡Y sin embargo!...

»La figura de Montina cruzaba sin cesar ante mis ojos. Veía á aquel guapetón de cabellos relucientes, sonreirla y no podía menos de decirme: «¡Es él!»

»Imaginábame la historia de su pasión. Habían hablado á solas de un libro, discutido la aventura amorosa, encontrado algo que se les asemejaba, y de esta analogía habían hecho una realidad.

»Les vigilaba, presa del suplicio más horrible que pueda soportar un hombre. Había comprado botas con suelas de caucho á fin de andar sin hacer ruido, y me pasaba la vida subiendo y bajando la escalerilla de caracol para sorprenderlos. A veces hasta me dejaba resbalar cogido con ambas manos á la barandilla, adelantando la cabeza á fin de ver lo que hacían los dos. Luego tenía que subir hacia atrás con esfuerzos y trabajo infinito, después de ver que mi dependiente les acompañaba en el almacén.

»No vivía; sufría. No podía pensar en nada, ni trabajar ni ocuparme de mis asuntos. En cuanto salía, en cuanto había dado cien pasos en la calle, me decía: «¡Ya estará allí él!», y volvía á casa. No le veía y salía de nuevo. Pero, apenas me había alejado nuevamente, pensaba: «Ahora sí que habrá ido!», y volvía al punto.

»De este modo pasaba el día.

»La noche era aún más horrible, pues la sentía á mi lado, en mi cama. Estaba allí, durmiendo ó fingiendo dormir. ¿Dormía? No, indudablemente. ¡También aquello era un engaño!

»Yo permanecía inmóvil, tumbado boca arriba, abrasado por el calor de su cuerpo; jadeante y torturado. ¡Oh!, ¡qué deseo, un deseo innoble y poderoso me acometía de levantarme, coger una bujía y un martillo y, de un solo golpe, romperle la cabeza, para ver lo que había dentro! Hubiera visto, lo sé de sobra, sesos y sangre. ¡Y nada hubiera sabido! ¡Era imposible saber nada! ¡Y sus ojos! Cuando los clavaba en mí, sentía una rabia loca. Se la mira... ¡Ella mira también! Sus ojos son transparentes, cándidos... ¡y pérfidos, pérfidos, pérfidos!, y no puede adivinarse el pensamiento que encubren. Acometíanme deseos de alfilereárselos, de quebrar aquellos espejos de falsedad. ¡Ah! ¡Cómo me explico la Inquisición! Le habría retorcido las muñecas con puños de hierro. —¡Habla... confiesa!... ¿No quieres? ¡Aguarda!...—Le hubiera oprimido un poco la garganta... —¡Habla... confiesa! ¿No quieres?... Y hubiera apretado, apretado, hasta oir su estertor, hasta verla ahogarse, morir... O bien le hubiera

quemado los dedos á fuego lento... ¡Oh! ¡Con qué placer lo habría efectuado! —¡Habla... habla!... ¿No quieres? Se los hubiera mantenido sobre las ascuas, y se habrían quemado por las puntas... ¡Y habría hablado..., ¡ya lo creo que habría hablado!...

Trémoulin, en pie y cerrados los puños, vociferaba. En derredor de nosotros, sobre los tejados vecinos, las sombras se erguían, se despertaban, escuchaban, turbadas en su reposo.

Y yo, conmovido, dominado por un poderoso interés, veía delante de mí, en mí, en la noche, cual si la hubiese conocido á aquella mujercita, á aquel pequeño ser rubio, vivaracho y artero. Veíala vender sus libros, hablar con los hombres, turbados por su apariencia infantil, y veía en su cabecita de muñeca las ideas solapadas, las locas fantasías, los ensueños de modistilla perfumada con musgo y enamorada de todos los héroes de las novelas de aventuras. Como á él, me inspiraba sospechas, y como él, la odiaba, la aborrecía y hubiérale quemado los dedos para que confesara.

El infeliz prosiguió en tono más tranquilo:

—No sé por qué te cuento esto. Jamás hablé de ello á nadie. Pero también es verdad que no he visto

á nadie en dos años. ¡No he hablado con nadie, con nadie! Y todo esto se removía en mi corazón como inmundicia que fermenta. Lo vacio. Peor para ti.

»Pues bien; me equivocaba: lo que estaba ocurriendo era más repugnante aún de lo que yo había creído, más repugnante que todo. Escucha. Me valí del medio que más se practica: fingí ausencias. Cada vez que me marchaba, mi mujer iba á almorzar fuera de casa. No te referiré cómo compré al mozo de una fonda para sorprenderles.

»La puerta de su gabinete debía abrirse ante mí, que me presenté á la hora convenida con el camarero, con la resolución formal de matarlos. Desde la víspera estaba viendo la escena como si ya hubiese tenido lugar. ¡Yo entraba! Una mesita cubierta de copas, botellas y platos la separaba de Montina. Yo, sin pronunciar una palabra, dejaba caer sobre la cabeza del hombre el puño de plomo de mi bastón. Muerto de un golpe, él caía de bruces sobre el mantel. Volvíame acto seguido hacia ella y dábale tiempo—unos segundos—para comprender, y alargar hacia mí las manos, loca de terror, antes de morir á su vez. ¡Oh! sentíame pronto fuerte, decidido y satisfecho, satisfecho hasta la embriaguez. La idea de

la mirada de extravío que ella dirigía á mi bastón levantado, de sus manos tendidas hacia mí, del grito que saldría de su garganta, de su rostro súbitamente lívido y convulso, vengábame de antemano. ¡A ella no la mataría al primer golpe! Me encuentras feroz, ¿verdad? ¡Es que no sabes lo que se sufre al pensar que una mujer, esposa ó querida, á quien se ama, se da á otro, se entrega á él como á uno mismo, acogiendo sus labios como los nuestros! ¡Es una cosa atroz, espantosa! Cuando se ha conocido un día de este sufrimiento, se es capaz de todo. ¡Oh! ¡Me admira que no haya más asesinatos, porque todos los que han sido engañados desearon matar, gozaron con esa muerte soñada, hicieron, solos en su cuarto ó en caminos solitarios, acosados por la alucinación de la venganza, el gesto de estrangular ó de aplastar!

»Llegué á la fonda. Pregunté: «¿Están ahí?» El mozo comprado me contestó: «Ahí están»; hízome subir una escalera, y mostrándome una puerta, dijo: «En ese cuarto». Yo oprimí el bastón como si mis manos hubieran sido de hierro. Entré.

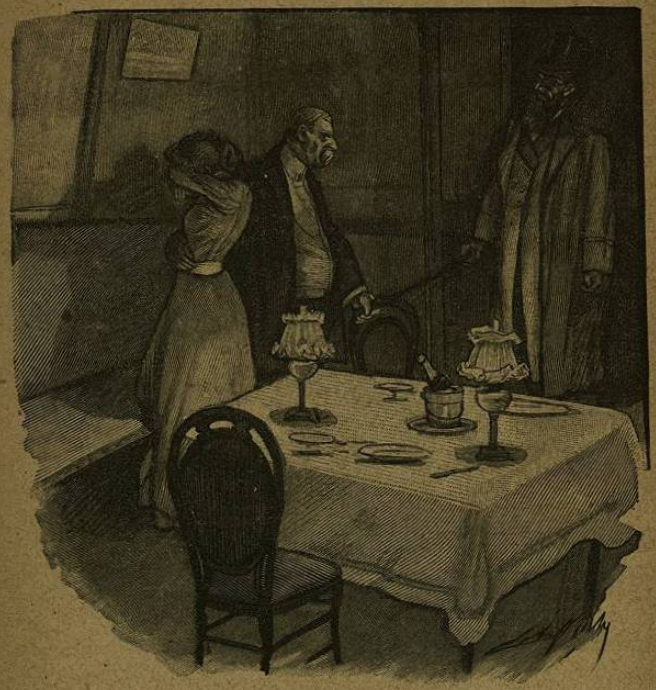
»No pude escoger con más acierto el instante. Se besaban; pero él no era Montina. ¡Era el general de

Fléche, aquel general que contaba sesenta y seis años!

»Tan seguro iba yo de encontrar al otro, que me quedé inmóvil de sorpresa.

»Luego..., luego... Todavía no sé lo que ocurrió en mí..., no..., ¡no lo sé! ¡En presencia del otro, el furor me habría puesto convulso!... En presencia de aquél, delante de aquel viejo ventrudo y de fofas mejillas, el asco se apoderó de mí. ¡Ella, tan menuda, que parecía tener quince años, se entregaba á aquel hombre gordo, gastado, porque era marqués, general y el amigo y representante de los reyes destronados! No, no sé lo que sentí ni lo que pensé. ¡Alzar la mano sobre aquel viejo! ¡Qué vergüenza! ¡Ya no tenía deseo de matar á mi mujer, sino á todas las mujeres capaces de hacer cosas semejantes! ¡Ya no estaba celoso, estaba aturdido, como si hubiese visto el horror de los horrores!

»Dígase lo que se quiera de los hombres, su vileza no llega á ser tanta. Cuando se sabe de uno que se ha abandonado de esa manera, se le señala con el dedo. El esposo ó amante de una mujer vieja es más despreciado que un ladrón. Nosotros somos limpios, amigo; pero ellas..., ¡ellas son meretrices de



sucio corazón! Son de todos, de los jóvenes y los viejos, por razones despreciables y distintas, porque tal es su profesión, su vocación y su función. Son las eternas, insconscientes y serenas prostitutas, que entregan su cuerpo sin disgusto, porque es mercancía de amor, lo vendan ó lo den al viejo

que va por la calle con dinero en el bolsillo, ó bien, por vanagloria, al viejo soberano lúbrico, al personaje viejo, célebre y repugnante...

»Vociferaba como un profeta antiguo, con furibunda voz, bajo el cielo estrellado, enumerando, con rabia de desesperado, la vergüenza glorificada de todas las queridas de los monarcas viejos, la vergüenza respetada de todas las vírgenes que aceptan el esposo viejo; la vergüenza tolerada de todas las mujeres jóvenes que recogen, sonriendo, caricias de hombres viejos.

»Y, evocadas, llamadas por él, veía surgir en derredor de nosotros, en aquella noche de Oriente, todas las mujeres, las bellas mujeres de alma vil que, desde el origen del mundo, ignorando, como las bestias, la edad del macho, fueron dóciles á sus deseos seniles. Alzábanse siervas de los patriarcas, cantadas por la *Biblia:* Agar, Ruth, las hijas de Loth, la morena Abigail, la virgen de Sunnam, que, con sus caricias, reanimó á David, agonizante, y todas las demás jóvenes, gruesas, blancas, patricias ó plebeyas, irresponsables hembras de un amo, carne de esclava sumisa, deslumbrada ó pagada.

Le pregunté:

—¿Y qué hiciste?

Respondió sencillamente:

—Huir..., y aquí estoy.

Luego permanecimos el uno frente al otro largo rato sin hablar..., soñando...

Conservo de aquella noche una impresión in-

olvidable. Todo lo que vi, sentí, escuché, adiviné; la pesca, el pulpo también quizá, y aquel relato punzante en medio de los blancos fantasmas de los

vecinos tejados, todo parecía concurrir á una emoción única. Ciertos encuentros, ciertas inexplicables combinaciones de cosas, contienen, seguramente, sin que nada excepcional aparezca en ellas, mayor cantidad de secreta quintaesencia de vida que la dispersada en los momentos corrientes de la existencia.

LOS ALFILERES

¡Ay! amigo mío; ¡qué animaluchos son esas mujeres!

—¿Por qué lo dices?

—Me han jugado una mala pasada.

—¿A ti?

—A mí.

—¿Las mujeres, ó una mujer?

—Dos mujeres.

—¿Dos mujeres á un tiempo?

—Sí.

—¿Qué mala pasada ha sido esa?

Los jóvenes que esto decían estaban sentados á la puerta de un café del bulevar, tomando licores mezclados con agua, esos aperitivos que parecen

infusiones hechas con todos los colores de una caja de acuarelas.

Contaban la misma edad próximamente: de veinticinco á treinta años. El uno era moreno y el otro rubio. Tenían la semielegancia de los individuos que frecuentan los bastidores de los teatros, de esos hombres que van lo mismo á la Bolsa que á un salón, entrando en todas partes, viviendo en todas partes, amando en todas partes. El moreno, añadió:

—¿Te conté el otro día, si mal no recuerdo, mis

relaciones con aquella burguesilla encontrada en la plaza de Dieppe?

—Sí.

—Pues bien, lo de siempre. Yo tenía una querida en París, una por quien siento loca pasión, una vieja amiga, una amiga excelente, una *costumbre*, en fin, y la quiero conservar.

—¿Tu *costumbre*?

—Sí; la costumbre y la mujer. Está casada con un buen hombre, á quien aprecio igualmente mucho, un buen sujeto cordialísimo, un verdadero camarada. En fin, es aquélla una casa donde estaba como en la mía propia.

—Entonces...

—El caso fué que, como éstos no pueden salir de París, yo me encontré viudo en Dieppe.

—¿Por qué marchaste allá?

—Por cambiar de aire. No se puede estar constantemente en el bulevar.

—¿Y qué sucedió?

—Sucedió que en aquella playa encontré á la joven de quien hablé.

—¿A la mujer del jefe de negociado?

—Sí. La pobre se aburría de lo lindo. Su marido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES" MONTERREY, MEX.

no iba más que los días de fiesta, y es fastidioso. Me explico su desliz. Bailamos y reímos varias veces.

—¿Y lo demás?

—Sí; más tarde. En una palabra, nos encontramos, nos agradamos, se lo dije, me lo hizo repetir para mejor comprenderme, y no me opuso ningún obstáculo.

—¿Tú la amabas?

—Sí, un poco; es muy bonita.

—¿Y la otra?

—¡La otra estaba en París! Resumiendo: durante seis semanas todo marchó bien, y regresamos en la mejor armonía. ¿Por ventura sabes tú romper con una mujer cuando no te da motivos para formular una queja?

—Sí; muy bien.

—¿Cómo te las compones?

—La abandono.

—¿Pero cómo te las arreglas para abandonarla?

—No la voy á ver.

—¿Y si ella te va á ver á ti?

—Pues... no estoy en casa aquel día.

—¿Y si vuelve?

—Mando decir que me hallo indispuesto.

—¿Y si te cuida?

—Le hago una grosería.

—¿Y si ella la acepta?

—Escribo anónimos á su esposo para que la vigile los días en que la espere.

—¡Eso es grave! Yo no tengo resistencia. No sé romper. Las colecciono. A algunas no las veo más que una vez al año, á otras todos los meses, á otras en el momento en que el plazo expira, á otras cuando tienen deseo de ir á comer á la fonda. Las que tengo ya distanciadas no me preocupan, pero en ocasiones paso muy malos ratos con las nuevas para distanciarlas un poco.

—¡Al grano, al grano!

—El grano fué, que la empleadilla me resultó toda fuego, toda llama, sin un desliz, según ya te he contado. Como su marido pasa todos los días en la oficina, ella se acostumbró á plantarse en mi casa de improviso.

Poco faltó dos veces para que encontrase á mi *costumbre*.

—¡Diablo!

—Sí. He señalado á cada una sus días para evi-

tar confusiones. Lunes y sábados para la antigua; martes, jueves y domingos, para la nueva.

—¿Por qué tal preferencia?

—¡Ah! querido, porque es más joven.

—No te quedaban más que dos días de reposo cada semana.

—No necesito más.

—Te felicito.

—Pues bien; figúrate que me ha ocurrido la cosa más ridícula y más absurda del mundo. Cuatro meses llevábamos de esta vida, y todo había marchado perfectamente; yo dormía sobre mis dos almohadas, y era lo que se dice un hombre feliz, cuando de repente, el lunes pasado, todo se desmoronó.

»Esperaba á mi *costumbre* á la hora convenida, la una y cuarto, fumando un cigarro exquisito.

»Reflexionaba, satisfecho de mí, cuando noté que había pasado la hora. Quedé sorprendido, porque mi *costumbre* es exactísima. Pero lo atribuí á un pequeño retraso accidental. Sin embargo, pasó media hora, una hora, hora y media; y entonces comprendí que la habría impedido salir una causa cualquiera, una jaqueca tal vez ó un importuno. Son muy aburridas esas cosas, esas esperas... inútiles,

muy fastidiosas y muy enervantes. Al fin tomé una resolución, salí y, no sabiendo qué hacer, fuí á su casa.

»La encontré leyendo una novela.

»—¿Cómo ha sido eso?—le dije.

»Me respondió tranquilamente:

»—No pude ir: me ha sido imposible de todo punto.

»—¿Por qué?

»—Por... mis ocupaciones.

» —Pero... ¿qué ocupaciones?

»—Una visita fastidiosa.

»Pensé que no quería decirme la causa verdadera y, como estaba muy tranquila, no me inquieté más. Ya recuperaría el tiempo perdido al día siguiente, con la otra.

»El martes, yo estaba á consecuencia de esto muy... muy conmovido y muy enamorado, en expectativa de la esposa del empleado, y sorprendido de que no se adelantase á la hora convenida. A cada instante miraba el reloj con impaciencia.

»Vi pasar el cuarto, la media, luego las dos... No podía estar quieto y recorría á largas zancadas mi

habitación, pegando la frente á la ventana y el oído á la puerta para oir si subía la escalera.

»¡Y dan las dos y media y luego las tres! Cojo el sombrero y corro á su casa. ¡Leía una novela!

»—¿Cómo ha sido eso?—la dije con ansiedad.

»Ella me respondió con tanta tranquilidad como mi *costumbre*.

»—No me ha sido posible, querido.

»—¿Por qué?

»—Por... mis ocupaciones.

»—Pero... ¿qué ocupaciones?

»—Una visita fastidiosa.

»Inmediatamente supuse que estaba enterada de todo; pero mostrábase tan tranquila, tan apacible, que acabé por rechazar mi suposición, por creer en una extraña coincidencia, no pudiendo imaginar aquel disimulo de su parte. Y después de una hora de amistosa charla, que veinte veces cortó la entrada de su hijita, hube de marcharme en extremo contrariado.

»Y figúrate que al día siguiente...

—¿Ocurrió lo propio?

—Sí...; y al siguiente día también. Y esto duró tres semanas, sin una explicación, sin que nada me

revelase el por qué de aquella extraña conducta, cuyo secreto sospechaba no obstante.

—¿Lo sabían todo?

—Del principio al fin. Pero ¿cómo lo habían descubierto? ¡El trabajo que me ha costado averiguarlo!

—¿Y cómo lo supiste al cabo?

—Por cartas. El mismo día, en los mismos términos, las dos se despidieron definitivamente de mí.

—Pero...

—Ahora verás... Ya sabes, querido, que las señoras llevan siempre encima un ejército de horquillas y alfileres. Las horquillas me son conocidísimas; desconfío de ellas, y concédolas mucha atención; pero los alfileres de cabeza negra que á nosotros, ignorantes, nos parecen todos iguales, pero que ellas distinguen como nosotros distinguimos un perro de un caballo, son bastante más pérfidos.

»Parece que una tarde, mi señora empleada dejó uno de estos chismes reveladores clavados en mi colgadura, cerca del espejo.

»A la primera ojeada, mi *costumbre* distinguió en la tapicería aquel puntito negro del tamaño de una pulga, y sin decir nada le recogió y dejó en el mis-

mo sitio uno de sus alfileres, negro también, pero de distinta forma.

»Al siguiente día, la empleada quiso recoger el suyo, y en seguida conoció la substitución; tuvo entonces una sospecha, y colocó dos, cruzados.

»La *costumbre* respondió á esta señal telegráfica con tres cabezas negras, una encima de otra.

»Comenzada esta correspondencia, siguieron comunicándose, sin decirse nada, sólo por espiarse. Parece que en seguida la *costumbre*, más atrevida, enrolló á lo largo de la punta de acero un delgado papel en que había escrito: «Lista de correos, bulevar Malesherbes, C. D.»

»Entonces se escribieron. Estaba perdido. Comprenderás que no pararon aquí. Conducíanse con precaución, con mil astucias, con toda la prudencia necesaria en tales casos. La *costumbre* llevó luego á cabo un golpe audaz y dió una cita á la otra.

»Ignoro lo que se dirían. Sólo sé que yo hice el gasto de su conversación. Esto es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿No sigues viéndolas?

—Sí, como amigo; no hemos roto por completo.

—Y ellas, ¿se han vuelto á ver?

—Sí, se han hecho amigas íntimas.

—¡Toma, toma! ¿Y no te da eso una idea?

—No; ¿cuál?

—Muy sencillo: la de hacerles clavar alfileres dobles.

DUCHOUX

BAJANDO la espaciosa escalera del círculo, caldeada como un invernadero por el calorífero, el barón de Mordiane no había pensado en abrocharse el gabán de pieles; así que, cuando salió á la calle, sintió un hondo estremecimiento de frío, uno de esos estremecimientos bruscos y penosos que ponen tan triste al hombre como una pena. Había perdido algún dinero, y su estómago, desde hacía algún tiem-

po, le hacía padecer, no permitiéndole comer á su antojo.

Iba á regresar á su casa, y de repente, el recuerdo de su espaciosa habitación vacía, del lacayo dormido en la antecámara, del gabinete en que el agua tibia para el lavatorio de la noche silba suavemente sobre la estufilla de gas, del amplio lecho, antiguo y solemne como un lecho mortuorio, hizo penetrar hasta el fondo del corazón, hasta el fondo de la carne, otro frío más doloroso aún que el del aire helado.

Hacía algunos años que sentía sobre él ese peso de la soledad que aplasta á veces á los solterones. En otro tiempo había sido fuerte, avispado y jovial, consagrando todos sus días al *sport* y todas sus noches á las fiestas. Y ahora se entorpecía y nada le causaba placer. Los ejercicios le fatigaban, las cenas y hasta las comidas sentabánle mal, y las mujeres fastidiábanle tanto como le divirtieran en otro tiempo.

La monotonía de las veladas idénticas, de los mismos amigos encontrados en el mismo paraje, en el círculo, de la misma partida con los mismos días de suerte y de desgracia, de las mismas opiniones

acerca de las mismas cosas, de los mismos chistes en los mismos labios, de las mismas bromas acerca de los mismos asuntos, de las mismas maledicencias acerca de las mismas mujeres, desanimábale hasta el punto de hacerle pensar á veces en el suicidio. No podía ya con aquella vida regular y vacía, tan banal, tan ligera y tan pesada al propio tiempo, y deseaba algo tranquilo, reposado, confortable, sin saber qué.

Cierto que no pensaba en casarse, porque no se sentía con valor para condenarse á la melancolía, á la servidumbre conyugal, á esa odiosa existencia de dos seres que, constantemente juntos, se conocen hasta el punto de no decirse una palabra que el otro no haya previsto, de no tener una idea, un deseo, un juicio que el otro no adivine. Opinaba que no puede verse con agrado á una persona sino cuando se la conoce poco, cuando en ella queda algo misterioso, por explorar, cuando se muestra algo inquietante y velada. Le hubiera convenido una familia que no fuese tal familia, donde poder pasar solo parte de su existencia; y volvió á acordarse de su hijo.

Hacía un año que pensaba constantemente en él,

sintiendo crecer su anhelo de verle, de conocerle. Habíale tenido cuando joven, en medio de circunstancias dramáticas y tiernas. El niño, enviado al Mediodía, había sido educado cerca de Marsella, sin conocer jamás el nombre de su padre.

Este pagó primeramente el salario de nodriza, luego el colegio, luego lo que necesitaba para vivir y luego la dote para un matrimonio razonable. Un notario discreto había servido de intermediario sin revelar nada jamás.

El barón de Mordiane sabía, pues, solamente que un hijo de su sangre vivía en tal punto, cerca de Marsella, que pasaba por inteligente y bien educado, habiendo contraído matrimonio con la hija de un arquitecto contratista, cuyo negocio había heredado. Habíanle enterado también de que ganaba mucho dinero.

¿Por qué razón no había de ir á ver á aquel hijo desconocido, sin descubrirse, á fin de estudiarle y adquirir la certeza de que, en caso de necesidad, encontraría un buen refugio en aquella familia?

Había hecho en grande las cosas, dando una buena dote, aceptada con gratitud. Tenía, por consiguiente, la certeza de no chocar con un orgullo excesivo;

y la idea y el deseo, sentidos á diario, de marchar al Mediodía, hacíanse en él irritantes cual una comezón. Impulsábale al propio tiempo un extraño enternecimiento de egoísta, pensando en aquella casa risueña y caliente á orillas del mar, donde encontraría una nuera joven y bonita, á sus nietecillos con los brazos abiertos, y á su hijo recordándole la aventura deliciosa y breve de sus lejanos días. Lo único que lamentaba era el haber dado tanto dinero, y que aquel dinero hubiera crecido en manos del joven, lo que no le permitía presentarse como bienhechor.

Caminaba pensando en todo esto, con la cara semioculta en el cuello de su gabán, y decidióse bruscamente. Pasaba un coche de alquiler; le llamó y se hizo llevar á casa, y cuando su ayuda de cámara, después de despertarse, abrió la puerta, le dijo:

—Luis: mañana marcharemos á Marsella, donde estaremos probablemente quince días. Haz los preparativos necesarios.

Corría el tren á lo largo del arenoso Ródano, atravesando después amarillentas llanuras, pueblos claros, un extenso país cerrado á lo lejos por desnudas montañas.

El barón de Mordiane, despertando después de una noche de *sleeping*, mirábase con melancolía en su espejito de viaje. La cruda luz del Mediodía mostrábale arrugas que aún no se había visto; un estado de decrepitud desconocido en la mortecina claridad de las habitaciones parisienses.

Y se decía, examinando su *pata de gallo*, sus párpados ajados y las arrugas de su frente:

—¡Diablo!, no sólo he perdido la frescura. Estoy aviejado.

Y su deseo de reposo aumentó súbitamente, con un anhelo vago, nuevo en él, de tener sobre las rodillas á sus nietecillos.

A eso de la una de la tarde llegó en un coche de alquiler á la puerta de una de esas casas de campo meridionales tan blancas, al extremo de su alameda de plátanos, que deslumbran y hacen bajar la vista. Sonreía siguiendo la alameda, y se decía:

—¡Caramba, es bonito esto!

De pronto un arrapiezo de cinco á seis años se dejó ver, dando la vuelta á un arbusto que hasta entonces le había ocultado, y permaneció en pie al borde del camino, mirando á aquel señor con sus redondos ojos.

Mordiane se le acercó.

—Buenos días, niño.

El muchacho no dijo nada.

Inclinándose el barón le cogió entonces en brazos para hacerle una caricia; pero sofocado por un

fuerte olor de ajo, del cual parecía impregnada enteramente la criatura, le dejó nuevamente en el suelo murmurando:

—¡Oh! Es el hijo del jardinero.

Y encaminóse hacia la casa.

La ropa blanca, rodillas, servilletas, camisas, delantales y trapos, secábase en un cordel delante de la puerta, y un batallón de calcetines alineados sobre la cuerdas superpuestas llenaban toda una ventana, semejantes á las paradas de salchichas que adornan las choricerías.

El barón llamó.

Presentóse una sirvienta, verdadera sirvienta del Mediodía, sucia y despeinada, cuyos cabellos le caían en mechones sobre el rostro, cuyo zagalejo, bajo la acumulación de manchas que le ensombrecían, conservaba de su antiguo color ciertos tonos chillones, una apariencia de feria campestre y de vestido de saltimbanquis.

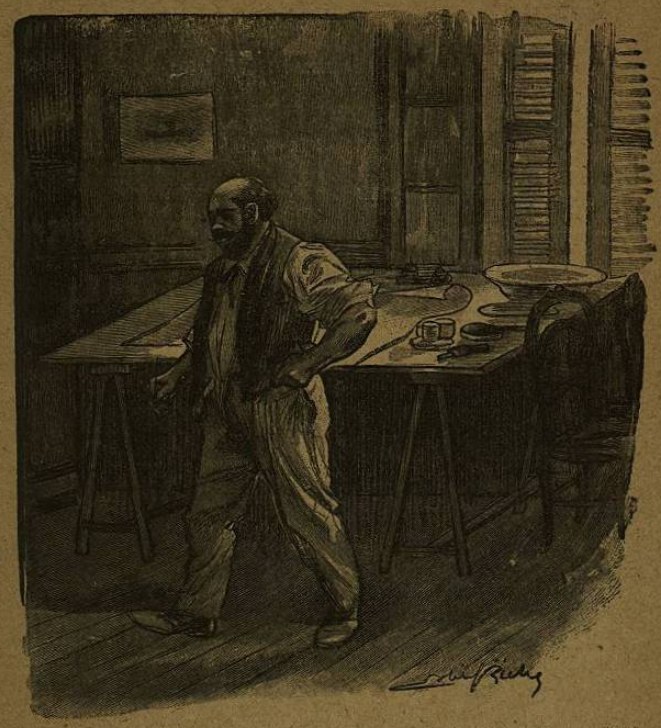
El preguntó:

—¿Está en casa el señor Duchoux?

En otro tiempo, como broma de calavera escéptico, había dado este nombre al hijo desconocido para que no se ignorase que había sido hallado bajo una col.

La muchacha repitió:

—¿Pregunta usted por el señor Duchoux?



— Sí.

—Está en la sala, trabajando en sus planos.

—Dígale usted que el señor Merlín desea hablarle.

La criada añadió sorprendida:

—¿Eh? Entre usted si quiere verle.

Y gritó:

—¡Señor Duchoux, una visita!

Entró el barón, y en una sala espaciosa ensombrecida por las ventanas á medio cerrar, divisó gentes y cosas que le parecieron sucias.

En pie, ante una mesa, sobrecargada de objetos de todas clases, un hombrecillo calvo trazaba líneas en un ancho papel.

Interrumpió su trabajo y dió dos pasos.

Su chaleco entreabierto, su pantalón desabrochado y los puños levantados de su camisa indicaban que tenía mucho calor, y calzaba unas botas llenas de barro, que demostraban había llovido unos días antes.

Preguntó, con marcado acento meridional:

—¿A quién tengo el honor?...

—Al señor Merlín... Vengo á consultar á usted, porque quisiera adquirir un terreno para edificar.

—¡Ah, vamos! ¡Muy bien!

Y Duchoux, volviéndose hacia su mujer, que hacía media en la sombra, añadió:

—Limpia una silla, Josefina.

Mordiane reparó entonces en una mujer joven,

que parecía vieja ya, como se es vieja á los veinticinco años fuera de la capital por falta de cuidados, de lavados repetidos, de todas las minuciosas curiosidades, de todas las pequeñas atenciones del tocador femenino que inmovilizan la frescura y conservan, hasta cerca de los cincuenta años, el encanto y la belleza. Con un pañuelo sobre los hombros y los cabellos, hermosos cabellos espesos y negros, pero que se adivinaba poco peinados, recogidos de cualquier modo, alargó hacia una silla unas manos de criada y quitó de encima de ella un vestido de niño, un cuchillo, un pedazo de cinta, un tiesto de flores vacío, y un plato manchado de grasa; en seguida ofrecio el asiento al visitante.

El barón le utilizó, notando entonces que sobre la

mesa de trabajo de Duchoux había, además de los libros y los papeles, dos escarolas recién cogidas, una jofaina, un cepillo de la cabeza, una servilleta, un revólver y varias tazas sucias.

El arquitecto vió su mirada y dijo sonriendo:

—Dispense usted. Hay algún desorden en el salón; cosas de los niños.

Y aproximó su silla para hablar con el cliente.

—¿Dice usted que desea comprar un terreno en las cercanías de Marsella?

Su aliento, aunque distante, llevó al barón ese olor de ajo que despiden las gentes del Mediodía lo mismo que las flores su perfume.

Mordiane preguntó:

—¿Es hijo de usted un niño que he encontrado bajo los plátanos?

—Sí, señor; el segundo.

—¿Tiene usted dos?

—Tres, caballero, á razón de uno cada año.

Y Duchoux parecía lleno de orgullo.

El barón pensaba: «Si todos huelen lo mismo, su alcoba ha de parecer un invernadero.»

Agregó:

—Sí; quisiera un bonito terreno cerca del mar, en una pequeña playa desierta...

Entonces Duchoux se explicó. Tenía diez, veinte, cincuenta, cien ó más terrenos en aquellas condiciones, y á todos precios y para todos los gustos. Hablaba como corre una fuente, risueño, satisfecho de sí mismo, moviendo su cabeza calva y redonda.

Y Mordiane se acordaba de una mujercita rubia, delgada, algo melancólica y que decía tan tiernamente «Amado mío», que la sola memoria avivaba la sangre en sus venas. Aquella criatura habíale amado con pasión, con locura, por espacio de tres meses; luego, habiendo quedado encinta hallándose ausente su marido, que era gobernador de una colonia, había huído, se había ocultado, loca de desesperación y de terror, hasta el nacimiento del niño, que Mordiane se llevara una noche de verano y que no volvieron á ver.

Ella murió tísica tres años después en la colonia de su marido, á quien había ido á reunirse. Y él tenía delante á su hijo, que le decía haciéndole sonar las sílabas finales como notas metálicas:

—Ese terreno, caballero, es una ocasión única...

Y Mordiane recordaba la otra voz, ligera como el roce de la brisa, cuando murmuraba:

«Amado mío, nunca nos separaremos...»

Y recordaba aquella mirada azul, dulce, profunda, cariñosísima, contemplando los ojos redondos, azules también, pero inexpresivos, de aquel ridículo hombrecillo que, sin embargo, se parecía á su madre...

Sí, se le parecía más cada vez, á cada segundo que pasaba; se le parecía en la entonación, en los gestos, en todo; se le parecía como el mono se asemeja al hombre; tenía de ella mil rayos deformados, irrecusables, irritantes, que indignaban. El barón sufría, repentinamente acosado por aquel parecido que aumentaba sin cesar, exasperante, enloquecedor, torturándole como una pesadilla, como un remordimiento.

Balbuceó:

—¿Cuando podríamos ver ese terreno?

—Mañana mismo, si usted quiere.

—Sí, mañana; ¿á qué hora?

—A la una.

—Perfectamente.

El niño encontrado en la alameda apareció en la puerta abierta, gritando:

—¡Padre!

Nadie le respondió.

Mordiane estaba de pie con un deseo de huir, de correr, que hacía temblar sus piernas. Aquel «padre» le había herido como una bala. A él iba dirigido, para él era aquel «padre» que olía á ajo.

¡Oh! ¡qué perfume tan delicioso el que despedía la amiga de otro tiempo!

Duchoux le acompañaba hasta la puerta.

—¿Es de usted esta casa? díjole el barón.

—Sí, señor; la he comprado no hace mucho, y me complazco en decirlo. Soy un hijo del acaso, y no lo oculto; enorgullézcome de ello. No tengo nada que agradecer á nadie, soy hijo de mis obras; todo me lo debo á mí mismo.

El niño, que permaneciera en el umbral, gritaba nuevamente, pero á lo lejos:

—¡Padre!

Mordiane, estremeciéndose á cada momento, presa de horrible pánico, huía como se huye ante un gran peligro.

«Va á adivinar quién soy, va á reconocerme, pensaba. Va á cogerme en sus brazos y á gritarme tam-

bién: «¡Padre!», dándome en la cara un beso perfumado con ajo.»

—Hasta mañana, caballero.

—Hasta mañana, á la una.

Avanzaba el carruaje por el blanco camino.

—¡Cochero, á la estación!

Y oía dos voces, una lejana y dulce, la voz débil y triste de los muertos, que decía: «Amado mío.» Y la otra sonora, aguda, horrible, que gritaba: «¡Padre!», como se grita: «¡A ese!», cuando un ladrón huye por las calles de la ciudad.

Al siguiente día por la noche, al entrar en el círculo, el conde de Etreillis le dijo:

—Hacía tres días que no le veíamos. ¿Ha estado usted enfermo?

—Sí, una pequeña indisposición. De vez en cuando me ataca la jaqueca.

LA CITA

Con el sombrero puesto, el abrigo sobre los hombros, la cara cubierta casi totalmente por un velo negro y otro en el bolsillo para echarle sobre el primero en cuanto subiera al coche culpable, golpeaba con la extremidad de su sombrilla la punta de su bota, y permanecía sentada en su aposento, sin poder decidirse á salir para ir á aquella cita.

¡Cuántas veces, sin embargo, en el transcurso de dos años, se había vestido de igual modo para reunirse en su habitación de soltero al hermoso vizconde de Martelet, su amante, mientras su marido, un agente de cambio muy mundano, estaba en la Bolsa!

Tras de ella, el reloj contaba rápidamente los

segundos; un libro á medio cortar estaba abierto sobre el escritorio de madera de rosa, colocado entre dos balcones, y un fuerte perfume violeta, desprendiéndose de dos pequeños ramilletes que se bañaban en dos elegantes floreros de Sajonia puestos encima de la chimenea, confundíase con un vago olor de verbena que penetraba solapadamente por la puerta del gabinete de tocador, que había quedado entreabierta.

Dió la hora—las tres—y se levantó. Volvióse para mirar la esfera; luego sonrió, pensando: «Ya me aguarda. Se enfurecerá.» Y salió, diciendo al ayuda de cámara que estaría de regreso dentro de una hora á lo sumo—una mentira—; y bajando la escalera, se aventuró por la calle á pie.

Corrían los últimos días de Mayo, esa deliciosa estación en que la primavera del campo parece poner sitio á París y conquistarle por los tejados, invadiendo las casas á traves de las paredes, haciendo florecer la ciudad, esparciendo una inmensa alegría por las fachadas de piedra, el asfalto de las aceras y el empedrado de las calles, bañándola, embriagándola con la savia de un verde bosque.

La señora de Haggan dió algunos pasos hacia

la derecha con intención de seguir, como siempre, la calle de Provenza, donde tomaría un coche; pero la suavidad del aire, esa emoción del estío que al-

UNIVERSIDAD DE NUEVO L.
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

gunos días nos invade la garganta, la envolvió tan bruscamente que, cambiando de idea, siguió andando por la calle de la Calzada de Autín, sin saber por qué, atraída vagamente por el deseo de ver

árboles en la plaza de la Trinidad. «Me esperará diez minutos más», se decía. Esta idea regocijábala de nuevo, y caminando despacito, á través de la muchedumbre creía estarle viendo impacientarse, mirar la hora, abrir el balcón, escuchar á la puerta, sentarse unos instantes, volverse á levantar, y no atreviéndose á fumar ni un solo cigarro porque ella se lo tenía prohibido los días de cita, dirigir hacia la caja de tabaco desesperadas ojeadas.

Marchaba sin apresurarse, distraída por todo lo que encontraba, por las personas y las tiendas, acortando el paso cada vez más, y tan poco deseosa de llegar, que buscaba en los escaparates pretexto para detenerse.

Al fin de la calle, frente á la iglesia, la verdura del jardincillo la atrajo con tal fuerza que atravesó la plaza, entró en aquella jaula de niños y dió dos ó tres veces la vuelta, en medio de las nodrizas engalonadas, lujosas, multicolores, floridas. Luego tomó asiento, y levantando la vista hacia la esfera redonda como la luna, del campanario, miró avanzar la aguja.

Justamente en aquel instante dió la media, y su corazón se estremeció de placer al oir sonar las

campanas. Media hora que había ganado ya, un cuarto más que necesitaba para llegar á la calle de Miromesnil, y unos cuantos minutos que aún emplearía en curiosear, sumarían una hora, ¡una hora robada á la cita! Estaría allí cuarenta minutos apenas, y aquello habría acabado una vez más.

¡Señor, cómo le aburría ir allá! Lo mismo que el paciente que sube á casa del dentista, llevaba en su corazón el recuerdo intolerable de todas las citas pasadas, una semanal por término medio desde hacía dos años, y á la sola idea de que muy en breve tendría lugar otra, la angustia la crispaba de los pies á la cabeza. No porque aquello fuese muy doloroso, tan doloroso como una visita al dentista, pero era tan aburrido, tan complicado, tan largo, tan penoso, que todo, todo, hasta una operación, habríale parecido preferible. Iba allá, sin embargo, muy lentamente, pasito á paso, parándose, sentándose, entreteniéndose en todas partes; pero iba. ¡Oh! ya hubiera querido faltar aquel día también; mas había hecho esperar en balde al pobre Martelet dos veces seguidas el mes anterior, y no se atrevía á repetir tan pronto. ¿Por qué iba? ¡Ah! ¿por qué? Porque tenía la costumbre de ir. Y no hubiera podido dar

otra razón á aquel pobre vizconde si él hubiera querido conocer este por qué. ¿Por qué había comenzado? ¿Por qué? ¡No lo sabía! ¿Le había amado? ¡Era posible! No mucho, pero sí algo; ¡y hacía ya tanto tiempo!... El era más que aceptable, solicitado, elegantísimo, galante, y representaba estrictamente al primer golpe de vista, al amante perfecto de la mujer de mundo. La hizo la corte durante tres meses—tiempo normal, lucha honrosa, resistencia suficiente—, luego ella había accedido, con alguna emoción, alguna crispación y cierto miedo horrible y encantador, á aquella primera cita, seguida de tantas más, en el reducido entresuelito de soltero de la calle de Miromesnil. ¿Su corazón? ¿Que qué sentía entonces su corazoncito de mujer seducida, vencida, conquistada, al atravesar por primera vez los umbrales de aquella casa de pesadilla? ¡En verdad no lo sabía! ¡Lo había olvidado! Se recuerda un acontecimiento, una fecha, una cosa, pero no se recuerda al cabo de dos años una emoción que huyó pronto, porque fué muy ligera. ¡Oh!, pero no había olvidado las otras, aquella sarta de citas, aquel *vía crucis* del amor, con sus estaciones tan fatigosas, tan monótonas, tan idénticas, que le daban náuseas presintiendo lo que ocurriría en breve.

¡Señor!, en primer término, los coches que tenía que alquilar para ir allá, no se parecían á los otros coches, á aquellos que se usan ordinariamente. Los cocheros adivinaban sin duda alguna. Comprendíalo nada más que en el modo que tenían de mirarla. ¡Y los ojos de los cocheros de París son terribles! Cuando se piensa que á cada momento, delante del tribunal, reconocen, al cabo de muchos años, á criminales á quienes no llevaron más que una vez, y de noche, de una calle cualquiera á la estación, y que tratan con casi tantos viajeros como horas tiene el día, y que su memoria es bastante segura para que puedan afirmar: «Ese es el hombre que subió á mi coche en la calle de los Mártires y dejé en la estación de Lyón, á las doce y cuarenta de la noche, el 10 de Julio del año pasado;» ¿no hay para temblar cuando se arriesga lo que se arriesga una mujer yendo á una cita, confiando su reputación al primero de estos cocheros? En el transcurso de dos años había empleado, para aquella carrera á la calle de Miromesnil, lo menos ciento ó ciento veinte, á razón de uno por semana. Eran

otros tantos testigos que podían declarar contra ella en un momento crítico.

En cuanto penetraba en el carruaje, sacaba del bolsillo el otro velo, muy espeso y negro, y se le echaba sobre los ojos. Esto le ocultaba, es cierto, el rostro; mas el resto, el vestido, el sombrero, la sombrilla, ¿no podían ser notados, haber sido vistos ya? ¡Oh! ¡qué suplicio en aquella calle de Miromesnil! Creía reconocer á todos los transeuntes, á todos los criados, á todo el mundo. Apenas paraba el coche, saltaba y pasaba corriendo por delante del portero, siempre de pie en el umbral de su garita. Este sí que debía saberlo todo, dónde vivía, su nombre, la profesión de su marido, todo, porque los porteros son los más sutiles policías. Dos años hacía que quería comprarle, darle, tirarle de cuando en cuando un billete de cien francos al pasar por delante de él. ¡Ni una vez se había atrevido á hacer el pequeño movimiento de arrojar á sus pies el pedazo de papel enrollado. Tenía miedo—. ¿De qué?—¡No lo sabía!—¿De que la llamase, si no comprendía su intención? ¿De un escándalo, de una aglomeración de gente en la escalera, de un arresto tal vez? Para llegar al piso del vizconde

tenía que subir muy pocos escalones, y le parecía tan alto como la torre de Santiago. Apenas llegaba al vestíbulo, sentíase presa en una trampa, y el menor ruido delante ó detrás de ella hacíala temblar. Imposible retroceder, con aquel portero y la calle, se hacía imposible la retirada. Y si alguien bajaba en aquel momento, no se atrevía á llamar en casa de Martelet y pasaba por delante de la puerta cual si fuese á otro piso. ¡Subía, subía, subía! ¡Hubiera subido cuarenta pisos! Luego, cuando todo parecía haberse calmado nuevamente en la escalera, volvía á bajar á toda prisa, con la angustia en el alma de no conocer el entresuelo.

El estaba allí, esperando vestido con un coquetón traje de terciopelo forrado de seda, algo ridículo; y en estos dos años en nada había cambiado su manera de recibirla; en nada; ¡ni aun en un gesto!

Decíala en cuanto cerraba la puerta: «¡Déjame besar tus manos, querida, adorada mía!» Luego la seguía al gabinete, donde, con las ventanas cerradas y las luces encendidas, en invierno lo mismo que en verano, por elegancia sin duda, arrodillábase á los pies de ella y la miraba de abajo arriba con expresión de adoración. El primer día fué

muy bonito, muy agradable este movimiento. Ahora, la visitante creía ver al señor Delaunay representando por centésima vigésima vez el quinto acto de una obra aplaudida. Era necesario cambiar de efectos.

Y después, ¡oh Dios mío! ¡después!...

Aquello era lo más grave. No, no cambiaba de efectos el pobre muchacho. Un mozo excelente, pero banal...

¡Señor, qué difícil era desnudarse sin doncella! Una vez, pase; pero todas las semanas, era ya odioso. No, verdaderamente un hombre no debía exigir de una mujer trabajo semejante. Pero si era difícil desnudarse, volverse á vestir se hacía casi imposible, y exasperante hasta el extremo de hacer nacer

deseos de abofetear al señor que decía, dando vueltas en torno de ella y con torpe expresión: «¿Quieres que te ayude?» ¡Ayudarla! ¡Ah, sí! ¿A qué? ¿De qué era capaz aquel hombre? Bastaba verle con un alfiler entre los dedos para adivinarlo.

En este momento fué probablemente cuando empezó á desagradarla. Cuando decia él: «¿Quieres que te ayude?», le hubiera matado, y después, ¿era posible que una mujer no acabase por detestar á un hombre que, en dos años, habíala obligado más de ciento veinte veces á vestirse sin doncella?

Verdaderamente, no había muchos hombres tan torpes como él, tan poco despabilados, tan monótonos. No hubiese preguntado el baroncito de Grimbal con

aquella expresión estúpida: «¿Quieres que te ayude?» La hubiera ayudado tan fino, tan gracioso, tan espiritual.

¡Naturalmente! Aquél era un diplomático; había andado por esos mundos, viviendo en todas partes, desnudando y volviendo á vestir sin duda á muchísimas mujeres engalanadas con arreglo á todas las modas de la tierra.

El reloj de la iglesia dió los tres cuartos. Ella se levantó, miró la esfera y echóse á reir, diciendo:

«¡Oh, qué inquieto estará!»; y andando rápidamente, salió del jardín.

No habría dado seis pasos en la plaza cuando se encontró delante de un caballero que la saludó profundamente.

—¡Toma! ¿es usted, barón?—dijo sorprendida. Acababa precisamente de pensar en él.

—Yo mismo, señora.

Se informó de su salud; y después de unas cuantas frases vagas, añadió:

—Sepa usted que es la única—¿permite usted que diga la única de mis amigas; no es verdad?—que aún no ha visitado mis colecciones japonesa

—Pero, querido barón, una mujer no puede ir así como así á casa de un hombre soltero.

—¿Cómo? ¿cómo? ¡Eso es un error, cuando se trata de conocer una colección rara!

—De todos modos, no puede ir sola.

—¿Y por qué no? He recibido muchas visitas de mujeres solas para ver mi galería. A diario las recibo. ¿Quiere usted que se las nombre?... Pero no, no lo haré. Se ha de ser discreto hasta cuando no hay culpa. En principio, no es inconveniente entrar en casa de un hombre serio, conocido, que ocupa cierta posición, sino cuando se va por una causa inconfesable.

—En el fondo, es bastante justo lo que está usted diciendo.

—Siendo así, ¿irá usted á ver mi colección?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Imposible, llevo prisa.

—¡Vamos, señora! Ha estado usted sentada en el jardín treinta minutos.

—¿Me espiaba usted?

—La miraba.

—De veras, tengo contados los instantes.

—Estoy seguro de lo contrario. Confiese usted que no lleva prisa.

La señora de Haggan se echó á reir, y confesó:

—No... no... no mucha...

Un coche pasaba rozándoles. El baroncito gritó: «¡Cochero!» y el carruaje se detuvo. Abriendo la portezuela, añadió el barón:

—Suba usted, señora.

—¡Pero, barón!... No, de ninguna manera; esto es imposible.

—¡Señora, lo que hace usted es imprudente! ¡Suba! Los transeuntes comienzan á mirarnos, va usted á hacer que se forme un grupo; creerán que la robo á usted y nos detendrán á los dos. ¡Suba, se lo ruego!

Ella subió, asustada, aturdida. El tomó asiento á su lado, diciendo al cochero:

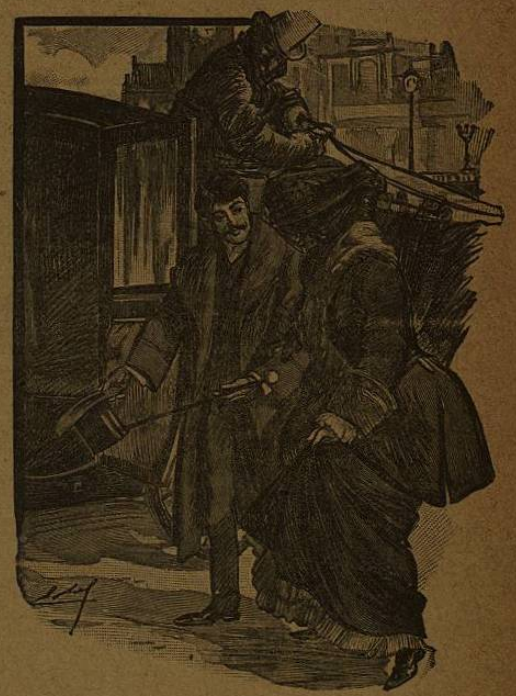
—Calle de Provenza.

Pero de pronto ella exclamó:

—¡Oh Dios mío! Olvidaba un telegrama muy urgente. ¿Quiere usted llevarme antes que todo á la oficina telegráfica más próxima?

El coche se detuvo un poco más allá, en la calle de Châteaudun, y la señora de Haggan dijo al barón:

—¿Puede usted tomarme una tarjeta de cincuenta céntimos? He prometido á mi esposo invitar á Martelet á comer mañana con nosotros, y lo había olvidado completamente.



Y cuando volvió el barón llevando el azulado papel en la mano, escribió á toda prisa con lápiz:

«Querido amigo: Estoy bastante indispuesta; tengo una neuralgia atroz que no me permite levantarme. Venga usted á comer mañana para que yo pueda alcanzar mi perdón.

JUANA.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Humedeció la goma, cerró con cuidado el sobre, puso la dirección: «Vizconde de Martelet, calle de Miromesnil, 240», y en seguida, devolviendo el pliego al barón, le dijo:

—Ahora ¿quiere usted tener la bondad de echar esto en el buzón de telegramas?

JUNTO A UN MUERTO

Se moría poco á poco, como se mueren los tísicos. Todos los días le veía sentarse á eso de las dos, bajo las ventanas del hotel, frente al mar, tranquilo, en un banco del paseo.

Permanecía algún tiempo inmóvil bajo el calor del sol, contemplando con ojos sombríos el Mediterráneo.

A veces dirigía una mirada hacia la alta montaña de cumbres brumosas que cierra el Mentón; luego, con un movimiento muy lento cruzaba sus largas piernas, tan enflaquecidas que parecían dos huesos alrededor de los cuales flotaba el paño del pantalón, y abría un libro, siempre el mismo.

Entonces, sin variar de postura, leía, leía con los ojos y con el pensamiento: parecía que todo su pobre cuerpo expirante leía, que su alma se penetra-

ba, se perdía, desaparecía en aquel libro, hasta la hora en que el aire fresco le hacía toser un poco. Entonces, levantándose, entraba en el hotel.

Era un alemán, alto, de barba rubia, que almorzaba y comía en su cuarto y no hablaba con nadie.

Una vaga curiosidad me atrajo hacia él. Un día me senté á su lado, teniendo yo también en la mano, por el bien parecer, un volumen de poesías de Musset.

Me puse á hojear *Rolla*.

De pronto mi compañero me preguntó en un francés muy correcto:

—¿Sabe usted el alemán, caballero?

—Ni una palabra.

—Lo siento; porque ya que la casualidad nos ha reunido, le hubiera prestado, le hubiera hecho fijarse en una cosa inestimable: este libro que aquí tengo.

—¿Qué libro es ese?

—Es un ejemplar de mi maestro Schopenhauer anotado por él. Todos los márgenes, como puede usted ver, están cubiertos con su letra.

Cogí con respeto aquel libro y contemplé aquellos garrapatos incomprensibles para mí, pero que

revelaban el inmortal pensamiento del mayor destructor de sueños que ha pasado por el mundo.

Entonces los versos de Musset estallaron en mi memoria:

Dors-tu content, Voltaire, et ton hideux sourire
Voltige-t-il encore sur tes os décharnés?

Y comparé involuntariamente el sarcasmo infantil, el sarcasmo religioso de Voltaire con la irresistible ironía del filósofo alemán, cuya influencia es, á pesar de todo, imborrable.

Aunque muchos protesten, se enfaden, se indignen ó se exalten, no hay duda que Schopenhauer ha marcado á la Humanidad con el sello de su desdén y de su desencanto.

Vividor desengañado, ha derribado las creencias, las esperanzas, las poesías, las quimeras; ha destruído las aspiraciones, ha asolado la confianza de las almas, ha matado el amor, abatiendo el culto ideal de las mujeres, ha destrozado las ilusiones del corazón; realizó la obra más gigantesca de escepticismo que pudo intentarse. Todo lo ha aplastado con su burla. Hoy mismo, los que le abominan, llevan indudablemente, muy á pesar suyo, en sus ideas, reflejos de su pensamiento.

—¿Ha conocido usted en la intimidad á Schopenhauer?—pregunté al alemán.

—Hasta su muerte, caballero—contestó sonriendo tristemente.

Me habló de él, refiriéndome la impresión casi sobrenatural que causaba aquel ser extraño á cuantos á él se acercaban.

Me contó la entrevista del «viejo demoledor» con un político francés, republicano, que queriendo ver á aquel hombre, le encontró en una cervecería tumultuosa, sentado entre sus discípulos, seco, arrugado, riendo, con una risa inolvidable, mordiendo y desgarrando las ideas y las creencias con una sola palabra, como un perro que de un mordisco deshace los tisús con que está jugando, y me repitió la frase de aquel francés, que al irse enloquecido y azorado, exclamaba:

«He creído pasar una hora con el diablo.»

Luego añadió:

—En efecto, tenía una espantosa sonrisa que nos inspiró miedo hasta después de su muerte. Es una anécdota casi desconocida y que puedo contarle si le interesa.

Su voz cansada era interrumpida con frecuencia por los golpes de tos, mientras me refería lo siguiente:

«Schopenhauer acababa de morir, y convinimos que le velaríamos de dos en dos hasta la mañana siguiente.

»Estaba de cuerpo presente en una habitación, muy sencilla, amplia y sombría. Dos bujías ardían sobre la mesa de noche.

»El rostro no estaba desfigurado. Sonreía. Aquella arruga que conocíamos tan bien, se marcaba en el extremo de sus labios; nos parecía que iba á abrir los ojos, á moverse, á hablar.

»Su pensamiento, ó mejor dicho, sus pensamientos, nos envolvían; nos sentíamos más que nunca en la atmósfera de su genio, invadidos, poseídos por él. Su dominio nos parecía más soberano á la hora de su muerte. Un misterio se mezclaba con el poder incomparable de aquel espíritu.

»El cuerpo de esos hombres desaparece, pero ellos quedan; y en la noche que sigue á la paralización de su corazón, le aseguro, caballero, que se ofrecen de un modo espantoso.

»Hablábamos bajo, siempre de él, recordando frases, fórmulas, aquellas sorprendentes máxi-

mas, semejantes á fulgores que iluminasen con algunas palabras, las tinieblas de la vida ignorada.

»—Me parece que va á hablar—dijo mi camarada. Y miramos, con una inquietud rayana en miedo, aquel rostro inmóvil, que no dejaba de sonreir.

»Poco á poco sentimos cierto malestar, opresión, desfallecimiento.

»—No sé lo que tengo, pero te aseguro que estoy malo—balbuceé.

»Y entonces notamos que el cadáver olía mal.

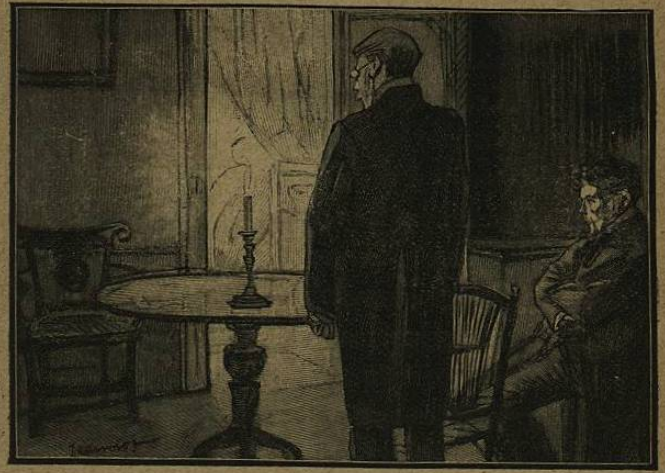
»Mi compañero me propuso que nos trasladáramos al cuarto inmediato, dejando la puerta abierta; y yo acepté.

»Cogí una de las bujías que ardían en la mesa de noche, dejando allí la otra, y nos fuimos á sentar al otro extremo de la habitación, de manera que pudiéramos ver desde nuestro sitio la cama y el muerto en plena luz.

»Pero nos obsesionaba de continuo; se hubiera dicho que su ser, inmaterial, libre, todopoderoso y dominante, rondaba en torno nuestro; y á veces, el infame olor del cuerpo descompuesto nos alcanzaba, nos penetraba, repugnante y vago.

»De pronto nos sentimos estremecidos hasta los

huesos: un ruido, un leve ruido había salido del cuarto del muerto. Nuestras miradas se dirigieron hacia él, y vimos, sí, señor, vimos perfectamente



uno y otro una cosa blanca deslizándose por encima de la cama para caer en el suelo, sobre la alfombra, y desaparecer debajo de una butaca.

»De pronto nos pusimos en pie, sin saber qué pensar, alocados por un terror estúpido, dispuestos á huir. Luego nos miramos el uno al otro. Estábamos horriblemente pálidos.

»El corazón nos latía con tal fuerza, que se notaban sus latidos sobre nuestras levitas.

»Fuí el primero en hablar.

»—¿Has visto?

»—Sí; he visto.

»—¿No estará muerto?

»—Se halla en estado de putrefacción...

»—¿Qué vamos á hacer?

»Mi compañero, vacilante, dijo:

»—Hay que ir á verlo.

»Cogí nuestra bujía y entré delante, registrando con la mirada la extensa habitación de rincones obscuros. Nada se movía. Me acerqué á la cama. Pero permanecí sobrecogido de estupefacción, de espanto: ¡Schopenhauer ya no sonreía! Tenía un gesto horrible: la boca, apretada; las mejillas, profundamente hundidas.

»—¡No está muerto!—exclamé.

»Pero el olor espantoso que me llegaba á las narices me sofocaba. No me movía, mirándole con fijeza, tan turbado como ante una aparición.

»Entonces mi compañero, cogiendo la otra bujía, se agachó. Luego me tocó en el brazo, sin decirme una palabra. Siguiendo su mirada, descubrí en el suelo, bajo la butaca, al lado de la cama, muy blanca, sobre la obscura alfombra, abierta como para

morder, la dentadura postiza de Schopenhauer.

»El trabajo de la descomposición, que aflojaba las mandíbulas, la había hecho salirse de la boca.

»—Aquel día tuve realmente miedo, caballero.»

Y como el sol se acercaba al mar resplandeciente, el alemán tísico se levantó, y, después de saludarme, entró en el hotel.

LA MUERTA

Habíala adorado con locura. ¿Por qué se ama? Es chocante no ver en el mundo más que un ser, no tener en el cerebro más que una idea, sólo un deseo en el corazón y en la boca un nombre: un nombre que sube á los labios sin cesar, que sube como el agua de una fuente, de las profundidades del alma, y que se dice, se repite, se murmura á cada momento, y en todas partes, como una oración.

No contaré nuestra historia. El amor no tiene más que una, la misma siempre. La encontré y la amé. Nada más. Y viví durante un año en su ternura, en sus brazos, en sus caricias, en sus miradas, en sus vestidos, en sus palabras; envuelto, ligado, aprisionado en todo lo que procedía de ella,

de tal modo, que no sabía ya si era de día ó de noche, si estaba muerto ó vivo, en la vieja tierra ó en otra parte. Y de pronto murió. ¿Cómo? No lo sé; ya no lo sé.

Regresó mojada, una lluviosa noche, y á la siguiente mañana tosía. Tosió durante una semana próximamente, y vióse obligada á guardar cama.

¿Qué sucedió? No lo sé.

Presentábanse médicos y más médicos, que escribían y se marchaban. Llevábanse remedios; una mujer se los hacía tomar. Sus manos estaban calientes, su frente estaba húmeda y abrasaba; tenía la mirada brillante y triste. La

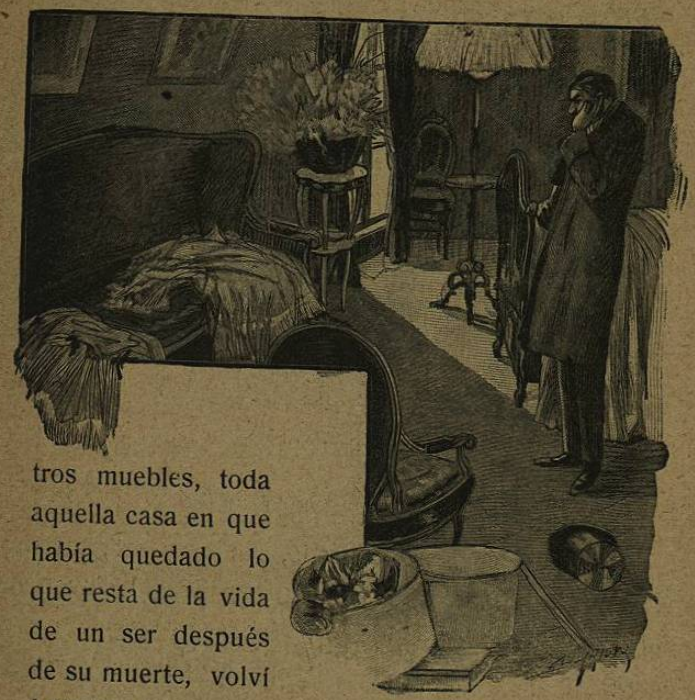
hablaba, me respondía. ¿Qué nos dijimos? No lo sé. ¡Lo he olvidado todo, todo, todo! Murió; recuerdo muy bien su breve suspiro, su breve suspiro tan débil, el postrero. La mujer que la cuidaba dejó escapar una exclamación. ¡Comprendí, comprendí!

No supe nada más. Nada. Vi un sacerdote, que pronunció estas palabras: «Su querida de usted.» Parecióme un insulto dirigido á ella. Puesto que había muerto, nadie tenía derecho á preguntar cosas tales. Hícele salir de mi casa. Y vino otro que fué muy bueno, muy dulce. Hacíame llorar cuando me hablaba de ella.

Consultóseme acerca de mil cosas para el entierro. No sé cuáles. Recuerdo, sin embargo, muy bien el ataúd, el ruido de los martillos al clavarlo con ella dentro. ¡Ah, Dios mío!

¡Fué enterrada! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel hoyo! Algunas personas, amigas suyas, habían venido á verla. Huí. Escapé. Caminé largo tiempo de calle en calle. Luego regresé á mi casa. Al siguiente día salí de viaje.

Ayer entré de nuevo en París. Cuando volví á ver mi alcoba, nuestra alcoba, nuestra cama, nues-



tros muebles, toda aquella casa en que había quedado lo que resta de la vida de un ser después de su muerte, volví á sentir una pena tan violenta, que faltó poco para que abriese el balcón y me arrojase á la calle. No pudiendo permanecer en medio de aquellas cosas, entre las paredes que la habían rodeado y abrigado y que debían conservar en sus imperceptibles grietas mil átomos de ella, de su carne y de su aliento,

cogí mi sombrero y me dispuse á salir. De pronto, en el momento de llegar á la puerta, pasé por delante del gran espejo del vestíbulo que ella había hecho colocar allí para verse de pies á cabeza todos los días al salir, con objeto de mirar si iba bien vestida, si estaba correcta y bella desde las botas al sombrero.

Y me paré frente á aquel espejo que tan á menudo la había reflejado. Tan á menudo, tan á menudo, que había debido conservar igualmente su imagen.

Hallándome de pie, temblando, fija la mirada en el cristal plano, profundo, vacío, pero que la había contenido toda entera, que la había poseído tanto como yo, como mis miradas apasionadas. Pareció-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV... "ALFONSO REYES"
...TERREY, MEXICO

me que amaba á aquel espejo—le toqué, ¡estaba frío!—¡Oh, recuerdo, recuerdo! ¡Espejo doloroso, espejo ardiente; espejo vivo, espejo horrible que hace sufrir todas las torturas! Felices los hombres cuyo corazón, como una luna donde resbalan y se borran los reflejos, olvida todo lo que ha contenido, todo lo que pasó por delante de ella, todo lo que se contempló y se miró en su afecto, en su amor! ¡Cuánto sufro!

Me eché á la calle y, á pesar mío, sin darme cuenta de lo que hacía, sin querer, me encaminé al cementerio. Encontré su sencilla tumba, una cruz de mármol con estas palabras:

«Amó, fué amada y murió.»

Estaba allí, allí debajo, podrida. ¡Qué horror! Sollocé con la frente pegada al suelo.

Permanecí allí mucho tiempo, mucho tiempo. De pronto observé que la noche se acercaba. Entonces un deseo extraño, loco; un deseo de amante desesperado se apoderó de mí. Quise pasar la noche, la última noche, al lado de ella, llorando sobre su tumba. Pero se me vería, se me expulsaría de allí. ¿Qué hacer? Fuí astuto. Me levanté y púseme á vagar por la ciudad de los desaparecidos. ¡Andaba,

andaba! ¡Qué pequeña es esa ciudad junto á la otra, junto á la ciudad en que se vive! ¡Y sin embargo, cuánto más numerosos que los vivos son los muertos! Nosotros necesitamos elevadas casas, calles, tanto sitio para las cuatro generaciones que miran la luz al propio tiempo, beben el agua de las fuentes, el vino de las vides y comen el pan de las llanuras.

Y para todas las generaciones de los muertos, para toda la escala de la Humanidad descendida hasta nosotros, casi nada, un campo, casi nada. La tierra los recupera, bórrales el olvido. ¡Adiós!

Al final del cementerio habitado, distinguí de repente el cementerio abandonado, aquel donde los antiguos difuntos acaban de confundirse con la tierra, donde hasta las cruces se pudren, donde se enterrará mañana á los que lleguen los últimos. Está lleno de rosas dispersas, de cipreses vigorosos y obscuros, un jardín soberbio y triste, alimentado con carne humana.

Estaba solo, enteramente solo. Me acurruqué bajo un verde arbusto, ocultándome enteramente entre su poblado y sombrío ramaje.

Y esperé, agarrado al tronco como un náufrago á una tabla.

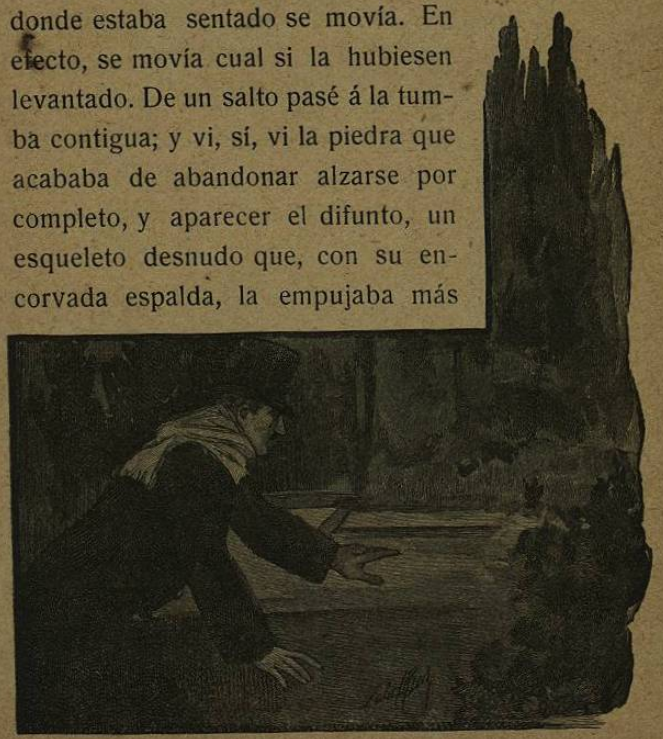
Cuando obscureció del todo, abandoné mi refugio y eché á andar despacio, á paso lento, sin hacer ruido, sobre aquella tierra llena de cadáveres humanos.

Mucho, mucho tiempo anduve sin encontrarla. Los brazos extendidos y los brazos abiertos, tropezando en las tumbas con las manos, con los pies, con las rodillas, con el pecho, hasta con la cabeza, andaba sin encontrarla. Tanteaba, palpaba como un ciego que busca el camino; palpaba piedras, cruces, verjas de hierro, coronas de porcelana, de flores marchitas. Leía los nombres con los dedos, paseándolos sobre las letras. ¡Qué noche! ¡qué noche! ¡No la encontraba!

No salía la luna. ¡Qué noche! Tenía miedo, un miedo horrible en aquellas angostas sendas, entre dos hileras de tumbas. ¡Tumbas, tumbas! ¡Siempre tumbas! A la derecha, á la izquierda, delante de mí, á mi alrededor, en todas partes tumbas! Me senté sobre una de ellas, porque no podía andar ya, tanto temblaban mis rodillas. Oía los latidos de mi corazón. Y oía otra cosa al propio tiempo. ¿Qué? Un confuso ruido incomprensible. ¿Era en mi cabeza enloquecida, en la noche impenetrable ó bajo la tierra misteriosa, bajo la tierra sembrada de cadáveres humanos, donde se producía aquel ruido? ¡Miraba á mi alrededor!

¿Cuánto tiempo permanecí allí? No lo sé. Estaba paralizado por el terror, ebrio de espanto, pronto á gritar, pronto á morir.

Y de repente me pareció que la losa de mármol donde estaba sentado se movía. En efecto, se movía cual si la hubiesen levantado. De un salto pasé á la tumba contigua; y vi, sí, vi la piedra que acababa de abandonar alzarse por completo, y aparecer el difunto, un esqueleto desnudo que, con su encorvada espalda, la empujaba más



y más. Lo veía, lo veía bien, aunque la obscuridad fuese profunda. En la cruz pude leer:

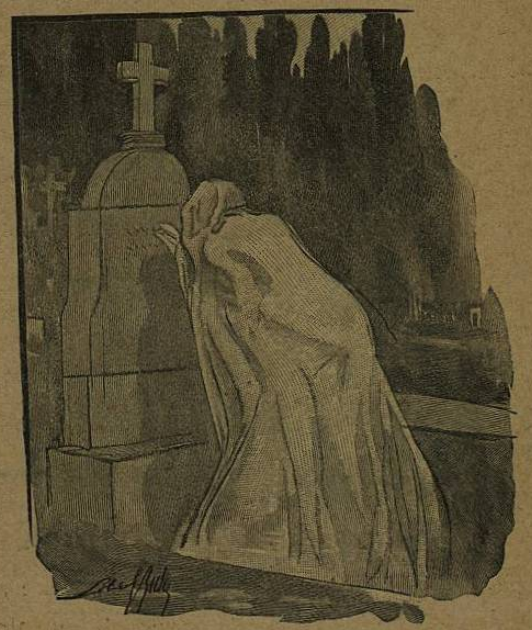
«Aquí reposa Santiago Olivant, fallecido á la edad de cincuenta y un años. Amaba á los suyos, fué honrado y bueno, y murió en la paz del Señor.»

El muerto leía también lo escrito sobre su tumba. Luego cogió una piedra del suelo, una piedra aguda, y se puso á borrar con cuidado aquellas letras. Borrólas por completo, lentamente, mirando con sus ojos vacíos el lugar en que poco antes estaban grabadas: y con la extremidad del hueso que había sido su índice, escribió en letras luminosas como las que se trazan en las paredes con la cabeza de una cerilla:

«Aquí reposa Santiago Olivant, fallecido á la edad de cincuenta y un años. Apresuró con sus durezas la muerte de su padre, á quien deseaba heredar, torturó á su mujer, atormentó á sus hijos, engañó á sus amigos, robó cuanto pudo y murió miserable.»

Cuando hubo acabado de escribir el muerto, contempló inmóvil su obra. Y vi, volviendo el rostro, que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los cadáveres habían salido de sus hoyos, que todos habían borrado las mentiras inscritas por sus parientes sobre la fúnebre losa, para restablecer la verdad.

Y vi que todos aquellos buenos padres, aquellas



esposas fieles, aquellos amantes hijos, aquellas jóvenes castas, aquellos comerciantes probos, aquellos hombres y aquellas mujeres que todos creye-

ran irreprochables, habían sido los verdugos de sus familias, odiosos, infieles, hipócritas, embusteros, tunantes, calumniadores, envidiosos, que habían robado, engañado, llevando á cabo todas las acciones vergonzosas, todas las acciones abominables.

Escribían á la vez, en el umbral de su eterna morada, la cruel, terrible y santa verdad que todo el mundo ignora ó finge ignorar en la tierra.

Pensé que ella también había debido trazarla sobre su tumba. Y, sin miedo ya, corriendo junto á

los ataúdes entreabiertos, junto á los cadáveres, junto á los esqueletos, fuí á ella seguro de que al punto la encontraría.

La reconocí desde lejos, sin ver su rostro, que un sudario envolvía.

Y en la cruz de mármol donde leyera poco antes:

«Amó, fué amada y murió.»

Vi escrito entonces:

«Habiendo salido un día para engañar á su amante, sorprendióle la lluvia, mojóse, cogió frío, y murió.»

Parece que me encontraron inanimado, al amanecer, junto á una tumba.

.....

LAS MUJERES Y EL INGENIO
EN FRANCIA

Me desayunaba al extremo de una larga mesa, en el hotel Bailly de Suffren, y me entretenía en leer mi correspondencia y los periódicos, cuando me distrajo la conversación ruidosa de media docena de hombres sentados al extremo opuesto de la mesa. Eran viajantes.

Hablaban de todo con convicción, con autoridad, con mofa, con desdén, y me dieron claramente idea de lo que es el espíritu francés en lo que se refiere á la inteligencia, razón y lógica de su particular modo de ser.

Uno de ellos, de roja cabellera, ostentaba una medalla militar y otra de la Sociedad de Salvamento—un valiente—; otro más pequeño y grueso, hacía graciosos equívocos sin cesar, y reía á mandíbula batiente, antes de dar tiempo á los demás para

comprenderlos; otro, con el pelo cortado al rape, reorganizaba el Ejército y la Magistratura, reformaba las leyes y la Constitución, definía una República ideal acomodada á su profesión de corredor de vinos; los dos últimos se divertían en contarse sus hazañas, sus aventuras de trastienda ó conquistas de criadas.

Y yo veía en ellos toda la Francia, la Francia legendaria, espiritual, móvil, aguerrida y galante.

Estos hombres eran verdaderos tipos de la raza, tipos vulgares, pero bastaría poetizar poco para encontrar en ellos el francés que nos pinta la Historia: esta vieja señora exaltada y embustera.

Verdaderamente es una raza divertida y alegre, marcada con cualidades muy especiales que no se encuentran en ninguna otra. Es desde luego nuestra veleidad la que distingue tan alegremente nuestras costumbres y nuestras instituciones. Ella asemeja nuestro país á una sorprendente novela de aventuras cuya continuación para el siguiente día deja entrever lo inesperado, el drama y la comedia, cosas terribles ó grotescas. Enfádese ó se indigne cada cual, según la opinión que tenga, es bien cierto que ninguna historia del mundo es más divertida y variada que la nuestra.

Desde el punto de vista del Arte puro—y ¿por qué no admitir este mismo punto de vista especial y desinteresado en política como en literatura?—no

tiene rival. ¿Hay algo más curioso y más sorprendente que los acontecimientos acaecidos hace un siglo?

¿Qué veremos mañana? Esta esfera de lo imprevisto, en el fondo, tiene poco atractivo, porque todo es posible entre nosotros, desde las más inverosímiles bromas, hasta las más trágicas aventuras.

¿De qué nos asombraremos nosotros? Cuando un país ha tenido Juanas de Arco y Napoleones, puede ser considerado como un suelo milagroso.

Además, adoramos á las mujeres. Las queremos con ardor y con inconstancia, con ligereza y con respeto. Nuestra galantería no es comparable á la de ningún otro país.

El que guarda en su pecho la llama de los últimos siglos prodiga á las mujeres una ternura sin par, suave, sentimental y desconfiada al mismo tiempo. Ama cuanto es de ellas y cuanto de ellas viene, lo que son y todo lo que hacen; sus trajes y galas, sus chucherías, sus adornos, sus astucias, sus sencilleces, su candor, sus perfidias, sus mentiras, sus gracias. Las ama á todas, ricas ó pobres, jóvenes ó viejas, rubias ó morenas, gruesas ó delgadas. Se siente satisfecho cerca de ellas, y permanece indefinidamente sin cansancio, sin disgusto, feliz con sólo su presencia. Sabe desde sus más tiernos años, con una mirada, con una sonrisa, manifestar que las ama, despertar su atención, aguijo-

near su deseo de agradar y hacerlas desplegar para él todas sus seducciones. Entre ellas y él se establece pronto una viva simpatía, una familiaridad instintiva como un parentesco de carácter y naturaleza.

Entre ellas y él comienza una especie de combate de coquetería y de galantería, se establece una amistad misteriosa y batalladora, se estrecha una obscura afinidad de corazón y de alma.

Sabe decirlas lo que las agrada, hacerlas comprender lo que piensa, mostrarlas—sin ofenderlas nunca, sin mortificar su frágil y móvil pudor—un deseo discreto y vivo siempre despierto en sus ojos, siempre vibrante en su boca, siempre encendido en sus venas. Es su amigo y su esclavo, el servidor de sus caprichos y el admirador de su persona. Está dispuesto á cualquier llamamiento, á ayudarlas, á defenderlas como aliado secreto. Le gustaría sacrificarse por ellas, por las que conoce poco, por las que no conoce, y hasta por las que no ha visto nunca.

No las pide nada más que un poco de afecto, un poco de confianza ó un poco de interés, un poco de agrado ó hasta de pérfida malicia. Le encanta en la calle la mujer que pasa y cuya mirada le envuelve. Le gusta la jovencita de sueltos cabellos, con un lazo azul en la cabeza y una flor en el pecho, con la mirada tímida ó atrevida, con paso corto ó ligero que transita entre la gente por las aceras. Le gusta, igualmente, la tendera soñadora encerrada en su trastienda, la hermosa negligente extendida en su carruaje descubierto.

Desde que se encuentra frente á una mujer, se siente emocionado. Piensa en ella, habla por ella, trata de agradarla y de hacerla comprender que ella le agrada. Tiene para ella frases amorosas, que acuden á sus labios, caricias en su mirada, un deseo de besarle la mano, de tocar la tela de su vestido. Para él, las mujeres adornan el mundo y hacen seductora su vida.

Le gusta sentarse á sus pies, por el solo placer de estar allí; busca su mirada sólo para encontrar su pensamiento fugaz y velado, y le seduce escuchar su voz, únicamente porque es voz de mujer.

Por ella y para ella el francés aprende á hablar, y á ser ingenioso.

Conversar, ¿que es eso? ¡Misterio! Es el arte de no mostrarse nunca aburrido, de saber decirlo todo con interés, de agradar con cualquier cosa, de seducir con nada.

¿Cómo definir este vivo desfloramiento de los asuntos, por las palabras, este juego de volante con frases flexibles, esta especie de sonrisa ligera de las ideas que debe ser la conversación?

Sólo en el mundo el francés tiene tal ingeniosidad, y sólo á él en el mundo, le gusta y lo comprende.

Tiene ingenio fugaz, é ingenio duradero, el ingenio de la calle y el ingenio de los libros.

Lo que permanece es ese espíritu en el sentido lato de la palabra, ese gran soplo irónico ó alegre, esparcido en nuestro pueblo desde que piensa y habla, es el nervio terrible de Montagne y de Rabelais, la ironía de Voltaire, de Baumearchais, de San Simón y la prodigiosa risa de Molière.

La agudeza, la palabra es la moneda corriente de su carácter. Y con todo, es sólo una condición, un aspecto particular de nuestra inteligencia nacional. Es uno de sus encantos más vivos. Produce la alegría escéptica de nuestra vida parisién, la agradable despreocupación de nuestras costumbres. Es un factor de nuestra amenidad.

En otro tiempo se escribían en verso estos agradables juegos de ingenio; hoy se escriben en prosa. Se llaman según los tiempos, epigramas, pasatiempos, agudezas, chistes. Recorren la ciudad y los salones, nacen en todas partes, en el bulevar como en Montmartre. Se los imprime en los periódicos. De un lado á otro de Francia corren y hacen reir. Sabemos reir.

Porque una palabra en vez de otra, la unión imprevista y chocante de dos términos, de dos ideas ó á veces de dos sonidos, una chuscada cualquiera, un *quid pro quo* inesperado, abren las compuertas de nuestra alegría y la hacen estallar

como una mina que volara todo París y todos los departamentos.

«¿Por qué reirán los franceses?», se preguntan los ingleses y los alemanes, no comprendiendo nuestra expansión.

¿Por qué? Porque somos franceses, porque tenemos la inteligencia francesa y porque poseemos la encantadora facultad de reir. Entre nosotros un poco de ingenio basta para gobernar. Del buen humor nace el genio. Una frase afortunada de un gran hombre, le hace grande para la posteridad. Todo lo demás importa poco. El pueblo estima y quiere á los que le divierten y perdona á los que le hacen reir.

Una sola mirada sobre el pasado de nuestra patria, nos hará comprender que la reputación de nuestros grandes hombres, á veces ha sido conseguida solamente con una frase feliz. Los más aborrecibles príncipes han llegado á ser populares por sus oportunidades graciosas, repetidas de siglo en siglo.

Palabras, palabras y nada más que palabras irónicas ó heroicas, agradables ó soeces, las palabras sobrenadan en nuestra historia y la hacen comparable á una colección de equívocos.

Clovis, el rey cristiano, al oir leer la Pasión de Cristo, exclamó:

—¡Que no estuviese yo allí con mis Francos!...

Este príncipe, para reirnar solo, pasó á cuchillo

á sus aliados y á sus parientes; cometió todos los crímenes imaginables; se le mira, sin embargo, como un monarca civilizador y piadoso.

—¡Qué no estuviese yo allí con mis Francos!...

No sabríamos nada del buen rey Dagoberto, si una canción no nos hubiese enseñado algunas particularidades, sin duda erróneas, de su existencia.

El rey Pipino, queriendo arrojar del trono al rey Childerico, propuso al papa Zacarías la insidiosa cuestión siguiente:

«¿Cuál de los dos es más honrado, el que cumple dignamente todas las funciones de rey sin tener tal título, ó el que lleva este título sin saber gobernar?»

¿Qué sabemos de Luis VI? Nada. ¡Oh, sí!: en el combate de Brenueville, como un inglés pusiera una mano sobre su hombro, gritando: «El rey está preso.» Este príncipe, verdadero francés, respondió: «¿No sabes tú, que no se coge nunca á un rey, ni aun en el ajedrez?»

Luis IX, aunque santo, no nos dejó ni una frase que recordar: por esto su reinado nos parece horriblemente aburrido, lleno de oraciones y de penitencias.

Felipe VI, ese necio, derrotado y herido en Crey, fué á llamar á la puerta del castillo de l'Arbroie, gritando: «¡Abrid, es la fortuna de la Francia!»

Y aún se nos hace simpático con esa frase de melodrama.

Juan II, prisionero del príncipe de Gales, le dijo, con acento caballeresco y una galantería de trovador francés: «Contaba invitaros á cenar hoy conmigo, pero la fortuna quiere que yo cene en vuestra casa.» Nadie hubiera sido más ocurrente en la adversidad.

«No es al rey de Francia á quien toca vengar las querellas del duque de Orleans», declaró Luis XII con generosidad. Es verdadera frase de rey, digna de ser recordada por todos los príncipes.

Francisco I, ese simplón, perseguidor de muchachas y general desgraciado, ha salvado su memoria y rodeado su nombre de una aureola imperecedera, escribiendo á su madre estas pocas palabras magníficas, después de la derrota de Pavía: «Señora, todo se ha perdido menos el honor.»

Hoy mismo, ¿no nos parece esta frase tan hermosa como una victoria? ¿No ha inmortalizado al príncipe tanto como la conquista de un reino?

Olvidaremos quizá las batallas y sucesos ocurridos en aquella época lejana, pero no olvidaremos jamás, «Todo se ha perdido menos el honor».

Enrique IV: ¡Saludad, señores, es el soberano! Astuto, escéptico, falso, hipócrita, artero como nadie, falaz y engañador, corrompido, borracho y sin creencias hasta lo inconcebible, ha sabido, sin embargo, por algunas frases felices, alcanzar en

la historia, una admirable reputación de rey caballeresco, generoso, valiente, probo y leal.

¡Oh, trapacero! ¡Cómo supo jugar con la bestialidad humana!

«¡Ahórcate, valiente Crillon; hemos vencido sin ti!»

Después de una frase semejante, un general está siempre dispuesto á dejarse matar por su señor.

En el momento de librarse la famosa batalla de Yory: «Muchachos, si las cornetas os faltan—dijo—, seguid mi penacho blanco; le hallaréis siempre en el camino del honor y de la victoria.»

¿Podría dejar de ser siempre victorioso el que hablaba así á sus capitanes y á sus tropas?

Quiere París el rey escéptico, le quiere, pero es preciso escoger entre su fe y la hermosa ciudad:

«Basta—dice—; París bien vale una misa». Y cambió de religión como hubiese cambiado de traje. ¿No es verdad que la frase hizo aceptar el hecho? «París bien vale una misa.» Su gracejo hizo reir á las gentes y nadie se incomodó.

¿No llegó á ser patrono de los padres de familia al preguntar al embajador de España, el cual sorprendióle sirviendo de caballo al delfín: «Señor embajador, ¿es usted padre?»

El español respondió: «Sí, señor.»

«En este caso—dijo el rey—continúo.»

Pero conquistó para la eternidad el corazón francés, lo mismo en la clase media que en el pueblo, por la más hermosa frase que jamás pronunciara un príncipe; una frase genial llena de profundidad, de bondad, de malicia y de buen sentido:

«Si Dios meconce de vida, no quiero que haya en mi reino ni un campesino tan pobre que no pueda echar gallina en su puchero los domingos.»

Con estas frases es como se domina y se gobierna á las muchedumbres entusiastas é ignorantes. Con dos frases Enrique IV dibujó su fisonomía particular para la posteridad. No se puede pronunciar su nombre sin que venga á la imaginación el penacho blanco y el caldo de gallina.

Luis XIII no tuvo ni una frase feliz. Este rey triste tuvo un triste reinado.

Luis XIV dió la fórmula del poder personal absoluto: «El Estado soy yo.»

Dió ejemplo con las pomposas palabras políticas que establecen las alianzas entre los pueblos: «Ya no hay Pirineos.»

Su reinado está reflejado en esa frase.

Luis XV, el rey corrompido, elegante y espiritual, nos ha dejado la encantadora nota de su soberana despreocupación: «Después de mí, el diluvio.»

Si Luis XVI hubiese tenido el acierto de hacer también una frase, tal vez habría salvado la mo-

narquía. Con un rasgo de ingenio, ¿no habría evitado quizá la guillotina?

Napoleón I prodigaba á manos llenas las frases precisas para enardecer á sus soldados.

Napoleón III apagó con una frase corta todas las cóleras futuras de la nación al prometer: «El imperio es la paz.» ¡El imperio es la paz! ¡Afirmación soberbia, mentira admirable! Después de haber dicho eso, podía declarar la guerra á Europa entera sin temer nada de su pueblo.

Había encontrado una fórmula sencilla, neta, admirable, capaz de impresionar los espíritus, y contra la cual los hechos no podían prevalecer.

Hizo la guerra á la China, á Méjico, á Rusia, á Austria y al mundo entero. ¿Qué importa? Ciertas gentes hablan todavía con convicción de los diez y ocho años de tranquilidad que nos dió «El imperio es la paz.»

También con palabras, con palabras más mortíferas que las balas, Rochefort abatió el Imperio atravesándole con sus rayos, haciéndole pedazos, desmigajándole, no dejando en pie más que una silueta de soberano ridículo y moribundo.

El mariscal Mac-Mahón nos ha dejado un recuerdo de su paso por el poder: «Aquí estoy y me quedo.» Y por una frase de Gambeta fué á su vez derribado: «Someterse ó dimitir.» Con esos dos verbos, más poderosos que una revolución, más

formidables que las barricadas, más invencibles que un ejército, más temibles que todos los votos, el tribuno echó abajo al soldado, aplastó su gloria y anuló su fuerza y su prestigio.

En cuanto á los que hoy nos gobiernan, caerán porque no tienen ingenio, caerán porque el día del peligro, el día de la revolución, el día del estallido y del choque inevitable, no sabrán hacer reir á Francia y desarmarla con una oportunidad.

De todas las frases históricas no hay más que diez que sean auténticas. ¿Qué importa, mientras que las crean pronunciadas por aquellos á quien se atribuyen?

En el país de los jorobados
es preciso serlo
ó parecerlo,

dice la canción popular.

INDICE

	Págs.
Guy de Maupassant	7
Allouma	37
Boitelle	89
El ordenanza	109
El conejo	119
Una noche	143
Los alfileres	179
Duchoux	191
La cita	207
Junto á un muerto	223
La muerta	233
Las mujeres y el ingenio en Francia	247